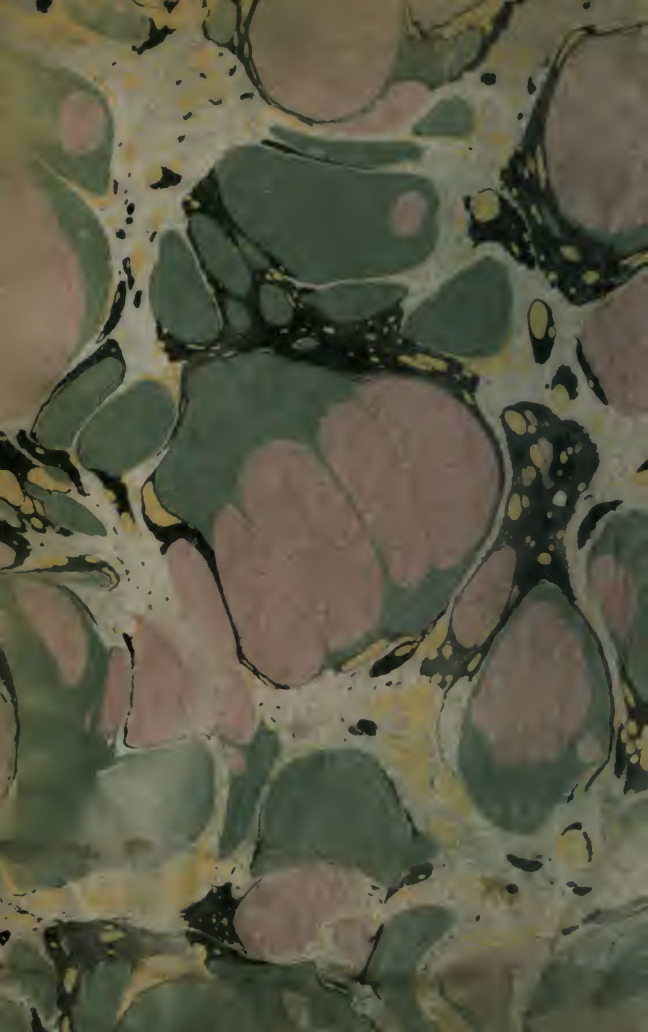
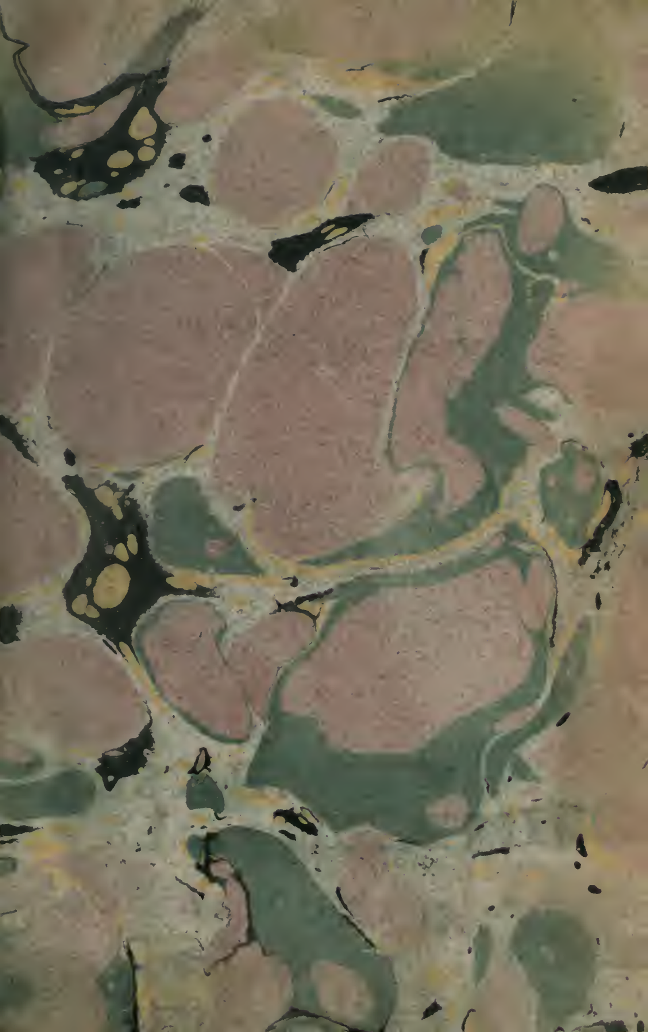






COMEDIAS

DE CAPA Y ESPADA.

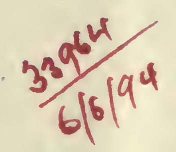
THEATRO HESPAÑOL

POR DON VICENTE GARCIA
DE LA HUERTA.

PARTE SEGUNDA.

COMEDIAS DE CAPA Y ESPADA.

TOMO I.



CON LICENCIA EN MADRID
EN LA IMPRENTA REAL
MDCCLXXXV.

COMEDIAS

CONTENIDAS EN ESTE TOMO I.



PROLOGO.

Las comedias de *Capa y Espada*, llamadas asi, despues que con la Golilla se introduxo en Hespaña el uso de la Capa, sostituido al Ferreruelo en el trage Borgoñon, son aquellas en que hablan personas particulares, interviniendo en una accion igualmente privada y particular. Esta especie de dramas viene á ser un medio entre nuestros entremeses, y las comedias Heroycas, Mithológicas é Historiales, y tiene alguna correspondencia con las antiguas *Trabeatas*; porque en ellas entran principalmente caballeros y sujetos nobles y decentes.

Como la accion de estas comedias es fingida quasi siempre, su trama y disposicion, en que consiste su merito y belleza, son las que mas fatigan á sus Autores; pues faltandoles la parte historial, que en las tragedias y comedias Heroycas contribuye tanto al enveleso y diversion de los espectadores, y que sujeta la atencion de ellos, para instruirse de unos hechos, que se suponen ciertos: necesita el Poeta suplir con la invencion, con la trama ingeniosa, con el lenguage puro y con la hermosura del verso y del estilo el vacio, que forma en la imaginacion de los oyentes la ciencia cier-

ta, de que oyen y veen una ficcion ó una mentira.

Entre los Dramáticos Hespañoles es el mas celebrado por esta especie de composiciones Don Pedro Calderon de la Barca; y ahun entre las comedias de este sublíme ingenio son las mas aplaudidas de los inteligentes sus comedias de *Capa y Espada*. Con todo eso, apenas hay Poeta theatral entre nosotros de aquellos de conocido merito y de nombre, que no haya escrito algunas de esta especie. En ellas se hallan, por lo ordinario, mas observadas las regularidades Helenisticas, que de montes allende se decantan tanto;

ahunque (á decir verdad) no se observan tan religiosamente por sus fautores, como se propugnan y recomiendan; porque ciertamente es mas facil, aprender los preceptos de un arte, que el reducirlos á práctica y el lograr, ahun con la mas rígida observancia de ellos, formar un artefacto, que agrade á todos, y sea para todos de igual uso y manejo. La antigüedad y la opinion son respetables solamente en las verdades, que recomiendan y protegen: pues este obsequio se les debe, no por antiguas y autorizadas, sino por verdades.

Estoy firmemente persuadido, á que, ahunque las fal-

tas Dramáticas relativas á las tres unidades, sean verdaderamente falta, es siempre la menos substancial, que puede tener una obra de Theatro. Nadie duda, que los Preceptistas antiguos y modernos, que protegen estas unidades tan estrechamente, fundan su opinion y argumento sobre la ilusion; fantasma, que solo puede exîstir en cabezas livianas, queriendo suponer, que es facil transportar el auditorio de tal suerte al lugar y tiempo de la accion representada, que se olbiden de sí mismos los espectadores. Conjuro á todos los que han oido las mas patheticas y regulares Tragedias, á que digan

de buena fee, si alguna vez, ó en algun instante de la representacion se han considerado fuera del theatro, en que se representaban. Seguramente ninguno, si consulta su sinceridad, responderá con la afirmativa. Las lagrimas, las suspensienes y extasis, que se observan freqüentemente en los espectadores, no menos en las representaciones de las piezas unidas, que en las desunidas é irregulares, son efecto puramente del vivo recuerdo de los hechos, que se tocan con la imaginativa, al representarlos ó referirlos, y no de la ilusion de ella; asi como un quadro ó una historia, en que se representa y escribe hermosa

y propriamente un hecho alegre ó triste, nos causa alegria ó tristeza , sacandonos las lagrimas ó la risa en qualquiera parte, en que nos hallemos ; siendo la mayor ó menor mocion en estos casos relativa solamente á lo mas ó menos pathetico y oportuno de la expresion , cuyas circunstancias unidas á la verosimilitud general , que es lo que principalmente debe brillar en todas los composiciones Dramáticas, son el verdadero movil de los afectos.

Todos saben el caso , que acaeció en uno de los theatros de Madrid en tiempo , en que los Alcaldes de Corte tenian su asiento sobre el ta-

blado, á un Alguacil de los que solian acompañarlos, oyendo representar la comedia intitulada *La Niña de Gomez Arias*, que es una de las mas desunidas (si asi pueden llamarse) de las de Calderon; el qual commovido de las supercherias de aquel soldado, que llegaron, hasta vender á los Moros su misma dama, salió arrebatado, con la espada en la mano, contra el que hacia el papel de Gomez Arias, que tuvo precision de echar á huir, para evitar la furia del honrado Alguacil; cuya ilusion no dimanó ciertamente de la helenística regularidad de la comedia, sino de la misma naturaleza del hecho, pintado

con la propriedad y energia, que eran characterísticas de la divina pluma de Calderon.

Al contrario *El Barbero de Sebilla*, comedia Francesa, en quatro actos, publicada por su Autor Mr. de Beaumarchais, en el año 1774, y aplaudida en París y en toda la Francia con muy repetidas representaciones, como una de las mas brillantes pruebas de ingenio de este Poeta, siempre será mirado con el mayor desprecio por la total falta de propriedad y verosimilitud, que entre otras muchas se advierte en toda ella, por los que conozcan el verdadero merito de un Drama.

Me consta, que algunos

Franceses, y principalmente los Diaristas de Bullon, han censurado justa y severamente esta pieza; pero sus críticas han recaido en lo general sobre los articulos menos substanciales, desentendiendose (ó no conociendola acaso) la perpetua inverosimilitud é impropriedad, que reyna en toda ella. No merece la obra el trabajo, de formar un exâmen completo y riguroso; bastará para el convencimiento de los preocupados, poner de manifiesto algunas de las muchas faltas, que envuelve la comedia; las quales son menos disculpables en Mr. de Beaumarchais que en otro, no tanto por haber residido en

Hespaña algun tiempo, y acaso el bastante, para haber debido evitar tales descuidos, quanto porque hace alarde, de conocer nuestras costumbres con una extraordinaria satisfaccion.

Pues ¿quién no se reirá á poco conocimiento, que tenga de las costumbres Hespañolas, de que un Barbero con tienda abierta y pública en la Ciudad de Sebilla se presente en una de sus calles á las siete ó las ocho de la mañana, hora precisa de hacer sus barbas, á cuerpo y vestido de majo, con la guitarra puesta á modo de bandolera, probando unas seguidillas y retocando su letra de quando en quando con el

lapizero, haciendo mesa de su rodilla ? Jamás ha subsistido tal ente, ni pudiera subsistir : y si fuese dable , que un Barbero incurriera en semejante locura, en breve la purgaria, siendo arrojado de la calle por los muchachos del barrio á gritos , si acaso no á pedradas ; sin que se salve el absurdo con decir , *que su casa está á quatro pasos* ; pues si esto fuese asi , podia mostrarsela al Conde de Almaviva desde aquel parage, sin necesidad de darle las señas de su muestra : además de que la mayor impropriedad en este caso consiste en lo extraordinario de la hora, á la qual ni ahun los ciegos, que ganan la

vida con su vihuela, suelen exercer su pitofleria: y por esta razon, ni ahun á su misma puerta pudiera el Barbero cantar ni tocar; pues la vecindad, á quien precisamente incomodaria, era fuerza, le hiciese callar y retirarse.

No es menor impropriedad, el presentar al Conde de Almaviva, título, que no hay en Hespaña, y menos con la calidad de Grande que le da el Poeta prosaico, vestido á la Hespañola igualmente que á Rosina, al mismo tiempo que viste al buen Barbero de majo: sinchronismo muy extraordinario, principalmente para los Hespañoles, y para todos aquellos,

que saben, que el vestido de majo, y ahun el mismo nombre es muy moderno en Hespaña, y tanto, que no se hallará en escrito, que tenga cinqüenta años de antigüedad. Por esta razon, á mi parecer, la Academia Hespañola, ahunque le incluyó en su Diccionario en el año 1737, en que se imprimió el tomo IV, le dexó sin autoridad que le comprobase; sin duda, por no haberla hallado, á causa de su modernia, por la qual tambien omitió probablemente la voz *Maja*, *Majeza* y otras, que usamos ahora, derivadas de aquellas, lás quales no debian tener, segun parece, tanto uso entonces como al pre-

sente. De esto se infiere la necedad crasa de algunos, que dicen y piensan, que el trage de majo es el proprio y characterístico de nuestra nacion; siendo constante, que es el mas opuesto á su character grave y circunspecto, como lo prueba, el no usarse ni ahun entre la gente ordinaria por ningun sujeto de mediano seso, y el que entre la gente de distincion se usa solamente por disfraz ó desahogo.

Infierese no menos de todo esto, que habiendo dexado de usarse el trage á la Hespañola, antes que empezase el de majo, es impropriedad absurda, el unirlos y hacerlos parecer á un mismotiempo.

Tambien son muy ridículos é improprios los nombres, que da Beaumarchais á algunos de los Actores de su famosa comedia. El de *Bartholo*, con que bautiza á un Médico como con su nombre proprio, no se usa en Hespaña, sino entre gente muy baxa, ó familiarmente; porque es una especie de diminutivo de Bartholome de aquella clase de que no se usa sino por cariño ó por desprecio; y asi es una ignorancia muy culpable, el suponer, que la voleta de alojamiento, de que se hace mencion en el Acto II, se dirija al Doctor Bartholo tan á secas.

Á esta impropriedad corres-

ponde graciosamente la de apellidar á dos mozos Gallegos con los motes de *L' Eveillé*, esto es *El Despierto*, y *La jeunesse*, esto *La Juventud*; nombres mas proprios de la soldadesca Francesa, ó de mozos de algun Hostal de París, que de mozos Gallegos, que de ordinario se llaman Domingos y Farrucos: y en efecto hacen un graciosisimo juego un *L' Eveillé*, y un *La jeunesse* con un *Doctor Bartholo*.

Con todos estos defectos y otros muchos igualmente groseros, en que no me detengo, porque para recopilarlos, se necesitaba un grueso volumen, ha sido muy aplaudida esta comedia en Pa-

rís y en toda la Francia, y és una de las modernas, que han hecho mas fortuna, y por tanto se repite muy freqüentemente en los Theatros Franceses; infiriendose de esto, que en todas partes hay vulgaridad, que aprueba y sigue los absurdos, y se apasiona por las cosas, que tienen menos merito. (1)

(1) Don Manuel Fermin de Laviazo hizo una traduccion de esta Comedia, y ahunque la purgó de las mas groseras impropriedades, y la dió mas movimiento, con haber reducido á tres los quatro Actos del original, no obstante esto, y el haber mejorado el estilo, convirtiendo en verso la prosa soporifera de Beaumarchais, siempre ha quedado una comedia entremesesca, y llena de aquella *platitud* Francesa, por decirlo con la graciosa phrase de su len-

El mismo Poeta ha dado despues al theatro otra comedia, intitulada: *Le mariage de Figaro*, que se ha representado muy repetidas vezes en el de París. No he podido haber una copia á las manos; pero considero, que tendrá las mismas nulidades que *El Barbero de Sebilla*, en cuyo caso no renuncio el derecho de dar noticia de ella, luego que pueda adquirir esta brillante pieza. Es increible, quan grandes progresos ha hecho el atrevimiento y petulancia en los

gua, que es intolerable á las personas de buen gusto, y á aquellas, que distinguen los verdaderos defectos, de los que suele avultar, la preocupacion y el pedantismo.

Escritores extrangeros, quando hablan de Hespaña y de sus cosas, tomando por testimonio y prueba de sus aserciones la indolencia (sino ha sido desprecio) con que se las ha dexado correr sin impugnarlas. Baste decir, que solo se puede comparar con la ignorancia de ellas, que manifiestan sus escritos mismos.

No hace muchos dias, que llegó á mis manos un folleto en once hojas, con el siguiente titulo: *Disertacion Epistolar acerca unas obras de la Real Academia Hespañola: su autor Joseph Bareti, Secretario por la correspondiencia extrangera de la Real Academia*

Británica de Pintura, *Arquitectura y Escultura*. Se ha copiado con toda puntualidad el titulo, para que sus errores, relativos á la propriedad Castellana, den desde luego idea de la suficiencia de este Disertador.

Es su obra una carta dirigida á Don Juan C ******** ** (apellído prolixîsimo y centipedal) en que censura magistralmente la edicion de la *Vida y Hechos de Don Quixote*, el *Diccionario* y la *Orthographia*, publicados por la Real Academia Hespañola. El autor, segun indica el mismo apellido, es Italiano; además de esto, segun el mismo tambien afirma, *no ha sido en Hes-*

paña sino poco tiempo; que no se extendió que á semanas, expresiones castizas con que se explica en la página IV de su Disertacion. Con todo eso, y no obstante el poco conocimiento, que manifiesta en todo su escrito tener de nuestra lengua, no solamente se ha atrevido á formar un Diccionario Inglés y Castellano, sino que se ha arrojado, á criticar el de la Academia, exâminar y reprehender su sistema, y lo que es mas, á enunciarse con unas expresiones tan poco atentas, que solo pueden caber en un sujeto, á quien sea enteramente extraño el comercio y trato literario.

Es verdad, que no es la Academia Hespañola la que saca la mayor parte de las indirectas, críticas y petulancias del Angl-italo Disertador. Los Académicos de la *Crusca*, sabios muy respetables por su opinion y sus trabajos, no han podido libertarse, ni á fuer del paisanage, del titulo honorífico de *Bestiazas*, con que los califica. Ciertamente parece imposible, que en tan reducido volumen se hayan podido reunir tantas necedades ni tantos improperios. Con todo eso no faltan menguados, que leen, buscan y celebran semejantes abortos, movidos seguramente mas del placer de

ver injuriados á los que ellos miran con envidia, que de las gracias, que puedan contener semejantes folletos.



NO PUEDE SER,

EL GUARDAR UNA MUJER,

COMEDIA

DE DON AGUSTIN MORETO.

Y sirva este exemplo fiel,
para que los que presumen,
que el guardar una mujer
es facil, con este aviso
digan, que no puede ser. Jorn. III.

ARGUMENTO.

Acostumbraba Doña Ana Pacheco, dama principal de Madrid, cuya extraordinaria instruccion la tenia dedicada al cultivo de la Poesia, celebrar en su casa varias Academias, en que se repartian á los concurrentes diversos asuntos. En una de ellas, á que asistieron Don Diego de Roxas, Don Felix de Toledo y Don Pedro Pacheco, primo de Doña Ana, prendado de sus recomendables circunstancias, suscitase con motivo de cierto enigma, resuelto por Don Felix de Toledo, la qüestion, de si es ó no posible, guardar una mujer enamorada. Los mas siguen la negativa, y solo Don Pedro se obstina, en que puede ser, guardar una mujer, presumiendo ser él capaz, de conseguirlo, movido acaso de alguna sospecha, que tenia de su hermana Doña Ines, á quien se propone guardar desde entonces con el mayor esmero; tomando desde luego quantas providencias le parecen conducentes al fin, de no ser burlado en su proposito, y convencido en su opinion.

Estaba tratado el casamiento de Doña Ana con su primo ; y picada de la indigna desconfianza , que descubria con motivo de esta qüestion , persuade á Don Felix , á que galantee á Doña Inés , con el fin de desengañar y castigar á un mismo tiempo á Don Pedro. Desconfia Don Felix de la empresa : pero al fin su criado Tarugo se la facilita , llevando su retrato á Doña Inés , á quien tubo ocasion de ver y hablar , fingiendose sastre. Doña Inés prendada de Don Felix , le remite por el mismo conducto el suyo ; y para facilitar el trato de estos nuevos amantes , finge Tarugo , ser un caballero Indiano , llamado Don Chrisanto de Arteaga , apoderado del Marqués de Villena , residente en México ; con cuyas cartas contrahechas se introduce con Don Pedro , que por respetos al Marqués su primo le hospeda en su misma casa.

No solo finge Tarugo , ser apoderado del Marqués de Villena , sino que supone , ser primo de Don Felix , con cuya ficcion le introduce sin sospecha en

la misma casa de Don Pedro , donde subsiste oculto algun tiempo , en el qual determina su casamiento con Doña Inés; hasta que , sabiendo Don Pedro, haber en su casa un hombre oculto , con estos disgustos y cuidados se despecha y resuelve, que su hermana se case con Don Diego de Roxas. Sabelo Don Felix : y Tarugo dispone, que Doña Inés, y su criada tapadas con los mantos aparenten , que son cortesanas , que iban en ronda del dinero del Indiano. Con esta industria las hace salir de la casa , y esperandolas en la calle Don Felix , con cuya noticia y consentimiento se tramaba este lance , las lleva á la casa de Doña Ana, acompañandolas el mismo Don Pedro, que por casualidad encuentra en el camino las tapadas , que comboyaba Don Felix.

En casa de Doña Ana se descubre todo el secreto : reconoce Don Pedro á su hermana ; queda convencido de su error , y termina el suceso con el matrimonio de Don Felix y Doña Inés , y el de Don Pedro y Doña Ana, considerandole esta ya desengañado , y

menos propenso á desconfiar de las mujeres ; como se verificó , abominando desde luego la necia opinion que habia sostenido en el lance de la Academia , de que se originó la disputa , que dió motivo al empeño de Doña Ana y Don Felix.



NOTA.

Esta es una de las comedias, que incluye Mr. Linguet en su *Theatro Hespañol*. Las infinitas gracias, de que abunda el original, especialmente las puestas en boca de Tarugo; están de tal suerte suprimidas ó desfiguradas, que apenas se reconoce á Moreto en esta traduccion.



PERSONAS.

DON FELIX *de Toledo.*

DOÑA ANA *Pacheco.*

DON PEDRO *Pacheco, su hermano.*

DON DIEGO *de Roxas.*

DOÑA INES *Pacheco, prima de D. Ana.*

TARUGO, *Gracioso.*

ALBERTO.

MANUELA.

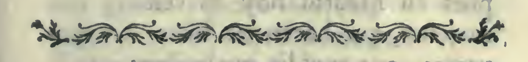
CRIADOS.

SANCHO, *Vejete.*

MUSICOS.



NO PUEDE SER
EL GUARDAR UNA MUJER.



JORNADA PRIMERA.

Salen Don Felix y Tarugo.

TARUGO.

Eso, señor, es virtud,
que en tí no acabo de creer.

D. FELIX.

Esto es, para entretener

sin ocio la juventud.
Doña Ana Pacheco es
por su virtud estimada,
por su ingenio celebrada,
por sus partes, lo que ves.
Es sola, rica y discreta;
su honestidad conocida,
y el empleo de su vida
le da al estudio.

TARUGO.

¿Es Poeta?

D. FELIX.

Ahunque ella no es la primera,
pues en Madrid hoy se ven
mujeres, que hacen tan bien
versos, que envidia qualquiera;
te aseguro de Doña Ana,
que, sin ser sola, pudiera
ser en esto la primera;
y los aplausos, que gana,
á que tenga, la han movido,
una Academia en su casa,
donde yo acudo, y se pasa
un rato muy divertido;
porque de mis mocedades
este cuidado me priva;
aqui el discurso se aviva,
y excuso otras liviandades.

TARUGO.

Señor, cosa es muy posible,
ser rica, bella y discreta;
pero ser rica y poeta,
vive Dios, que es imposible.

D. FELIX.

¿Por qué?

TARUGO.

¡Eso dudas!

D. FELIX.

Si, dudo.

TARUGO.

¿Pues hay hombre, á quien dé el Cielo
con gracia aqueste desvelo,
que no esté siempre desnudo?
Y esto es forzoso, señor;
porque la poesia es cosa,
que ahunque es virtud y gustosa,
nunca ha tenido valor.
Es flor esta humanidad,
y como una flor en fin
sirve de adorno al jardin,
mas no de necesidad,
adornan las flores bellas;
y el que en un jardin las mira,
como hermosas las admira,
pero no cena con ellas.
Que el que un jardin entra á ver,

mas presto se irá á buscar
espárragos, que cenar,
que no flores, para oler.
Demas de esto, la fortuna
parte igualmente sus dones,
y nos da sus perfecciones.
Al que le quiso dar una,
el bien con el mal mezcló,
y nadie á otro envidiará,
si sabe el hueso, que da
con la carne, que le dió.
Al entendido da ocio
y pobreza; al que da precio
de hacienda, siempre es un necio,
mas no para su negocio.
La hermosa es boba y pesada:
la fea discreta y graciosa:
la roma siempre es dichosa:
la aguileña desgraciada:
y si una llega á tener
hermosura y discrecion,
le da una mala eleccion,
con que se lo echa á perder.
Y esto tan claro se nota,
que de esto salió el refrán,
de que al ruin puerco le dan
siempre la mejor bellota.
Y yo en todas siempre advierto,

que al galan, discreto, ayroso,
dexanlo por un roñoso,
necio, zambo, zurdo y tuerto.
Y en fin en todo hay su peso;
porque en la mejor fortuna
verás lo que en la azeytuna,
que en la mayor hay mas hueso.
Poesia y riqueza ingrata
siempre trocaron los frenos;
y no hallarás versos buenos
hechos con buxía de plata.
Con candil, si; que es civil
la Musa para la vena;
solo la Poesia es buena
hecha á moco de candil.

D. FELIX.

¡Qué locura!

TARUGO.

A los pasados
mira, y verás el efecto.
¿Por el candil de Epicteto
no dieron tres mil ducados?

D. FELIX.

Ese es Philosopho.

TARUGO.

Cesa.
¿Pues toda la Poesia
qué es sino Philosophia?

Asi fuera Genovesa.

D. FELIX.

¿Tu juicio en fin pertinaz,
entre riqueza y Poesia,
no quiere, dar compañia?

TARUGO.

Como cuñados en paz.

D. FELIX.

Eso niega la experiencia;
pues prueba, que en Grecia Homero
fue muy rico, y el primero.
Despues con mas excelencia
Virgilio en Roma dexó
tanta suma de dinero,
que al Cesar hizo heredero
del thesoro, que él le dió.
El Petrarca en Francia fue
riquisimo, y laureado
del Pontifice sagrado
en Roma; y acá se vé,
que el Rey Don Juan el Segundo
hizo rico á Juan de Mena,
y estimó en su aguda vena
aquel discurso profundo.
El Caballero Marino
fue rico: ilustró su casa
Ronsardo en Francia sin tasa:
el Sanazaro, el Guarino.

A no haber sido atrevido,
fuera riquisimo el Taso;
y en Toledo Garcilaso
fue rico, ilustre y lucido.
En un asalto murió,
como valeroso y fuerte,
sintiendo España su muerte,
que Carlos Quinto vengó.
¿Y qué ingenio en nuestra edad
nuestro Rey no ha enriquecido?
¿Qué pluma empleo no ha sido
de su liberalidad?
El Rector de Villahermosa,
Gongora, Mesa y Enciso,
Mendoza y otros, que quiso
por su eleccion generosa.
¿Y si toda esta verdad
tu mala aprehension no allana,
no fué el de Villamediana
rico y Señor?

TARUGO.

Es verdad.

D. FELIX.

¿No ha habido muchos Señores,
que ilustraron la Poesia?
¿Y en particular hoy dia
no hay uno de los mayores,
que despues que su valor

en el circo mas lucido
aplauso de Hespaña ha sido,
la tiene con tal primor,
que hoy, sin ser lisonja, son
sus dulces versos discretos,
por lo alto de sus conceptos,
de todos admiracion?

TARUGO.

Eso será la verdad;
mas para esos, que asi fueron,
hay quatro mil, que murieron
de pura necesidad.

D. FELIX.

Eso su estrella causó;
que en qualquiera facultad
oprimió necesidad,
á quien no la mereció.
Mas solo prueba ese indicio,
que lo que á alguno baldona,
teniendolo en la persona,
no es pension del exercicio;
y ella es virtud, y tenella,
con premio ó sin él, es bueno;
que en la virtud es ajeno,
lo que pende de la estrella.

TARUGO.

¿Pues por qué el vulgo indiscreto
la llega á desestimar?

D. FELIX.

Eso suele ocasionar
la pobreza del sujeto.
¿Dime, la despreciará
en un señor?

TARUGO.

Ni ahun por chiste.

D. FELIX.

Luego en ella no consiste,
sino en el vaso, en que está.
Del agua un exemplo breve
te distinguirá esa ley,
que en oro es digna de un Rey,
y en barro el pobre la bebe.

TARUGO.

Pero ya, señor, el quarto
de la Academia han abierto.

D. FELIX.

Ya Doña Ana viene aqui.

TARUGO.

Con ella viene Don Pedro
Pacheco, nuestro vecino,
que es un zeloso Extremeño,
en el guardar á su hermana.

D. FELIX.

No anda en eso muy cuerdo.

TARUGO.

¡Qué rica, que está la sala!

D. FELIX.

¿No infieres, Tarugo, de eso,
que hay Poesia con riqueza?

TARUGO.

Lo estoy viendo, y no lo creo.
Mas vive Dios, que como eres
tú Don Felix de Toledo,
si es poeta, ha de ser pobre.

D. FELIX.

¿Cómo puede ser, teniendo
en su casa tal riqueza?

TARUGO.

Una noche, haciendo versos,
se la ha de quemar la casa,
y ha de amanecer en cueros.
Mas ya salen, yo me voy.

D. FELIX.

¿Dónde?

TARUGO.

A casa de un Flamenco,
que lo vende sin bautismo,
y alli van unos mozuelos
muy ricos, que juegan largo,
y me entretengo con ellos.

D. FELIX.

¡Pues tú juegas!

TARUGO.

A las pintas.

D. FELIX.

¡Y largo!

TARUGO.

No sino huevos.
A quatro y quatro y terceras
nos quitamos el pellejo.

D. FELIX.

¿No quieres ver la Academia?

TARUGO.

¡Yo Academia! No haré luego
cinco pintas en diez años,
si estoy una hora entre versos. *vase.*

Salen los Musicos, Don Diego de Roxas, Don Pedro Pacheco, Alberto y Doña Ana.

MUSICOS.

Es el ingenio noble, como el Sol,
que con la luz, que alumbra, da calor.

D. FELIX.

Nuevo é ingenioso modo
tiene la letra.

D. ANA.

La he hecho,
para introducir con ella
la Academia.

D. PEDRO.

En vos no es nuevo,
el hacer las novedades

con tal gracia.

D. ANA.

Id prosiguiendo
la letra, mientras que todos
van tomando sus asientos.

Sientanse las Damas en estrado, y los Galanes en sillas.

MUSICOS.

Es la gala y hermosura perfeccion,
mas la del alma siempre es la mayor.

D. FELIX.

¿No es es muy pulida la letra,
señor Don Pedro Pacheco?

D. PEDRO.

Si vos la admirais, Don Felix,
¿qué haré yo, que el alma tengo
en Doña Ana, y solicito
en ella mi cautiverio?

D. ANA.

Comience pues la Academia.

D. DIEGO.

Diga Doña Ana primero.

D. ANA.

Señor Don Diego de Roxas,
que no es lisonja, os advierto;
porque en la Academia es
mejor lugar el postrero.

D. DIEGO.

Esto es, dar lugar, que escojan.

ALBERTO.

Pues yo diré.

D. PEDRO.

Diga Alberto.

ALBERTO.

Un soneto me ha encargado
la Academia.

D. ANA.

¿A qué sujeto?

ALBERTO.

Al amor.

D. ANA.

Mucho hay escrito;
dificil es el intento.

ALBERTO *cantando.*

Es el amor deseo de un contento,
que nunca llega á su dichoso estado:
si no es fino, no hay gusto en su cuidado:
si es fino, es todo pena y sentimiento:
correspodido, está del temor lento
de la desconfianza atormentado.
¿Pues qué será el amor desesperado,
si ahun el correspondido es un tormento?
En su triunfo mayor padece olbido,
y en la esperanza pena, sino alcanza;

de qualquier modo siempre muerte ha sido.
Todos ven su traycion y su mudanza,
todos quantos le siguen han perdido,
y todos van tras él con esperanza.

D. ANA.

Está muy bien difinido
el amor por sus efectos;
y ahunque amor hay mas dichoso,
cierto, que es nuevo y es bueno.

D. DIEGO.

Yo tengo á cargo una glosa,
y es solamente de un verso,
que por dificil me ha dado
la Academia.

D. ANA.

Ya la espero.

D. DIEGO.

Para fines males, quando.
Oid.

D. ANA.

Ya estamos atentos.

D. DIEGO.

Para fines de su amor
suele dar males Inés
en desdenes y en rigor;
pero luego de alli á un mes
vuelve á amar con mas primor.
No hay que preguntar, en dando

males, quando volverá
á amar, ahunque esté olbidando;
que bien se infiere, si da
para fines males, quando.

D. ANA.

Glosó con todo rigor.

D. PEDRO.

Yo á cargo una octava tengo,
en que he de pintar la furia
de un leon acometiendo.

D. ANA.

Asunto es de un buen poeta;
decidla.

D. PEDRO.

Ya la refiero.
En medio extremo el bruto se enarbola,
espeluzada la cerviz valiente.
A la frente feroz vuelta la cola,
es la cola penacho de la frente.
Los pies arranca de una estampa sola,
de las garras el cuerpo va pendiente,
y centellando con la vista enojos,
se le pasan las garras á los ojos.

D. ANA.

Bien pintado; y juntó bien
naturaleza y concepto.

D. FELIX.

A mí difinir me toca

la dicha y desdicha á un tiempo
en una decima sola.

D. ANA.

Mucho asunto en poco verso.

D. FELIX.

Dicha es, el seguir un bien,
y desdicha, no tenerle;
tenido, es fuerza perderle,
y esto es desdicha tambien.
Quien siempre sufrió un desden,
no llega á estado peor:
con que dicha es en rigor
causa de un mal mas mortal,
y la desdícha es un mal,
que excusa de otro mayor.

D. ANA.

Extraña difinicion,
y es aguda por extremo.
Yo tengo á cargo un enigma,
y proponerosle quiero.
Pintase una carbonera
natural, que siempre ardiendo,
cubierta de tierra, exhala
por la tierra el humo denso;
y la glosa, dice asi;
escuchadla.

D. FELIX.

Ya atendemos.

D. ANA *leyendo.*

Este fuego, que arde en mí,
otro fuego le encendió,
que arde tambien como yo,
y á un tiempo ardemos asi.
El humo, que exhala el fuego,
conviene á mi perfeccion,
y el cubrirme, es por razon,
de que no le exhale luego.
Mientras, que no me consumo,
quando mas tierra me das,
mas me abrigas, y ardo mas;
con que he de arrojar mas humo.
No dexando yo de arder,
salir en vapor presumo;
decid, quien soy yo y el humo,
que guardar no puede ser.

D. FELIX.

Dificil es.

D. ANA.

¿Qué os parece?

ALBERTO.

Yo digo, que es el secreto.

D. ANA.

No es.

D. DIEGO.

Yo digo, que son
los zelos, fuego de fuego,

como volcán encendido,
que entrambos arden á un tiempo.

D. ANA.

No son los zelos.

D. PEDRO.

Yo amor;
pues en él todo lo veo.

D. ANA.

No es amor.

D. PEDRO.

¿Pues qué será?

D. ANA.

¿Os rendis?

D. PEDRO.

A vuestro ingenio.

D. ANA.

Pues es:::

D. FELIX.

Tened: no digais;
que yo falto, y decir quiero.

D. ANA.

Decid, pues.

D. FELIX.

Yo digo, que es
aquese encendido fuego
la mujer enamórada.

D. ANA.

Es verdad: yo lo confieso.

D. FELIX.

El humo denso, que exhala,
es su honor, la tierra luego
con que le cubren, parece,
si bien á el enigma atiendo,
que son las guardas, que tiene
su honor; y mientras, queriendo,
mas guardas ponerle intentan,
se enciende mas su deseo,
y crece el daño: de donde
se infiere con claro exemplo,
que, quando la mujer quiere,
si de su honor no hace aprecio,
guardarla no puede ser,
y es disparate, emprehenderlo.

D. ANA.

Está muy bien conocido
y explicado.

D. PEDRO.

Ahunque el intento
del enigma haya sido ese,
se concluye con un yerro.

D. ANA.

¿Quál es?

D. PEDRO.

Decir, que el guardar
una mujer, es empeño,
que no puede ser.

D. ANA.

¿Por qué?

D. PEDRO.

Porque del hombre el desvelo
puede asegurar su honor,
y con cautela y esfuerzo
vencer puede ese peligro;
que las mujeres, que vemos
livianas, no es por su industria,
sino descuido del dueño.

D. ANA.

¿Pues no hay hombres cuidadosos
y honrados, que aqueste riesgo
cautelan; y las mujeres,
quando hay mas cuidado en ellos,
crece en ellas mas la industria,
y ofenden al mas atento,
seguras de su noticia?

D. PEDRO.

Muchos hay; mas todos esos
lo yerran de confiados;
pues cautelan solo el riesgo,
que piensan, y no, el que deben;
que, si hubiera uno discreto,
que previniese el peligro,
y con cautela y haliento
mirára todas las puertas,
que puede tener el riesgo,

y las defendiese todas,
fuera imposible ofenderlo.
Y finalmente concluyo,
que las que hacen ese yerro,
se le ocasiona el descuido,
sin que le busque el ingenio.
¿Y si no, la que engañó,
á quien la guarda, no es cierto,
que le ofendió por la parte,
que él no defendió?

D. ANA.

Eso infiero.

D. PEDRO.

¿Luego, si el que fue ofendido,
hubiera visto primero
aquel riesgo, y le guardára,
no le ofendiera?

D. ANA.

Es muy cierto.
Mas si la mujer estaba
metida ya en ese empeño,
si aquel medio no lográra,
hubiera hallado otro medio.

D. PEDRO.

Pues por eso digo yo,
que el hombre honrado y discreto
ha de prevenirlo todo;
y al que fuere tan atento,

lo que no puede ser, es,
que le ofendan.

D. ANA.

Para eso
es menester ser un hombre
mas que hombre; porque el ingenio
humano es casi incapaz,
de prevenir tanto riesgo

D. PEDRO.

Quanto fuere riesgo humano,
lo alcanza el entendimiento,
y el hombre es capaz de todo.

D. ANA.

Pues si vos presumis eso,
en práctica lo pongamos,
yo os ruego; mas suponiendo,
que á prevenir todo el daño,
sois vos el hombre discreto,
que defendeis la mujer,
que se resuelve, á ofenderos.

D. PEDRO.

Decid, y vereis, si hay daño,
á que yo no dé remedio.

D. ANA.

¿Ahunque esteis vos rezeloso,
podeis prohibir, siendo cuerdo,
que salga aquesta mujer
de casa?

D. PEDRO.

Ya que no puedo,
saldré yo siempre á su lado.

D. ANA.

Está muy bien. ¿Y vos, luego
no habeis de salir de casa?

D. PEDRO.

Saldré, dexando primero
centinelas ignoradas.

D. ANA.

Ahunque es dificil empeño,
para no ser continuado,
yo os le paso. ¿Mas, supuesto
que siempre esteis á su lado,
no habeis de dormir?

D. PEDRO.

El sueño
de hombre, que vela su honor,
ahunque sea un letargo, el miedo,
de que pueda despertarle,
le tiene en vela y despierto,
para que no se le atreva.

D. ANA.

¿Y si ella asegura el sueño
con algun arte, que es facil;
pues vemos, que halló el ingenio
confecciones, que le infunden?

D. PEDRO.

Tener criados atentos,
que suplan ese peligro.

D. ANA.

¿Y si son dobles?

D. PEDRO.

El cuerdo
no ha de confiar su honor,
de quien no esté satisfecho
en caso, que tanto importa;
y si esta experiencia ha hecho,
lo mismo harán ellos, que él.

D. ANA.

¿Y si la mujer, sabiendo,
que de ellos se ha de guardar,
los diese tambien á ellos,
la confeccion, que os dió á vos,
y todos duermen, qué harémos?

D. PEDRO.

Ese es un caso imposible,
y fuera caerse el Cielo;
y me cierro en mi opinion,
que estos son vanos intentos.

D. ANA.

No hagais tal por vida vuestra,
señor Don Pedro Pacheco,
y no querais saber vos,
mas que todo el mundo en esto.

Y advertid, que la experiencia
de los sabios, conociendo,
que aquesto no puede ser,
nos dexó varios exemplos.
En las fabulas antiguas
los ojos de Argos durmieron
con la vara de Mercurio,
dando á entender, que el tercero
ingenioso vencerá
qualquier guarda en ese empeño.
Acrisio puso á su hija
Danae en el osbcuro encierro
de una torre, y halló en ella
Jupiter el facil medio,
disfrazado en lluvia de oro,
de meterse en su aposento.
De que se infiere, que al oro
no hay fortaleza, ni encierro,
que no se abra; y pues os da
la ciencia tantos exemplos,
no querais vos saber mas,
que lo que todos supieron.
Este medio, que parece
mas facil, tiene secreto
algun riesgo, pues el mundo
no le usó; mas este riesgo
no se puede conocer,
hasta poner en efecto

la execucion de aquel caso.
Executarle el ingenio
llevado de su viveza,
y al caminar en su intento,
da con el inconveniente;
y hallandose en un despeño,
corrido de no haber visto
con su discurso aquel yerro,
para seguir lo comun,
vuelve á deshacer lo hecho.
Politica muy delgada
es esta, y para venceros,
os daré mas claramente
su razon en un exemplo.
Va un caminante á un lugar;
en muchos caminos vemos,
que desde el principio suele
verse el lugar á lo lejos;
siguiendo el camino, á veces
se va la senda torciendo,
que parece, que se aparta
del Lugar; y es, que el primero
que descubrió aquel camino,
halló algun mal paso en medio,
con que fue fuerza torcerle,
para ir al lugar mas presto.
Si alguno por su agudeza,
este camino siguiendo,

pensase, que iria mas breve,
si le siguiese derecho,
y haciendo norte á los ojos,
abriese camino nuevo,
despues, que con mas trabajo
hubiese andado gran trecho,
daria con el mal paso
del pantano ó el despeño;
con que era fuerza, volver
á su camino primero.

D. PEDRO.

Lo que ha torcido el camino
aqui, es el argumento:
y yo he de seguir el mio.

D. ANA.

Mirad, que vais á perderos.

D. PEDRO.

¿En que?

D. ANA.

En errar.

D. PEDRO.

Yo no soy
casado, ni en Madrid tengo
mas que una hermana, y del sol
á defenderla, me atrevo.

D. ANA.

Vuestra hermana no tendrá
la intencion, que se ha supuesto

de engañaros; y asi en ella
no arguyais con ese exemplo.

D. PEDRO.

Y á tenerla, la guardára.

D. ANA.

Mirad, que no es facil eso.

D. PEDRO.

El valor se ha de atrever
á lo dificil.

D. FELIX.

Don Pedro,
daos por vencido; que todos
nos rendimos á este riesgo,
sin agraviar las mujeres,
pues de la mano del cielo
viene solo la que es buena.
Y vive Dios, que si en esto
tubiesedes cien cabezas,
como tubo Briaréo,
y en ellas los ojos de Argos,
y de Mercurio el ingenio,
os habia de engañar
la mujer, que sabe menos. *levantase.*

D. PEDRO.

Vive Dios, que el que pensáre,
que puede ofender mi haliento
mujer ninguna, se engaña.

D. FELIX.

Yo daré á entender su yerro.

D. ANA *como en medio de ellos.*

Tened, Don Felix. Tened,
Don Pedro; que el argumento
no se hizo para pendencias.

D. PEDRO.

Lo que yo he dicho, es lo cierto;
y despues de defendido
afuera con el acero,
lo probará la experiencia
con la razon aqui dentro. *vase.*

D. ANA.

Esperad; que es grande arrojo.

ALBERTO.

Ya es fuerza, el irle siguiendo;
que, ahunque razon no ha tenido,
siempre á su lado estar debo. *vase.*

D. ANA.

Llamadle vos.

D. DIEGO.

A eso voy.
Mas en mí tiene un exemplo, *ap.*
de que es cierta su opinion;
pues quando á su hermana quiero,
por él lugar no ha tenido
de ver, ni hablar mi deseo. *vase.*

D. ANA.

Cierto, que ha estado pesado.

D. FELIX.

No pensé, que era tan necio.

D. ANA.

Don Pedro, señor Don Felix,
es mi galan y mi deudo,
y por ciertas prevenciones
dilato mi casamiento,
estando ajustados ya
entre los dos los conciertos.
Para hacerle mi marido,
quisiera verle mas cuerdo;
y para desengañarle
de tan loco pensamiento,
su hermana es rica y hermosa;
si vos:::

D. FELIX.

Tened; que ya entiendo,
y me proponeis lo mismo,
que ha pensado mi deseo.
¿No es, qué yo la galanteé?

D. ANA.

Diera todo quanto tengo,
por verle desengañado.

D. FELIX.

Pues yo en algunos encuentros,
ahunque nunca la he servido,

la he dicho algunos requiebros,
y no muy mal escuchados.

D. ANA.

No es ese mal fundamento.
¿Mas cómo dareis principio,
si él la guarda con desvelo?

D. FELIX.

A mí me sirve un criado,
con quien Merlin supo menos:
si él la introduccion no intenta,
no la intentará Juanelo.

D. ANA.

¿Dónde está?

D. FELIX *á una criada.*

Ved, si ha venido
Tarugo ahí fuera.

CRIADA.

Eso intento.

Llega al paño.

¿Está Tarugo aqui?

TARUGO.

Adsum.

D. ANA.

Traza tiene de discreto.

TARUGO.

Hácia el *agilibus* mucho.

D. ANA.

¿De dónde sois?

TARUGO.

De los Hueros.

D. ANA.

¡Los Hueros!

TARUGO.

Es que mi madre,
quando pensó, que era huero,
me halló pollo.

D. ANA.

El es bellaco.

TARUGO.

Honra, que me haceis es eso.

D. FELIX.

Tarugo, aqui está empeñado
todo el valor de tu ingenio.
¿No conoces á la hermana:::

TARUGO.

¿Quál?

D. FELIX.

De Don Pedro Pacheco?
¿Te atreves, á introducir
de mi parte un galanteo
con ella?

TARUGO.

Corrido estoy.

D. FELIX.

¿De qué?

TARUGO.

De que digas eso.
¿Con un hombre de mi sangre
pone aqui duda tu pecho,
el que yo sea alcahuete?
¿Pues de qué sirve mi haliento?
¿Eso de mí ha de dudarse?
No solo haré, vive el cielo,
con ella la introduccion,
mas con el mismo Don Pedro.

D. FELIX.

¿Cómo lo harás?

TARUGO.

¿No hay *pecunia*?

D. FELIX.

Quanta quisieres.

TARUGO.

Laus Deo.

D. ANA.

¿Cómo, estando muy guardada,
has de lograr ese intento?

TARUGO.

¿Ella come, viste y calza?

D. ANA.

No hay duda.

TARUGO.

¿A estos ministerios
no acude gente de afuera?

D. ANA.

Si.

TARUGO.

No hablemos mas en esto.

D. ANA.

¿Qué quieres decir?

TARUGO.

¿No entiendes?
Yo puedo ser zapatero,
sastre, hilo Portugues,
ó mujer, que quita vello;
porque el alcahuete tiene
bula, de mudar el sexo.
¿Entendeislo ahora?

D. ANA.

Si;
y mira, que este es mi empeño.

TARUGO.

¿Pues esto á vos, que os importa?

D. ANA.

Desengañar á este necio,
que el guardar una mujer
no puede ser; y ha hecho empeño,
de la qüestion arrojado,
poniendose, á defenderlo.

TARUGO.

¡Qué decís! ¿Jesus, á ese hombre
le parece facil eso?

¿Pues no sabe, que hay Tarugos?

D. FELIX.

El seguir quiere su intento
por camino extraordinario.

TARUGO.

En dexando el carretero,
va el pobre señor perdido.
¿No sabe, quantos se han muerto,
por echar por el atajo?
¡Jesus, y qué lindo exemplo
con un cuento muy comun
le diera yo!

D. ANA.

¿Qué es el cuento?

TARUGO.

Iba camino un Abad
muy gordo y muy reverendo.
Llegando á un rio, intentó
pasar el vado; y saliendo
un pastor, le dixo: advierta,
que ahier se ahogó un pasagero,
porque erró el vado. El Abad
preguntó al pastor, tosiendo:
¿quanto hay desde aqui á la puente?
Dos leguas y media, pienso,
dixo el pastor; y el Abad
le respondió entre un regueldo:
si el que se ahogó hubiera ido

por la puente, ahunque está lexos,
desde ahier aca, ya hubiera
pasado el rió. Y el freno
torciendo á la mula, dixo:
por la puente, que esta seco.

D. ANA.

Hizo muy bien. ¿ Y el ahogado
quien habrá de ser?

TARUGO.

Don Pedro.

D. ANA.

Yo te prometo un regalo.

TARUGO.

Pues á la puente y piquemos.

D. FELIX.

Señora, al intento vamos.

D. ANA.

Con el aviso os espero.

D. FELIX.

Cuenta os vendré á dar de todo.

D. ANA.

Me lograreis un deseo.

D. FELIX.

Vamos pues, Tarugo.

TARUGO.

Vamos;
que no hay ley en el ingenio,
si no vieres, que este hermano

en la capacha le meto. *Vanse.*

Salen Don Pedro y Alberto.

D. PEDRO.

Esto ha de ser; no ha de quedar abierta
ventana en casa, ni ha de verse puerta
sin guarda en ella. Veamos, si es posible,
guardar una mujer.

ALBERTO.

Ya estás terrible.
¿Pues qué culpa, me di, tiene tu hermana,
de que haya sido tu opinion liviana,
y arrojada tambíen en su argumento,
para ponerla en tanto encerramiento?

D. PEDRO.

Alberto, esto ha de ser; asi lo quiero:
vos sois mi deudo, y sois asi el primero,
á quien toca mí honor, y el duelo obliga:
no quiero, que haya, quien (porque se diga
que yo fui en la porfia demasiado)
ponga en ella los ojos y el cuidado,
y de ello me resulte una deshonra.
Vos habeis de ser guarda de mi honra.
Desde hoy está mi casa á vuestra cuenta;
vos, como guarda y centinela atenta,
Argos habeis de ser de este cuidado.

ALBERTO.

Pues todo eso, Don Pedro, es escusado
con Doña Inés, quando en su honor emplea

el cuidado mayor.

D. PEDRO.

Aunque lo sea,
lo habeis de ser, pues yo de vos lo fio;
y no me repliqueis.

Salen Doña Inés y Manuela.

D. INES.

¿Hermano mio,
qué es esto? ¡Tú enojado!
¡Tú mudado el color, y el rostro ayrado!
¿Qué tienes?

D. PEDRO.

No sé, hermana, lo que tengo;
solo sé, que al peligro me prevengo
de una juventud loca, un vulgo ciego;
y un noble, descuidado en su sosiego,
al riesgo de su honor mira sin tasa,
y es deuda de mi honor, velar mi casa. *vase.*

D. INES.

¡Qué es esto, Alberto! Si mi honor aprecias,
si es que me estimas. ¿Qué palabras necias
son estas de mi hermano? Dí, ¿qué pasa?
¿Riesgo en su honor? ¿Cuidados en su casa?
¿Habla de mí? Responde, ¿ó ha perdido
mi hermano la memoria y el sentido?

ALBERTO.

Señora, vive Dios, que lo parece,
segun sin causa su cuidado crece.

D. INES.

Sin causa, no es posible.

ALBERTO.

No la tiene por Dios.

D. INES.

Es imposible.

Decidme la verdad; que aqueste exceso
no puede ser sin causa.

ALBERTO.

Yo confieso,
que la tiene, mas no de haber andado
aqui tan ciego, y tan desalumbrado,
que su cuidado dé á entender su pecho;
mas si á tu honor, estando satisfecho,
un tan necio desvelo no recata,
callarlo yo, sería culpa ingrata.
Hoy en una academia ha defendido
con mas calor, que justo hubiera sido,
Don Pedro, necio, si saber lo quieres,
que es facil, el guardar á las mugeres;
y el ser ellas livianas, no es empeño
suyo, sino descuido de su dueño.
A esta razon Don Felix de Toledo:::

D. INES.

Conozcole muy bien.

ALBERTO.

Decirte puedo,
que este Don Felix es el caballero

mas discreto, galan, noble y severo,
que yo en toda mi vida he conocido.
Hizole oposicion, y él ofendido,
rematando en disgusto el argumento,
dexó á un tiempo la sala y el asiento.
De esto se le ha metido en la cabeza,
que han de solicitarle á tu belleza,
para dexarle en su opinion vencido;
y apoyando este error, me ha persuadido,
que yo vele tu honor, pues que me toca
por deudo suyo: y tanto se provoca
del riesgo imaginado,
que á cada puerta ha puesto un criado.
Yo, que tu honor conozco y tu recato,
te lo prevengo, por no ser ingrato
al amor, que en tu infancia me has tenido:
y porque esté el peligro prevenido,
des á entender por esto, que sucede,
que lo que ser no puede,
sin la necesidad de ser guardada,
es conquistar una mujer honrada. *vase.*

D. INES.

¿Has escuchado, Manuela,
una y otra ceguedad?
Siendo tal la de mi hermano,
la de Alberto es otra tal.
El, por prueba de su ingenio,
defiende, que ha de guardar

una mujer, siendo cosa,
que nadie supo jamás.
Lo que erró con el discurso,
quiere en la experiencia obrar.
Errarlo alli, fue agudeza,
y errarlo aqui, necedad.
Estotro, muy prevenido
de consejo y de piedad,
me alaba un hombre, de quien
dice, que me ha de guardar.
Yo, que en mi recato he sido
una torre, una ciudad
cerrada del alto muro
de mi altivez principal,
no he conocido en mi vida
deseo en mi voluntad;
y desde que esto he escuchado,
estoy resistiendo ya,
sin mas daño que es arderse,
exhalado el alquitran;
pero oprimido en la mina,
todo el mundo volará.
La mujer es como el vidrio,
que el que le quiere guardar,
le ha de poner en seguro;
mas, si por guardarle mas,
desconfiado del riesgo,
entre las manos le trahe,

con lo que guardarle piensa,
suele venirle á quebrar.
Yo á Don Felix de Toledo
he visto, y ahunque es galan,
y me ha hablado muchas veces,
no le respondi jamás.
Y desde que sé, que es él,
quien tal cuidado les da,
estoy deseando verle.
Esto es de mi voluntad;
que quanto á mi entendimiento,
tambien por tema me va,
siendo mujer, no ser menos
yo, qué todas las demás.
No hay mujer tan necia, á quien
el mas discreto y sagaz,
si ella no quiere guardarse,
piense, que la ha de guardar;
y es fuero de nuestro honor;
porque, si fuera verdad,
que el hombre guardarla puede,
ahunque le intente agraviar,
consistiendo esto en el dueño,
á quien sujetas están,
ni en la honrada hubiera honor,
ni en la libre liviandad,
Y mi hermano ha de saber,
que esto en mi eleccion está,

y no ha de hacer accion suya,
la que fue mia no mas.
Manuela, no hay, que perder
ocasion, y pues tan mal
opina de las mujeres,
sepa este necio el refran.

MANUELA.

Señora, lo que te pasa,
á mí pasado me ha
con mi ayuno esta quaresma.
Yo, sin mandarme ayunar,
quando obligacion no tube,
no quebré ayuno jamas,
y ayunaba á pan y agua.
Este año fue de mi edad
el tener obligacion,
y en mandandome ayunar,
maldito el dia he dexado
de almorzar y merendar.

ALBERTO *saliendo.*

Entrad, amigo.

D. INES.

¿Quién es?

ALBERTO.

El sastre envia un oficial,
á que os tome la medida
del vestido, que ha de dar
para el dia del Sotillo.

D. INES.

Entre pues.

ALBERTO.

Amigo, entrad. *vase.*

MANUELA.

¡Señora, Alberto á la puerta!
¿Qué es esto? ¡Gran novedad!

D. INES.

Eso es disculpar, que yo
castigue su necedad.

Sale Tarugo.

TARUGO.

Sea Dios en esta casa,
ó no paso del umbral.

D. INES.

¡Quién sois!

TARUGO.

Sastre, con perdon.

D. INES.

¿De qué?

TARUGO.

De lo que he de hurtar.

D. INES.

¿Y á qué venís?

TARUGO.

El maestro,
por probar mi habilidad,
á que yo os corte un vestido

me envia, porque al lugar
soy recien venido, y tengo
grande opinion por allá,
en el cortar de vestir.

D. INES.

¿Y él por qué no viene acá?
¿Quiere pobrarle á mi costa?

TARUGO.

En vos no cabe el refran,
de que en la barba del ruin;
porque el que me envia acá,
está muy bien informado.
de que yo no la he de errar.

D. INES.

¿Y cómo os llamais?

TARUGO.

Garulla.

D. INES.

¿Qué decís?

TARUGO.

Soy del Parral;
y quando naci, mi cuna
fue un cesto de vendimiar.

D. INES.

¿Y dónde habeis aprehendido,
tan diestramente á cortar?

TARUGO.

En Marruecos.

D. INES.

¡En Marruecos!

TARUGO.

Fui niño cautivo allá:
comprómе un sastre Morisco,
y aprendi con gracia tal
su oficio, que á la Princesa,
que es la mas rara beldad,
hacía yo de vestir;
traxome la Trinidad,
y ahora vengo á la merced,
que espero, que vos me hagais.

D. INES.

¡Pues el vestir á las Moras,
qué importa al uso de acá!

TARUGO.

Entre Moras y Christianas
poca diferencia hay;
para mí todas son unas,
digo con mi habilidad.

D. INES.

Bestialidad. ¿La Princesa,
cómo se llamaba allá?

TARUGO.

Doña Fatima de Aguirre.

D. INES.

¡De Aguirre!

TARUGO.

Si. ¡Qué dudais,
si su madre es renegada!

D. INES.

Ea pues, tomadme ya
la medida.

TARUGO.

Antes quisiera,
que aqui unas telas veais,
y algunas cosas curiosas,
de las que traxe de allá.

D. INES.

Veamos.

TARUGO.

Estas son joyas.

D. INES.

¿Y qué es aquesta?

TARUGO.

Aguardad;
que esta no es joya.

D. INES.

¿Pues, qué es?

TARUGO.

Que aqui ::: Le hube de olbidar,
vive Dios.

D. INES.

Ten, no la escondas;
que no te la he de quitar.

TARUGO.

No hay por qué: él es un retrato.
Veisle aqui.

D. INES.

Bien hecho está.

TARUGO.

¿Conoceis el dueño?

D. INES.

No.

MANUELA.

Cierto, que está muy galan.
¿Señora, este no es Don Felix?

D. INES.

Calla; que en el Sastre hay mas
malicia de la que piensas.
¿Quereisme acaso, feriar
esta joya?

TARUGO.

No, señora;
que si he de decir verdad,
me la han dado, para darla
á una dama del lugar;
que tambien yo en este trato
tengo un poco de oficial.

D. INES.

¿Quién es la dama?

TARUGO.

No sé,

porque no la ví jamas,
ni he sabido donde vive;
solo su nombre sé ya.

D. INÉS.

¿Quál es?

TARUGO.

Doña Inés Pacheco,
que es muy bella.

D. INES.

Si será.
¿Mas si esta joya os feriase
á otra de valor igual:: ?

TARUGO.

No es posible, que la haya.

D. INES.

¿Valdralo esta? *enseñale su retrato.*

TARUGO.

Si valdrá.

MANUELA.

Señora, tu hermano viene.

TARUGO.

¡Pese á mí! ¿Puedo escapar,
sin ser visto?

D. INES.

¿Pues qué importa,
si sois sastre?

TARUGO.

Tengo hazar

con hermanos, porque un hombre,
Astrologo singular,
me ha dicho, que quatro hermanos
me han de llevar á enterrar.

MANUELA.

Que se entra ya.

TARUGO.

Pues yo quiero.

Ponese unos anteojos,

ponerme aqueste disfraz.

Sale Don Pedro.

D. PEDRO.

¿Hermana, qué hace aqui este hombre?

D. INES.

El sastre enviado le ha,
porque corta de vestir
con gran destreza, y me trahe
algunas telas, que vende,
por si las queieres comprar.

D. PEDRO.

¿Anteojos trahe?

TARUGO.

¿Por qué no?

D. PEDRO.

No los ví en sastre jamas.

TARUGO.

Si el sastre es corto de vista,
y ve bien por su cristal,

¿por qué no se ha de poner
anteojos?

D. PEDRO.

Es gravedad,
á que el sastre no se atreve.

TARUGO.

Yo he visto sastre, que trahe
relox en la faldriquera.

D. PEDRO.

Mira tú, hermana, si hay
tela alguna de tu gusto,
y se la puedes comprar.
Y tú, Manuela, á mi quarto
lleva luz; que quiero ya
recojerme.

MANUELA.

Ya yo voy.

Vase Manuela.

D. PEDRO.

Haz, en saliendo, cerrar. *vase.*

TARUGO.

Ya la tragó, vive Christo;
pues mas falta, que tragar.

D. INES.

Hombre, quien quiera que seas,
no me niegues la verdad,
que en el susto he conocido,
que no eres sastre: habla ya

sin miedo, y yo te aseguro,
que de mí puedes fiar.

TARUGO.

Pues, señora:::

D. INES.

Antes advierte,
que nada me has de ocultar;
pues te va premio ó castigo.

TARUGO.

Ya picó el pez: preguntad.

D. INES.

¿Eres criado de Don Felix?

TARUGO.

En este caso algo mas.

D. INES.

¿Amigo?

TARUGO.

Mas un poquito.

D. INES.

¿Deudo?

TARUGO.

Otro poquito mas.

D. INES.

¿Pues que eres?

TARUGO.

Su tercero.

D. INES.

¿Qué dices?

TARUGO.

¿Te pesará?

D. INES.

No; que antes me has hecho gusto.

TARUGO.

¿Y le estimas?

D. INES.

Claro está.

TARUGO.

Tragóse todo el anzuelo;
iré alargando el sedal.

D. INES.

Vete, pues.

TARUGO.

¿Y qué me dices?

D. INES.

¿No va mi retrato allá?

TARUGO.

Y acá queda el suyo.

D. INES.

¿Pues,
qué mas quieres?

TARUGO.

Algo mas.

D. INES.

Vuelve á verme.

TARUGO.

Eso mañana.

D. INES.

Bien recibido serás.

TARUGO.

¿Qué decis?

D. INES.

Que esto aseguro.

TARUGO.

¿Con memoria?

D. INES.

Y voluntad.

TARUGO.

Pues con esto á Dios, señora.

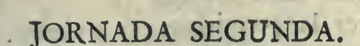
D. INES.

Hasta mañana no mas. *vase.*

TARUGO.

Miren, los que ven aquesto,
si es bien grande necedad,
el guardar una mujer,
que no se quiere guardar.





JORNADA SEGUNDA.

Salen Tarugo, Don Felix y Doña Ana.

D. ANA.

Notable principio ha sido,
y mejor fin asegura.

D. EELIX.

¿No es donosa travesura,
la que Tarugo ha emprehendido?

D. ANA.

Tan rara, que dudo el modo.

TARUGO.

Pues oid atentamente,
si gustais; que brevemente
os daré cuenta de todo.
Lo primero me informé,
quien á su casa acudia
de fuera, que en compañia
entrar con alguien pensé;
supe el sastre (esto me alabo)
que la hacia de vestir;
fui allá, y viendole zurcir,

dixe, tate, aqueste es bravo.
Prometile unos escudos
solo por la permision,
de ir en su nombre á esta accion,
y no me salieron mudos;
porque él lo dudó primero,
y temió hacerme oficial,
por si el riesgo era fatal;
mas apenas vió el dinero,
quando las señas me dió,
con que en su nombre fui allá;
y ya tal el sastre está,
que hará lo mismo que yo.
Entré pues en la tal casa,
por medio de tres porteros,
que tiene, como Cerberos,
atisbando lo que pasa.
Llevé mi harenga pensada,
y fue tal mi desventura,
que, pensando hallarla dura,
estaba ya perdigada.
Yo entro y salgo allá, á llevarle
recados, y ella desea
solo, que mi amo la vea,
porque rabia, por hablarle.
Y si los lances postreros
no la mienten á mi estrella,
he de hacer, que quiera ella,

el hermano y los porteros.

D. ANA.

De tu industria la alabanza
sea esta sortija.

TARUGO.

Bravo.
Pues me la llevo, ahora acabo
de creer, que soy buena lanza.

D. ANA.

Don Felix, por todo el precio
del mundo, y todo el poder
no trueco el gusto, de ver
desengañado este necio.

D. FELIX.

Mas tiene un inconveniente;
que, lo que tema hasta aqui,
pienso, que va siendo en mí
cuidado muy diferente.
Yo tenia inclinacion
de Doña Inés al recato,
y mirando en su retrato
su divina perfeccion,
me dexó tan satisfecho
su hermosura, que he pensado,
que por él se me ha pasado
el original al pecho.

D. ANA.

Pues cuidado, que es cruel

ese mal. No sea, por Dios,
que os hagais la burla á vos,
queriendo hacersela] á él.

D. EELIX.

Ahunque inclinado me siento,
y ahun algo mas que inclinado,
ahun no llego á enamorado.

D. ANA.

No os fieis del sentimiento;
que es como el aspid amor,
que el que encontrandole helado,
de su languidez fiado,
le da en el seno calor,
obra libre y satisfecho;
del desmayo compasivo,
y no sabe, que está vivo,
hasta que le muerde el pecho.
¿A quantos ha sucedido,
que de estar enamorados,
no hay mas seña en sus cuidados,
que ahun estar agradecidos?
Suelen decir estos: Yo
no estoy mas que bien hallado;
y es, que ahun susto no le ha dado
el aspid, que él abrigó;
y en la primera ocasion
del calor de sus desvelos,
siente el diente de los zelos

hasta el mismo corazon.
Para él el mundo se acaba,
su ardor con sus ansias mide,
y en los remedios, que pide,
confiesa el mal, que negaba.

TARUGO.

Yo á mi modo, si asi os place,
os pondré un exemplo breve.
El que bebe, quando bebe,
no sabe el mal, que le hace;
y el que bebe sin empacho,
imita al amante fino,
que hasta que vomita el vino,
no sabe, que está borracho.

D. FELIX.

En llegarme á enamorar,
no hallo nada que perder,
siendo Doña Inés mujer,
con quien me puedo casar.

TARUGO.

Si eso hay, vano es el recelo.

D. ANA.

Tras eso tened cuidado.

TARUGO.

¿Para qué ha de andar atado,
teniendo remedio el duelo?
Yo tube unas mataduras,
que andando noches fatales,

las hallé en unos portales
de algunas casas obscuras.
De tumores y chichones
viendome lleno, al Doctor
fui, y me dixo: Mi señor,
no hay mas remedio, que unciones.
Yo aceptélo, y de camino
dixe. ¿Señor, que he de hacer,
que me muero por beber,
y se me antoja un pepino?
Dixo él: No ande en invenciones:
de todo se puede hartar;
que si al fin se ha de curar,
todo saldrá en las unciones.
Si tu gusto se acomoda,
hácia casarte con ella,
déxate hartar de querella;
que todo saldrá en la boda.

D. FELIX.

¿Dime, y qué medio tendré
yo, de hablarla?

D. ANA.

Eso sería
corona de la porfia.

TARUGO.

Yo anoche me desvelé
de una cosa que le oí;
y una industria he imaginado,

que ha de serviros aqui.
¿Tú no me dixiste á mí,
que este Don Pedro es preciado
de amigo y ahun de pariente
con el Marqués de Villena;
y que desde Hespaña ordena,
el ser su correspondiente
en México, donde está.

D. ANA.

Es cierto, y que de él recibe
cartas, y ahun á mí me escribe.

TARUGO.

Pues por hecho el caso da.

D. FELIX.

¿Cómo?

TARUGO.

La flota ha venido.
Tú un regalo has de buscar
de Indias, que poder llevar,
muy hermoso y muy lucido.
Si Doña Ana carta tiene
del Marqués, yo sacaré
la firma, y carta me haré,
como quien se la previene.
Fingireme Indiano en ella:
ya que me hospeda en su casa,
entregandole sin tasa
todo lo que lleve á ella.

D. ANA.

Sabiendo su condicion,
no puede haber discurrido
á su genio mas medido.

D. FELIX.

Pues ponlo en execucion.

TARUGO.

¿Quieres, que vaya á buscarlo,
y á prevenirlo?

D. FELIX.

Al instante.

TARUGO.

¿Y que compre lo importante?

D. FELIX.

¿Pues eso dudas?

TARUGO.

Andallo.

Si tú no la hablares hoy,
mañana quemo mis flores.
Alto pues; yo voy, señores:
tengan cuenta, á lo que voy,
á fingirme caballero,
á comprar regalo Indiano,
á engañar aqueste hermano,
y á sisar en el dinero. *vase.*

D. ANA.

La agudeza de Tarugo
es extraña.

D. FELIX.

Celestina
no supo embustes con él.

D. ANA.

Con esto doy por vencida
la porfia de Don Pedro.

D. FELIX.

Tened, que él viene.

D. ANA.

Pues finja
el descuido otro cuidado.

D. FELIX.

Bien decis; que ya nos mira.

Sale Don Pedro, y quedase al paño.

D. PEDRO.

Sin vida vengo y sin alma.
Bien esforzó la porfia
la cautela de Don Felix,
si estaba ya prevenida
su traycion contra mi honra.
A ver á mi hermana iba
mi temor; que el riesgo vela,
y en su quarto (¡qué desdicha!)
vi esta mañana un retrato;
y ahunque sus señas afirman,
que es de Don Felix, le traygo,
por cotejar con la vista
retrato y original;

que cosas de tanta estima,
no se han de juzgar con menos
informacion. Mas mi dicha
me ha ofrecido la ocasion:
quiero reportar las iras.

D. ANA.

¿Señor Don Pedro Pacheco?

D. PEDRO.

En vos, Doña Ana divina,
viene á hallar mi amor su centro.
Todas las señas confirman *ap.*
mi sospecha y su partido.

Mira el retrato, y á D. Felix con recato.

D. ANA.

¿Qué reparais? ¡Lo que os mira!

D. FELIX.

Y el semblante demudado.

D. ANA.

Si acaso de la porfia
le ha quedado algun rencor.

D. FELIX.

No os deis vos por entendida.

D. PEDRO.

A darle de puñaladas,
el furor me precipita.
Mataréle. Mas acaso,
ahunque es dificil, podria,
no haber aqui culpa suya;

y hasta haber en mi noticia
mas cabal informacion,
es mi templanza precisa.

D. ANA.

¿Qué suspensiones son estas,
Don Pedro?

D. PEDRO.

¿De quien os mira,
extrañais, que se suspenda?
No es nuevo en mí. En vano anima
la voz mi pecho asustado. *ap.*

D. FELIX.

Ahun á hablar no acierta, é indica,
lo que vos habeis pensado.

D. ANA.

Si acaso de la porfia
de ahier os habeis vencido,
no os embarace el rendirla;
que el hombre se ve en el yerro,
y el sabio, en que se corrija.

D. PEDRO.

Antes tengo en la opinion
por tan segura la mia,
que hoy vuelvo, á ratificarla.

D. ANA.

Eso será bizarria
del ingenio, que ahunque vea
su sentencia concluida,

por vanidad la defiende
contra la evidencia misma.
Y advertid, señor Don Pedro,
si eso os mueve á repetirla,
que el ser ignorante, es falta
al ingenio concedida;
y el ser necio, es una culpa
del entendimiento indigna.
El que ignora, en confesando
lo que ignoró, se acredita,
pues tubo luz en su ingenio
para ver, lo que no via.
Mas quien quiere defenderlo,
se hace con una accion misma
ignorante por la duda,
y necio por la porfia.
Si conoce la verdad,
es necio, en contradecirla,
pues va contra su dictamen;
y si de él no es conocida,
le está peor con su ingenio,
pues da á entender, si replica,
que en él no hay capacidad,
para ver, lo que otro mira.
Por todas estas razones
justo es, Don Pedro, que os pida,
que mudeis de parecer;
que como mi afecto os mira

como quien ha de ser dueño
de mi amor y de mi vida,
no os quisiera ver tan ciego
en verdad tan conocida.

D. PEDRO.

No solamente, señora,
esa opinion no me inclina,
mas (lo que no puede ser,
si mi opinion os admira)
digo, que he de sustentar
(sin que ofenda la malicia)
el que se guarde; pues quando
hubiera alguna atrevida,
que intentára::: ¿Qué es intento?
que piense en ofensa mia,
no manchar, deslucir solo
el valor, que me acredita,
con mi espada, con mis brazos,
con mi haliento abrasaria
su imaginacion de suerte,
que ahun no quedasen cenizas
del que inventó sus ofensas,
para exemplo de ellas mismas.

D. ANA.

¿Pues contra quién decis eso?

D. PEDRO.

Perdonad, señora mia;
que el haber yo discurrido

á solas con mi porfia,
me ha llevado á este furor;
y para que no prosiga
con mi error, dadme licencia.
Voy a juntar la noticia
con el exâmen; y si hallo,
que Don Felix solicita
mi desastre, vive el Cielo,
que le ha de costar la vida. *vase.*

D. ANA.

¿Habeis visto tal locura?

D. FELIX.

A mi me provoca á risa.

D. ANA.

Sin duda está sospechoso.

D. FELIX.

El enojo lo confirma,
y eso da seguridad
al caso; mas es precisa
diligencia, ir á avisar
á Tarugo.

D. ANA.

No se omita
prevencion.

D. FELIX.

Y con efecto,
¿quién al necio le diria,
que me ha enviado su hermana,

un retrato antes de vista?

D. ANA.

Quien sabe, que las mujeres,
quando las guardan, peligran.

D. FELIX.

Que no puede ser, es cierto.

D. ANA.

Y el que lo intenta, lo escriba
con letra grande en su puerta.

D. FELIX.

¿Qué, señora?

D. ANA.

Boberia. *vanse.*

Salen Doña Inés y Manuela.

D. INES.

Manuela, yo soy muerta, si él ha hallado
el retrato.

MANUELA.

¡Tan poco es tu cuidado,
que tal prenda aventures de esa suerte!

D. INES.

El, que en guardarme, nada se divierte,
fue á verme esta mañana á mi aposento,
propia accion de un hermano desatento.
Como él de susto me cojió ante mano,
y yo por encubrirle de mi hermano,
con un descuido le arrojé en el suelo,
y no se le ví alzar; pero busquélo

despues, que ya mi hermano se habia ido,
y en todo el dia hallarle no he podido.

MANUELA.

Pues, señora, sin duda que él le ha hallado,
y es muy facil, no haber tú reparado;
que un zeloso es sutil en sus acciones.

D. INES.

Pues para eso son mis prevenciones,
y que tú tengas atencion, te advierto,
con lo que ordeno, por si acaso es cierto,
que le tiene.

MANUELA.

Ya estoy de ello advertida.
Pero tu hermano viene.

D. INES.

Aqui escondida
le he de escuchar.

MANUELA.

Pues ya á su quarto pasa.

D. INES. *retiranse.*

Y asi saber espero, lo que pasa.

Salen Don Pedro y Alberto.

D. PEDRO.

Alberto, esto, que os digo, me ha pasado.
Este retrato en su quarto he hallado.
Mirad, si tiene indicios mi deshonra.

ALBERTO.

Tened, D. Pedro. En cosas de la honra

no hagais tan presto el juicio temerario.

D. PEDRO.

¡Buena temeridad! ¿Tan ordinario
es hallarse en el quarto de una dama
un retrato, que es nota de su fama?
¿Es esto disculparos neciamente,
del no haber sido guarda diligente?

ALBERTO.

¿Pues qué hombre habeis hallado?

D. PEDRO.

Buen concierto.
Si no le hallé, que pude hallarle, es cierto;
pues venir pudo, y es sombra de su nombre,
por do un retrato, bien entrará un hombre.
Mas, si ha de ser mi prevencion tan vana,
el remedio es, que yo case á mi hermana,
que Don Diego de Roxas me la pide;
y ahunque no es rico, quando el riesgo impide,
la descomodidad y la deshonra,
no hay mas comodidades, que la honra.

D. INES.

¿Veslo? Al remedio; que esto va perdido.

ALBERTO.

Mirad, que Doña Inés aqui ha salido,
no entienda, lo que pasa.

D. PEDRO.

Idos afuera.

ALBERTO.

El á cargo tomó linda quimera.

Salen Doña Ynés y Manuela.

D. INES.

Nada importa, Manuela: finge ahora.
Aquel retrato me has de dar, traydora.

MANUELA.

Señora, sabe Dios, que le he perdido.

D. INES.

Si por curiosidad le has escondido,
y si me pones ya mas embarazos,
del pecho he de saçártele á pedazos.

MANUELA.

¡Triste de mí! Señora, yo protesto,
que en tu aposento le perdí.

D. PEDRO.

¿Que es esto?

D. INES.

Maldades son, hermano, de criadas.
Viniendo ahier de misa descuidadas,
esta criada se encontró un retrato,
y menos obligada á su recato,
le alzó del suelo. Anoche, estando en casa,
me le mostró; advierte, si esto pasa,
el riesgo, que resulta á mi recato,
de que en mi casa tengan un retrato,

que no sé, de quien sea, mis criadas,
quando andan las malicias desveladas,
sin dexar sombra, que en sus ojos pase.
Dixela, que al instante le quemase;
y ella por su capricho inadvertido,
quiere decirme ya, que le ha perdido.

D. PEDRO.

Lo extraño del recato bien indicia,
que ha sido prevencion á la malicia. *ap.*
¿Qué dices tú?

MANUELA.

Señor, creerme no quiere.
Me lleve el diablo, donde Dios quisiere,
si no le perdí anoche en su aposento.

D. INES.

No tal.

MANUELA.

Y ahun perdí el entendimiento.

D. PEDRO.

Bien está; Inés; que ya tengo entendido,
que tú, que mis sospechas has sabido,
te curas en salud, y te disculpas.

D. INES.

¿Qué es esto? ¿Pues tú ahora á mí me culpas?
¿No te lo dixe yo? ¿Veslo, traydora?
Busca el retrato presto.

MANUELA.

¡Yo, señora,

donde le he de buscar!

D. INES.

Has de buscarle,
ú de tu pecho tengo de sacarle.

D. PEDRO.

Tente, Inés; que ya es vano tu recato.
Bien sabes tú, que yo tengo el retrato,
y que has oido las sospechas mias.

D. INES.

¡Cómo!

D. PEDRO.

Y que tú primero le tenias;
y sabiendo, que yo te le he cojido,
tu engaño esta cautela ha prevenido.

D. INES.

¡Qué es lo que dices! ¿Has perdido el seso?

D. PEDRO.

Sí, Inés; que le he perdido te confieso;
pero mucho no ha sido;
si el seso y el honor junto he perdido.

D. INES.

¿Hablas conmigo?

D. PEDRO.

Calla, aleve hermana.
Dé este puñal á tu traycion liviana
el debido castigo. *Saca la daga.*

D. INES.

¿Qué es esto?

D. PEDRO.

La verdad es, lo que digo,
y has de decirme, como á tí ha llegado
este retrato, y quien te le ha enviado.

D. INES.

Ahunque pueda merecer
tu error la desconfianza
á mi pecho, has de saber,
que te quiere responder
mi honor con esta templanza.
Y ahunque causa me hayas dado,
para pensar, que ya dexo
de ser, quien soy, á tu lado;
las iras, que me has causado,
te he de trocar á un consejo.
Si tú, hermano, has conocido,
que te ofendo, aqui has errado;
pues mi culpa has escondido,
con haberme prevenido,
y no haberme castigado.
Si yo lo intento no mas,
y quieres con ese amago
vencerme, mas ciego estás;
pues otro deseo me das,
para que logre el estrago.
Si lo presumes, es cierto,
que es peor; que si yo estaba
dormida, á tu voz despierto,

y acaso me has descubierto,
lo que yo no imaginaba.
Con que entre el daño, que toco
con ese furor, que escucho,
has andado necio y loco;
si lo sabes, porque es poco;
si lo dudas, porque es mucho.
Y al contrario en la ocasion,
quien desconfia, dispensa;
pues, si imagina traycion,
ya ella tiene en su opinion
hecho el gusto de la ofensa.
Y en fin el que una mujer
guardar quiere, lo ha de errar,
porque no se puede hacer;
¿y decid, si puede ser,
no queriendose guardar? *Vase.*

D. PEDRO.

Corrido, viven los cielos, *ap.*
con sus razones me dexa;
yo hice mal, en declararme.
Vete allá dentro, Manuela.

MANUELA.

Señor, dí, que no me riña.

D. PEDRO.

No te reñirá; no temas.

MANUELA.

No hay que temer, pues no temo; *ap.*

que acá la llevamos hecha. *vase.*

ALBERTO *saliendo.*

Un Indiano caballero,
que ahora dice, que llega
á Madrid, y que una carta
trahe del Marqués de Villena;
te quiere hablar, y con él
muchos ganapanes entran,
que trahen unos caxones.

D. PEDRO.

Venga muy enhorabuena;
decid, que entre el caballero.

ALBERTO.

Entrad.

Sale Tarugo de caballero del Hábito de Santiago con botas y espuelas.

TARUGO.

A las plantas vuestras
me teneis ya.

D. PEDRO.

Con los brazos
es el recibiros deuda.
¿ Quien sois?

TARUGO.

Vedlo en esta carta.

D. PEDRO.

Antes de mirarlo en ella,
de la estimacion, que os debo,

vuestra persona es la muestra.

TARUGO.

Quanto lo primero, ya *ap.*
va tragada la presencia.
Gran trozo de personage
debo de tener.

D. PEDRO.

Licencia
me dad, de leer la carta.

TARUGO.

Leed muy enhorabuena.

D. PEDRO.

El Marqués mi primo firma.

TARUGO.

¿Primo le llama? Clavela. *ap.*

D. PEDRO *leyendo.*

El Señor Don Chrisanto de Arteaga es persona de toda mi obligacion; va á esa Corte á negocios importantes, y la extrañeza de su condicion, que casi toca en locura, le arriesga en sus pretensiones, no teniendo á su lado, quien le dé á conocer; y para lograr la memoria de nuestra amistad, he querido que vaya con carta mia y un regalo de la tierra, para recomendar la estimacion de su persona, la qual suplico, que sea la misma, que la mia. De su letra dice luego.

Encargo mucho su agasajo, que en todo será mi mayor estimacion.

Caballero, mi persona,
esta casa y quanto en ella
hubiere, está á vuestros pies.

TARUGO.

Yo estoy á las plantas vuestras,
mi señor. La añadidura *ap.*
pegó como girapliega.

D. PEDRO.

De vuestro despacho ahora,
tratar lo primero, es fuerza.
Vive Dios, qué esto, en mi casa *ap.*
á que le hospede, me empeña;
y es grandisimo peligro.

TARUGO.

Parece, que titubea: *ap.*
pongole un madurativo.
Yo, que de eso hablar quisiera,
os advierto, que no puedo
estar sin gran riesgo y pena
en casa donde hay mujeres,
y si las hay en la vuestra,
no aceptaré el hospedage,
si no es que imposible sea,
que yo las vea de noche.

D. PEDRO.

¿Por qué?

TARUGO.

Es una cosa nueva.
Yo en Mexico á una criolla
hablaba: ésta fue hechicera:
dióme un hechizo, zelosa;
y de su mucha violencia
me resultó un mal tan grande,
que hasta hoy mas barras me cuesta,
que cabezas de muchachos
hay desde Cadiz á Armenia.
De noche fue la bebida;
y me ha resultado de ella,
que en viendo mujer de noche,
me da un mal en la hora mesma
de corazon, que me quedo
con tanta bocaza abierta,
que se me ven los riñones
por la senda de las venas;
y asi, si en casa hay mugeres,
que yo de noche ver pueda,
perdonad, que no la acepto.

D. PEDRO.

Con este hombre nada arriesgan *ap.*
mis temores y peligros.
No temais vos, que os suceda
en mi casa..

TARUGO.

Lumbre ha dado. *ap.*

Pues me hareis merced en ella.

D. PEDRO.

Yo os he suplicar eso.
Apartaré de manera *ap.*
su quarto del de mi hermana,
que viva en casa, sin verla.
De esta suerte lo aseguro.

ALBERTO.

Y quando aqueso suceda,
yo sé unas ciertas palabras,
con que sano esa dolencia.

TARUGO.

Pues vos me dareis la vida.
Jesus, la carta primera
se me ha de ir, en dar gracias.

D. PEDRO.

¿A quién, señor?

TARUGO.

A Villena.

D. PEDRO.

¿Sois su amigo?

TARUGO.

Y camarada.
Le tengo yo allá á mi mesa
todos los mas de los dias.
Es gran señor su Excelencia,
y sabe, como ha de honrar
á los hombres de mis prendas;
y ahunque yo lo diga; todo

cabe en mi sangre, que lleva
de Noe acá caballeros,
como berzas una huerta.

D. PEDRO.

¿Y habeis estado otra vez
acá?

TARUGO.

No; esta es la primera.

D. PEDRO.

¿Luego allá el habito os dieron?

TARUGO.

Con notables preminencias.
Su Magestad me rogó,
que este hábito me pusiera;
y yo, por hacerle gusto,
lo acepté.

D. PEDRO.

¡Rara grandeza!
¿Habeis vos servido al Rey?

TARUGO.

Yo servirle! Esa es buena,
él me sirve á mí.

D. PEDRO.

¿De qué?

TARUGO.

De gusto en coplas diversas,
que le hago yo cada dia.

D. PEDRO.

?Luego tambien sois poeta?

TARUGO.

Esa es una habilidad,
que me hallé en la faldriquera
un dia, sacando un lienzo;
mas ya no hago caso de ella.

D. PEDRO.

Extraño humor tiene el hombre;
bien la carta me lo acuerda.
Alberto, aqui es menester,
que el regalo se prevenga,
y el quarto de Don Chrisanto.

TARUGO.

¡Ay, bobo, que á pagar llegas *ap.*
los azotes al verdugo!

D. PEDRO.

Dadnos ahora licencia,
de preveniros la casa;

TARUGO.

Pues mirad, que tenga cuenta
quien reciba aquestas caxas;
porque lo que dentro encierran,
no se maltrate, al tomarlas.

D. PEDRO.

¿Pues qué es lo que viene en ellas?

TARUGO.

Chocolate de Guaxaca,
y filigranas diversas,
xicáras de Mechoacán,

y piñol, que dar con ellas.

D. PEDRO.

Bujerias son de gusto,
y dignas de la grandeza
del señor, que las envia.

TARUGO.

Un tuerto es, que tiene tienda *ap.*
junto á la Puerta del Sol.

D. PEDRO.

Perdonad: dadme licencia.

TARUGO.

Bien está.

D. PEDRO.

Venid, Alberto. *vanse.*

TARUGO.

Bueno va. ¡El bobo, que piensa,
que es facil, guardar mujeres!
Mas facil de guardar fuera
una viña de muchachos.
Mas todo esto en la presencia
pasa de Inés, que avisada
está ya de aquesta treta;
y asi, aquel resquicio, pienso,
que huele á faldas, que acechan.

D. INES *saliendo.*

¿Seor Tarugo?

TARUGO.

Ya voy. Tomen,

si soy mal perro de muestra:
miren, si olí la perdiz.

D. INES.

Yá he escuchado tu cautela.

TARUGO.

¿No está bien introducida?

D. INES.

Vida me has dado con ella.

TARUGO.

Pues no ha de parar en esto;
que esta noche haré, que veas
á Don Felix aqui dentro.

D. INES.

¡Cómo, si hay en cada puerta
una guarda!

TARUGO.

¿No hay jardin?

D. INES.

Si; mas él solo abre y cierra.

TARUGO.

Pues mejor.

D. INES.

Si; pero advierte,
que está con grande cautela,
porque me ha hallado el retrato.

TARUGO.

Malo; mas no tengas pena;
que yo lo remediaré.

D. INES.

¿Cómo?

TARUGO.

¿Qué hay de la materia?

D. INES.

Que yo he dicho, que en el Carmen
ahier se le halló Manúela;
y ahun sospecha su malicia.

TARUGO.

Pues yo haré, que me le vuelva.

D. INES.

¡A tí! ¡Qué dices!

TARUGO.

Que vuelve;
retirate allá y acecha.

Retirase Doña Inés, y sale Don Pedro.

D. PEDRO.

Señor Don Chrisanto, ya
prevenido el quarto queda,
y podeis entrar á honrarle.

TARUGO.

Para pagar la fineza
del hospedage, mi honor
quiero fiaros.

D. PEDRO.

Es deuda,
con que empeñais mi amistad.

TARUGO.

Yo tengo una hermana bella
en Indias, que es un prodigio.
Quando sale á alguna fiesta,
de diez leguas en contorno
van forasteros, á verla.
Tiene un dote, que es locura:
en casas solo la cuentan
ciento y treinta mil ducados:
á mas de las diligencias
que yo vengo, es á casarla;
traygo de allá la propuesta
de un caballero de aqui,
que vos conocer, es fuerza.

D. PEDRO.

Podrá ser. ¿Decid, quién es?

TARUGO.

¿Si yo su retrato os diera,
conocereisle por él?

D. PEDRO.

Viendole, os daré respuesta.

TARUGO.

Pues yo os le quiero enseñar.
Mas aguardad: esta es buena;
Vive Dios, que le he perdido.

D. PEDRO.

¿Cómo?

TARUGO.

De la faldriquera
se me ha caido.

D. PEDRO.

Su nombre
me decid, si se os acuerda.

TARUGO.

Don Felix es de Toledo.

D. PEDRO.

¡Cielos, bien dixo Manuela! *ap.*
Albricias doy á mi honor.
¿Dónde se os cayó?

TARUGO.

Eso piensa
mi cuidado, y no me acuerdo.
Sino es que ahier en la Iglesia
del Carmen, se me cayese;
porque alli una tabaquera,
que se me hábia perdido,
me volvieron á la puerta.

D. PEDRO.

Cielos, allá va mi hermana
á Misa. ¡Qué su inocencia
culpase yo, ciego y loco!
¿Y si yo el retrato os diera,
qué dixerais?

TARUGO.

¿Dónde está?

D. PEDRO.

Veisle aqui.

TARUGO.

¡Hay dicha como esta!
Dos mil ducados de hallazgo,
si los tomarais, os diera.
Mas hallazgo os he de dar.

D. PEDRO.

¿Qué decis?

TARUGO.

Una cadena,
que pesa catorce libras
de filigrana.

D. PEDRO.

Eso fuera,
agraviar mi voluntad.

TARUGO.

Tomadla por vida vuestra.

D. PEDRO.

¡Yo tomarla!

TARUGO.

No no importa;
que ahun pienso, que no está hecha. *ap.*

D. PEDRO.

Miren, si el guardar mi honra
se luce.

TARUGO.

Pero él se quema. *ap.*

Si no le echo esta botana,
todo el pellejo revienta.

D. PEDRO.

Venid, señor Don Chrisanto.

TARUGO.

¿Digo: conoceis, quien sea
ese caballero?

D. PEDRO.

Si;
que es muy grande su nobleza.

TARUGO.

Pues eso es, lo que yo busco,
que allá nos sobra la hacienda.

D. PEDRO.

Vos hareis muy digno empleo.

TARUGO.

Gozará la mejor prenda
de Hespaña, y la mas guardada;
que hay muchos, que la desean,
y esta noche he de ajustarlo.

D. PEDRO.

¿Con quién?

TARUGO.

Con él y con ella.

D. PEDRO.

¿Pues cómo?

TARUGO.

Eso en el jardin

se verá de aqui á hora y media. *ap.*
Yo traygo aqui poder suyo.

D. PEDRO.

Hareis bien, porque se arriesga
la mujer hermosa en casa.

TARUGO.

Y yo sé alguno, que piensa
que la guarda, y es en vano.

D. PEDRO.

Será tonto, el que la vela.

TARUGO.

Como vos lo habeis pensado.

D. PEDRO.

Venid, pues.

TARUGO.

En hora buena.

D. PEDRO.

Entrad vos.

TARUGO *haciendo cortesias.*

Guiadme vos.

D. PEDRO.

Esto es forzoso.

TARUGO.

Esto es deuda.

D. PEDRO.

No haré tal.

TARUGO.

Por vida mia.

D. PEDRO.

Ha de ser.

TARUGO.

Pues obediencia.

D. PEDRO.

El Don Chrisanto es un bobo.

TARUGO.

El hermano es una bestia.

Vanse, y salen D. Inés y Manuela.

D. INES.

!Manuela, hay dicha mayor,
lograr este amor y trato!

MANUELA.

Que le sacase el retrato
con tal traza; es lo mejor.
Que en una palabra sola
lo entendiese, es lo que dudo.

D. INES.

El Tarugo es muy agudo.

MANUELA.

No ha menester llevar cola.

D. INES.

¡Cómo en casa ha de meter
á Don Felix! No lo entiendo,
por mas, que esté discurriendo.

MANUELA.

Señora, dexale hacer,

y quanto dicho te hubiere,
pues tú se lo ves lograr;
no hay sino creer y callar,
y venga lo que viniere.

D. INES.

El dió á entender, que al jardin
luego me le ha de traher.
No sé, como pueda ser.

MANUELA.

El sabe mas que Merlin;
y ya tendrá su desvelo
hecho el enredo á esta hora,
y estas cosas son, señora,
como el huevo de Juanelo.

D. INES.

Yo aqui le pienso esperar,
ahunque el medio busco en vano.
¿Mas qué harán él y mi hermano?

MANUELA.

Dandole está de cenar
con aparato ruidoso,
y es aqui lo que mas vale,
haber hecho, que regale
al alcahuete el zeloso.

D. PEDRO *dentro.*

Ola luces al jardin.

D. INES.

Que aqui vienen, imagino.

MANUELA.

Traza será de Tarugo.

Sale Don Pedro.

D. PEDRO.

¿Doña Inés?

D. INES.

¿Hermano mio?

D. PEDRO.

Que á tu quarto te retires
por un rato, te suplíco;
porque ese huesped que tengo,
que le trayga me ha pedido
despues de cena al jardin.

D. INES.

Pues yo aqui me habia venido;
porque estas noches no duermo,
y la frescura del sitio
me suele llamar el sueño.

D. PEDRO.

Yo haré, en habiendole visto,
se vuelva luego á su quarto,
y entrarás tú;

D. INES.

Eso te pido,
Porque yo en mi soledad
no tengo mas que este alivio.
Ven, Manuela.

MANUELA.

A estar á alerta.

D. INES.

Por la rexa de los mirtos
estaremos escuchando. *vanse.*

Salen los criados con luces y Tarugo.

TARUGO.

Bendito sea el que hizo
tal hermosura. ¡Es posible,
que esto pueda el artificio!

D. PEDRO.

Para dentro de la Corte
no es malo este rinconcito.

TARUGO.

¡Cómo rincon! Vive Dios,
que no es sino un paraiso:
y está dentro la culebra,
y ha de llevarla mi amigo;
porque ya Eva está avisada,
y Adan está prevenido.

D. PEDRO.

¿Os quereis recojer luego?

TARUGO.

Antes en tal no imagino;
porque acostarse, en cenando
algo mas, tiene peligro.

D. PEDRO.

Vive Dios, que está despacio *ap.*

este hombre, y como he dicho,
volverá mi hermana luego.

TARUGO.

Sentémonos un poquito;
que para de aqui á las doce
está famoso este sitio.
Bien podeis dexarnos solos.

Sientanse, y vanse los criados con luces.

D. PEDRO.

Retiraos.

TARUGO.

Para mi aviso
ya tarda mucho Don Felix, *ap.*
y tener yo aqui, es preciso,
este hombre, para lograr
el embuste, que está urdido.

D. PEDRO.

¿Usais acostaros tarde?

TARUGO.

Si, señor: este es mi estilo;
no me he acostado en mi vida
sin dos horas de palillo.
Y ahora, habiendo jardin,
pienso alargarlas á cinco.

D. PEDRO.

Despacio estamos por Dios. *ap.*

TARUGO.

Esto lo aprendi de un primo,

que es grandisimo ginete,
y por eso le he trahido
á Hespaña.

D. PEDRO.

¿A qué?

TARUGO.

A torear.

D. PEDRO.

¿Pues cómo con vos no vino?

TARUGO.

Posa en casa de una tia.

D. PEDRO.

Vive Dios, que estoy perdido, *ap.*
si vuelve luego mi hermana.
Yo estoy aqui desabrido,
porque me ofende el sereno.

TARUGO.

No digais tal desatino.
¡Sereno ahora por mayo!
Si vos quereis divertirlo,
discurramos aqui un poco.
¿Sabeis de historias?

D. PEDRO.

No he sido
inclinado, á leer jamás.

TARUGO.

Gran hombre fue Tito Livio.

D. PEDRO.

Vive Dios, que estamos buenos.

TARUGO.

Mucho tarda, vive Christo,
Don Felix, y mucho aprieta *ap.*
este hombre.

D. PEDRO.

Yo estoy sin tino. *ap.*
Algo indispuesto me siento,
y asi, amigo, me retiro.

TARUGO.

Aguardad por vida vuestra.
¿Quereis aqui divertiros
sin daño?

D. PEDRO.

¿Qué hemos de hacer?

TARUGO.

Jugar unos cientecitos.

D. PEDRO.

Ya yo pierdo la paciencia. *ap.*

Suena dentro ruido de cuchilladas.

D. FELIX *dentro.*

¡Ah, traydores!

TARUGO.

Ya estoy vivo.

D. PEDRO.

¿Mas qué es esto?

TARUGO.

Cuchilladas.

D. FELIX.

¡Traydores, á un hombre cinco!
¿No hay quien á un hombre socorra?

TARUGO.

Cuerpo de Christo conmigo.

D. PEDRO.

Esperad: ¿á dónde vais?

TARUGO.

Esta es la voz de mi primo.

D. PEDRO.

Que está cerrada esa puerta.

TARUGO.

Abridla, pleguete Christo.

D. FELIX.

Que me matan.

TARUGO.

Abrid presto.

D. PEDRO.

Ya lo está.

TARUGO.

Venid conmigo.

D. PEDRO.

Vamos.

Salen Manuela y Doña Inés.

MANUELA.

Señora, esto es cierto.

D. INES.

Ya yo la industria he entendido.
Mira, si viene Don Felix;
que yo aqui espero tu aviso.

Sale Don Felix.

D. FELIX.

Bien la ocasion se ha logrado.

MANUELA.

Don Felix es, hecho y dicho.
¿Sois Don Felix?

D. FELIX.

Si; yo soy.

MANUELA.

Escondeos aqui conmigo
presto; que pueden volver.

D. FELIX.

Por vos no temo el peligro.

Escondense y salen Don Pedro y Tarugo envaynando las espadas.

TARUGO.

Vive Dios, que se escaparon.

D. PEDRO.

¿Dónde se fue vuestro primo?

TARUGO.

¿Pues qué demonios sé yo?
Pudo engañarse mi oido.

D. PEDRO.

O eran capeadores.

TARUGO.

O eso.

Acostarme determino;
que me ha hecho mal el susto.

D. PEDRO.

Idos pues.

TARUGO.

Venid conmigo.

D. PEDRO.

Pues cerrar quiero la puerta.

TARUGO.

Lindamente ha sucedido.

D. PEDRO *hace que ha cerrado.*

Vamos. Don Chrisanto es *ap.*
valiente como Rodrigo.

TARUGO.

En dandole trascanton, *ap.*
volveré.

Vanse, y salen Don Felix y Manuela.

MANUELA.

Ya ellos se han ido.
Señor Don Felix, salid.

D. FELIX.

A poner el albedrio
á vuestras plantas, señora.

MANUELA.

Mirad, que errais el estilo;
que yo no soy Doña Inés.

D. FELIX.

¿Pues quién?

MANUELA.

Manuela.

D. FELIX.

¡Qué miro!
¿Pues dónde está Doña Inés?

MANUELA.

Ahora saldrá á recibiros.

TARUGO *saliendo.*

Ya queda el bobo en su quarto.

D. FELIX.

¿Es Tarugo?

TARUGO.

¿Señor mio?
¿Y Doña Inés?

MANUELA.

Ya saldrá.

TARUGO.

Pues salga, pleguete Christo;
que me cuesta mi sudor,
el zurcir este cariño.

D. INES *saliendo.*

Ya sale, quien lo agradece.

D. FELIX.

Bien en las flores se ha visto,
señora, que vos salis,
pues si les marchitó el brio

la noche, vuestra presencia
les da matices mas vivos.

D. INES.

Manuela, ten tú cuidado,
si hácia la puerta hacen ruido,
y si hablais, sea muy quedo.

MANUELA.

Hablad; que yo os daré aviso.

TARUGO.

Pues seamos dos á dos,
que quiero, estando contigo,
lograr el rato, y no ser
aqui el sastre del Campillo.

D. INES.

Señor Don Felix, dudosa
aqui os escucho y os miro,
porque como este intento
en vos de tema ha nacido,
para vencer á mi hermano
en su opinion, yo imagino,
que es porfia, y no fineza.

D. FELIX.

Suspenso, señora, he oido
en vuestra desconfianza
contra vos misma un delitò;
pues, quando de la porfia
naciera en mí este designio,
al mirar vuestra hermosura,

se me trocára el motivo;
porque quando su opinion
sola me hubiese movido
á amaros, siendo forzoso
por vuestros ojos divinos,
lo era tambien adoraros,
porque el poder de ellos mismos
la voluntad me arrastrára,
y negára mi albedrio.
Verdad es, señora mia,
que del intento el capricho
fue el caer en vuestro hermano
aquel tan ciego delirio.
Mas luego vuestro retrato,
como antes os habia visto,
y inclinacion os tenia,
me robó todo el sentido,
y para que esta verdad,
y la fe con que la digo,
conozcais, mano y palabra
os daré, si en esto os sirvo,
de ser vuestro esposo; y juro
esto á los cielos divinos,
haciendó testigos de ello
á las estrellas que miro,
y ellas dirán la verdad
del amor, con que lo firmo;
que si están en vuestros ojos,

no serán falsos testigos.

D. INES.

Mano y palabra, Don Felix,
te acepto, y de mí te digo,
que ahunque mil vidas arriesgue,
yo he de ser tuya y tú mio.
Y ahora, por esta noche,
no arriesguemos lo adquirido.
Procura, señor, volverte.

TARUGO.

¿Qué es volver? Pleguete Christo.
Lo de adentro afuera puede;
que aqui no hay otro camino.

D. INES.

¿Luego no puede salir?

TARUGO.

Cerrada como castillo
está ya toda la casa.

D. INES.

¿Pues qué hará?

TARUGO.

Entrarse conmigo;
que yo cerraré mi quarto.

MANUELA.

Ten; que pasos he sentido.

TARUGO.

¿Qué dices? Cuerpo de Dios,

Caesele la espada.

la espada se me ha caido.

D. PEDRO *dentro.*

¿Ola, que ruido es aquel?

MANUELA.

¡Ay Dios!

TARUGO.

Esto va perdido.

D. PEDRO *dentro.*

Alberto, ola, sacad luces.

ALBERTO *dentro.*

Ya vamos.

TARUGO.

Pleguete Christo.

D. INES.

¿Que hemos de hacer? ¡Ay de mí!

TARUGO.

Escondase entre estos mirtos
Don Felix, y estaos vosotras
como os estais, que al proviso
yo daré remedio al daño.

D. INES.

Presto.

D. FELIX.

Ya yo me retiro. *escondese.*

TARUGO.

Decid, quando entre, que yo
de la ventana he caido.
Con el mal de corazon

remediarlo determino.

Salen Don Pedro y Alberto con luz, y Tarugo está en el suelo, como que le ha dado el mal de corazon.

D. PEDRO.

Mirad, quien está aqui dentro,
porque yo he sentido ruido.
¿Quien está aqui, hermana?

D. INES.

Este hombre,
de esa ventana ha caido.

D. PEDRO.

Don Chrisanto es, vive el cielo.

ALBERTO.

¡Ay señor! que segun miro,
le dió el mal de corazon.

D. PEDRO.

Decidle vos al oido
las palabras, que sabeis.

ALBERTO.

Eso procuro.

Llega á decirle Alberto las palabras al oido.

TARUGO.

¡Ay Dios mio!

D. PEDRO.

¿Qué es esto, señor?

TARUGO.

¡Ay triste!
Hombre, que me has destruido.
¿No deciais, que no habia en casa
mujeres? Que el diablo quiso,
que me asomé á esa ventana,
y las vi, y de haberlas visto
me dió el mal de corazon.

D. PEDRO.

¡Valgame el cielo divino!
¿Que no previniese yo,
el cerrar aquel postigo?

TARUGO.

Ay, que me he perniquebrado:
llevadme á la cama, amigos.

D. PEDRO.

Alberto, ayudadme; alzad.

TARUGO.

Quedo, mi señor, pasito;
que llevo desencajados
los huesos del entresijo.

ALBERTO.

Vamos, señor.

D. PEDRO.

Andad paso.

TARUGO.

Si: por amor de San Lino;
que no es daño, el que se ve,

sino el que queda escondido.

Vanse llevandole.

D. INES.

¿Que haremos ahora, Manuela?

MANUELA.

Que en nuestro oratorio mismo
pase esta noche Don Felix.

D. INES.

Eso habrá de ser preciso.
¿Don Felix?

Sale Don Felix.

D. FELIX.

¿Qué me decis?

D. INES.

Que la palabra te pido,
de que pasar no te atrevas
el límite en tus cariños,
que permite mi decoro.

D. FELIX.

Yo, señora, te lo afirmo
y lo juro.

D. INES.

De esa suerte,
entra en mi quarto conmigo;
que en mi oratorio podrás
pasar la noche escondido,
y luego por la mañana
puedes salir, sin ser visto,

y irte al quarto de Tarugo.

D. FELIX.

Solo tu ingenio divino
hiciera:::

D. INES.

No es sino amor,
el que me da estos arbitrios.

D. FELIX.

¿Qué en efecto ya eres mia?

D. INES.

Como tu, Don Felix, mio.

D. FELIX.

Mas cierto es esto, que esotro.

D. INES.

La desconfianza estimo.

D. FELIX.

¿Por qué?

D. INES.

Parece fineza.
Ven tras mí.

D. FELIX.

Ya tu honor sigo.

MANUELA.

Y de este exemplo:::

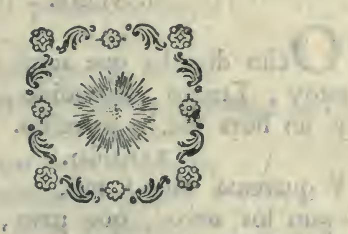
D. INES.

¿Qué dices?

MANUELA.

Sepan los necios del siglo,

que el guardar una mujer,
si ella guardarse no quiso,
no puede ser, ahunque tenga
mas guardas que el Vellocino.



JORNADA TERCERA.

Salen Don Felix y Tarugo.

D. FELIX.

Ocho dias ha que aqui
estoy, Tarugo, escondido,
y un hora me ha parecido.

TARUGO.

Y quarenta años á mí,
segun los sustos, que paso,
por haberte de ocultar;
pues es forzoso inventar
un embuste á cada paso.
Y ahunque hasta aqui en general
todos me han salido bien,
puedo alguno errar tambien;
que el ingenio no es igual.
Y segun los testimonios
de este hermano temer puedo,
que yo yerre algun enredo,
y nos lleven los demonios.

D. FELIX.

Todo el susto, que es forzoso,
se descuenta en la alabanza,
que de engañarle se alcanza
á un hombre tan rezeloso.

TARUGO.

No es el desquite, que tomo
de mi susto, ese primor.

D. FELIX.

¿Pues quál puede ser mejor?

TARUGO.

Los regalos, que le como;
y ahunque me muelan á palos,
están mis penas pagadas.
Cien monjas tiene ocupadas,
solo en hacerme regalos:
las pollas y las perdices,
digo, que me van cansando,
y los bofes anda echando,
por buscarme codornices.

Doña Inés á la ventana.

D. INES.

Ce.

D. FELIX.

Aguarda, que á la ventana,
imagino, que han llamado.

TARUGO.

Y que es Doña Inés, parece.

D. INES.

Gran desdicha ! ¡Muerta salgo!

D. FELIX.

Muerta ! ¿Qué dices , mi bien?

D. INES.

Que ya ha sabido mi hermano,
que hay hombre en casa escondido.

D. FELIX.

¡Valgame el Cielo!

TARUGO.

Zapato.

D. FELIX.

¿Pues cómo ha sido?

D. INES.

La esclava
te vió en el jardin , pasando
hácia el quarto de Tarugo,
y todo se lo ha contado.

TARUGO.

¡La mora!

D. INES.

Sí

TARUGO.

¿Pues la perra
quién la mete con los pasos,
que eso toca á los judios,
no á los moros?

D. INES.

Yo he arriesgado
el venir á esta ventana,
por avisarte del daño,
de que aqui mas nos importa,
el poner tu vida en salvo,
y asegurar tu defensa
de riesgo tan declarado;
que viviendo tú, bien mio,
para mí no hay riesgo humano;
que por tí sabré exponerme
á peligro mas extraño;
y á Dios. No puedo estar mas
aqui.

D. FELIX.

Aguarda.

TARUGO.

Esperaos.

D. FELIX.

¿Puedo yo salir de casa?

D. INES.

¿Cómo, si él queda en mi quarto
registrando pieza á pieza,
y las armas en las manos,
cerrando toda la casa
andan todos los criados?
A Dios.

TARUGO.

Con la colorada.

D. FELIX.

¡Grave mal!

TARUGO.

Frescos quedamos.
Llegó la hora: esto es hecho.

D. FELIX.

¿Qué haces?

TARUGO.

Sacar el rosario,
y ponerme bien con Dios.

D. FELIX.

Pues yo he de morir, matando.

TARUGO.

Eso es cosa de Doctor.

D. FELIX.

¿Pues que he de hacer?

TARUGO.

Excusarlo;
que, si el morir no se excusa,
el matar, es valor de asno;
pues lo mismo hace una albarda,
que mata, estando debaxo.

D. PEDRO *dentro.*

Requerid todas las puertas.

TARUGO.

Vive Christo, que esto es malo.

D. FELIX.

Este es el postrer remedio.
Tarugo, ponte á mi lado.

TARUGO.

Aguarda, pleguete Christo:
ya dí en ella. Soberano
ingenio, norte del hombre,
mas vale un ingenio claro,
que todo el oro del mundo.
Metete dentro del quarto.

D. FELIX.

¿Qué es lo que intentas?

TARUGO.

Sacarte
de esta casa á paz y á salvo.

D. FELIX.

¿Cómo?

TARUGO.

Luego lo verás.

D. FELIX.

De tí tengo de fiarlo.

TARUGO.

No lo fies; que el que fia,
es el que viene á pagarlo.
Mas creé, que has de salir,
y que el bobo del hermano
te ha de regalar primero,
y te ha de ir acompañando.

Entra presto.

D. FELIX.

No lo creo.

TARUGO.

Entrate allá con mil diablos.

Entrase y salen Don Pedro, Alberto, Sancho vejete con escopetas.

D. PEDRO.

Es imposible, escaparse.
Poneos vos aqui, Sancho.

SANCHO.

Dexeme usancé apuntar,
y venga el género humano:

D. PEDRO.

Guardad esa puerta, Alberto.

TARUGO.

¡Qué es esto! ¡Armas en mi quarto!
¿Pues qué prevencion es esta?

D. PEDRO.

He sabido, Don Chrisanto,
que andan ladrones en casa.
Encubrir quiero el agravio. *ap.*
que de mi hermana presumo.

TARUGO.

A buen tiempo en esto os hallo,
quando tengo una visita,
y venia á suplicaros,
que me hiciesen chocolate,

que es el preciso agasajo,
que á una visita se debe.

D. PEDRO.

¡Visita hay en vuestro quarto!

TARUGO.

Sí, amigo, y de cumplimiento,
que no he podido excusarlo;
porque, como ya por cartas
está el concierto tratado
de mi hermana, y ya el novio
de mi venida avisado,
supo donde estoy, y ahora
le encontré, saliendo acaso,
que buscándome venia,
y asi le tengo en mi quarto.

D. PEDRO.

¡Qué aqui está!

TARUGO.

El entró conmigo
delante de esos criados.

D. PEDRO.

¿Quién?

TARUGO.

Don Felix de Toledo.

D. PEDRO.

Quanto va, que ha sido acaso *ap.*
el hombre, que vió la esclava.
¿Y al jardin habeis entrado

con él?

TARUGO.

Lo primero, que hice,
fue, llevarle á ver los quadros,
y al punto que los miró,
se quedó el hombre pasmado.

D. PEDRO.

¿Qué decis?

TARUGO.

Dice, que ha visto
Retiro, Casa de Campo,
Aranjuez; pero ningunos
le llegan á su zapato.
Si á Don Felix le parece
la novia como los quadros,
los Amantes de Teruél
con él han de ser guijarros.

D. PEDRO.

?Veis, como son necios sustos
los que siempre me estais dando?

ALBERTO.

Digo, que entrar no le he visto.

SANCHO.

Ni yo.

TARUGO.

¡Hay tales mentecatos!
Delante de vos entró;
por señas, que al darle paso,

se os cayó al suelo la gorrra.

SANCHO.

¿La gorra á mí? *Verbum caro.*
Señor, tal hombre no he visto.

TARUGO.

Si eso decis, no me espanto,
que os olbideis de la gorra.

D. PEDRO.

Misterio tiene el negarlo.
¿Este es el cuidado, Alberto,
que de mi honor os encargo?
Ved, si por donde entró un hombre,
sin verle tantos criados,
pueden haber entrado otros.

ALBERTO.

Señor :::

D. PEDRO.

Andad, descuidados.

ALBERTO.

Sino es, que ha sido invisible.

D. PEDRO.

Idos allá fuera.

ALBERTO.

Vamos.

SANCHO.

Por Dios, que pienso que entró. *ap.*
Mas yo siempre estoy rezando,
y no puedo tener cuenta

en la vista y en la mano.

TARUGO.

Haced, que hagan chocolate.

D. PEDRO.

Alberto.

ALBERTO.

Voy, amandarlo.

Vanse Alberto y Sancho.

D. PEDRO.

Miren, si decia yo bien, *ap.*
que era imposible mi agravio,
guardando tanto mi honor;
porque ahunque este hombre ha entrado,
suceder puede una vez
en una casa un acaso,
mas no es para cada dia;
señores, no hay que dudarlo,
el que guardare su honor;
hallará, lo que yo hallo.

TARUGO.

Al novio quiero llamar.
Señor Don Felix.

D. FELIX.

Ya salgo.

TARUGO.

A conocer por mi dueño
al señor Don Pedro, os llamo;
porque cierto, que en su casa

recibo todo agasajo.

D. PEDRO.

Mi obligacion es, serviros.

D. FELIX.

Don Pedro y yo ha muchos años,
que somos grandes amigos.

TARUGO.

Mucho me huelgo: sentaos.
¿Qué os parece de la novia,
pues habeis visto el retrato? *sientanse.*

D. FELIX.

Aseguro, hermano mio,
que no caben en mis labios
los hiperboles, que debo
al bien, que en él idolatro.
Absorto en ver su hermosura,
todas las noches me paso,
y crece tanto mi amor
con esta dicha, que alcanzo,
que presumo, que lo escucha,
y está durmiendo á mi lado.

TARUGO.

¿Qué dixera el hermanico, *ap.*
si aqui hubiera un comentario,
que la alegoria explicase?

D. FELIX.

Ahun de admirarme no acabo *ap.*
del ingenio de Tarugo.

D. PEDRO.

Estando ya en este estado
el casamiento, Don Felix,
el parabien puedo daros.
Goceis esa mi señora
en dulce paz muchos años.

D. FELIX.

Yo le recibo, Don Pedro,
y sea, para lograrlos,
viendo vos la suerte mia.

TARUGO.

La suya vendrá debaxo. *ap.*
Vive Christo, que es lo mas,
que ha podido hacer el diablo,
que, de que le hurte la hermana,
dé parabien un hermano.

D. PEDRO.

Miren esto. Yo pensaba, *ap.*
que Don Felix con engaño
ponia en mi hermana los ojos;
y aqui el caso averiguado,
tiene su amor en las Indias.
¡Lo que es juicio temerario!

D. FELIX.

Hermano, dadme licencia,
porque he de ir á Palacio,
á hacer una diligencia.

TARUGO.

Aguardad; que ahùn es temprano.
¿No viene ya el chocolate?

Salen Alberto y dos Criados con xícaras de chocolate.

ALBERTO.

Aqui está ya.

TARUGO.

Aqueso aguardo;
que la mejor circunstancia, *ap.*
que aqui tiene aqueste caso,
es haber hecho mi industria,
que él le regale á mi amo.
Tomad, hermano.

D. FELIX.

Señor,
esto por mí es excusado;
que le he tomado dos veces.

TARUGO.

No se os dé nada; tomadlo;
que el chocolate en Madrid
se usa ya, como el tabaco.

D. PEDRO.

Hacedme á mí esa lisonja.

D. FELIX.

Ya lo bebo, si es mandado.

TARUGO.

Cuerpo de Dios, ¡qué bien hecho!

Cierto, que parece caldo
de empanada de figon.

D. PEDRO.

Mucho toma el Don Chrisanto. *ap.*

TARUGO.

Yo lo bebo, y no lo sorbo.

D. FELIX.

Si es deuda de cortesano,
para cumplimiento basta.

TARUGO.

Dadlo acá, si dexais algo.

D. FELIX.

Mirad, que está muy caliente.

TARUGO.

Tengo el gaznate empedrado.

D. PEDRO.

Don Felix, aquesta casa,
que en vos no es nuevo agasajo,
ya con mas obligacion
por el señor Don Chrisanto,
podeis honrar como vuestra.

D. FELIX.

Yo espero ser de ella tanto
como el, y mas, si os merezco
mas favor por mas esclavo.
Guardeos Dios.

D. PEDRO.

Dadme licencia,

de que os vaya ecompañando
hasta Palacio en mi coche.

D. FELIX.

No ha de ser eso: quedaos.

D. PEDRO.

Yo he de ir con vos.

D. FELIX.

No ha de ser.

TARUGO.

Pues partase el agasajo.
Dadnos el coche á los dos;
que yo á compañarle salgo.

D. FELIX.

¿Qué es lo que intentas, demonio?

TARUGO.

He de hacer, que aqueste hermano
te dé la cama tambien.

D. PEDRO.

Pues, si quereis eso, vamos.

D. FELIX.

No habeis de pasar de aqui.

D. PEDRO.

Yo solo obedezco y callo.
Que llegue el coche, Domingo.

D. FELIX.

Don Pedro, besoos las manos.

TARUGO.

A Dios.

D. PEDRO.

El guarde á los dos.

TARUGO.

Señor rezeloso, vamos. *ap.*

Vanse Don Felix y Tarugo.

D. PEDRO.

Viven los cielos, Alberto,
que casi desesperado
me tiene vuestro descuido.

ALBERTO.

Vive el cielo soberano,
que tal hombre entrar, no he visto,
y de la puerta no falto
hasta la hora, que me acuesto,
desde la que me levanto;
y no sé cómo esto sea.

D. PEDRO.

De que eso digais, me espanto.
¿Este hombre entró por el cielo?
¿Que estaba dentro no es claro?
Luego, si entró por la puerta,
que no le vistes, es llano.

ALBERTO.

Yo he de perder el sentido.

D. PEDRO.

Mas le perderé yo, dando
ocasiones á mi hermana,
nacidas de sobresalto

de vuestra mucha torpeza.

ALBERTO.

¿Pues no es mejor, escusaros
de ese desvelo y casarla?

D. PEDRO.

A eso estoy determinado,
y hoy ha de ser, vive Dios.

Salen Doña Inés y Manuela.

D. INES.

Manuela, el ingenio raro
de Tarugo dió el remedio:
ahora importa, hacerle el cargo.
No dirás, Don Pedro ahora,
que son mis quexas en vano;
mira, si tenerlas puedo
de estos zelos mal fundados;
pues por tu injusta sospecha,
con arrojos temerarios,
tanto tu opinion desdoras,
como infamas mi recato.
El cuerdo en una sospecha
ha de callar recatado;
porque, si quando la tiene
hace público el agravio,
quando sabe, que es injusta,
y lo que pensó es en vano,
solo él queda satisfecho,
y no los que le escucháron.

Que tú para tí lo estés,
no te saca del agravio;
que de la opinion de todos
se comprehende el ser honrado.
Y ahunque tú quedes contento,
no lo queda mi recato:
pues lo que tú habrás creido,
habrá quien quiera dudarlo.
Yo en fin no te he de sufrir,
que tus zelosos engaños
con todos me infamen, siendo
tú solo el desengañado.
Conventos tiene Madrid,
donde mientras, que me caso,
podré estar.

D. PEDRO.

Detente, hermana;
que en mi error considerando
la mucha razon, que tienes,
quiero escusar estos daños.
Ya yo te tengo casada.

D. INES.

Y con quien, saber aguardo.

D. PEDRO.

Es con Don Diego de Roxas,
un caballero bizarro.

D. INES.

¿Y sabes tú, si yo quiero?

D. PEDRO.

¿Pues, queriendo yo, no es llano,
que has de querer tú tambien?

D. INES.

No; que soy yo, quien me caso.
Si tú hubieras de vivir
con mi marido á tu lado,
bastaba, que tú quisieses;
pero habiendo yo de estarlo,
es menester, que yo quiera,
el marido, y no tú, hermano;
que no ha de ser la eleccion,
de quien no ha de ser el daño.

D. PEDRO.

¿Pues cómo tú me respondes
con esa libertad?

D. INES.

Paso.
¿Pues no tengo yo albedrio?

D. PEDRO.

Doña Inés, no en este caso.

D. INES.

¿Pues en qual?

D. PEDRO.

En otro intento,
que puede ser voluntario.

D. INES.

Yo no conozco ninguno.

D. PEDRO.

Muchos hay.

D. INES.

Dirás acaso,
que en elegir Confesor.

D. PEDRO.

Yo no digo, ni señalo
mas, de que has de obedecerme,
y mas en este mandato,
que yo soy tu padre aqui.

D. INES.

¿Padre nuestro? ¡Ay qué milagro!
Muy mozo sois, padre mio.

D. PEDRO.

No hagamos chiste del caso;
que vive Dios, Doña Inés:::
Mas todo esto es escusado;
lo que te prevengo es solo,
que luego á Don Diego traygo,
que le he dado la palabra,
y que le has de dar la mano.
Guardad, Alberto, esas puertas;
que hoy saldreis de este cuidado. *vase.*

D. INES.

¿Manuela, no oyes aquesto?

MANUELA.

Señora, no hay, pues te ha dado
Don Felix mano de esposo,

sino ganar por la mano.
Peticion, doblon de á ocho,
y darle con el Vicario.

D. INES.

Bien dices, si ser pudiese;
mas no sé, de quien fiarlo,
para que avise á Don Felix.

MANUELA.

Tarugo vendrá volando.

D. INES.

¿Y si acaso se tardase,
que ignora el riesgo, en que estamos,
y mi hermano con Don Diego
vuelve, y su furor tyrano,
á dar la mano, me obliga?

MANUELA.

Eso sería muy malo:
mas apelar á la Audiencia
del susodicho Vicario,
que yo juraré la fuerza
y la maña.

D. INES.

Eso es en vano;
que hay muchos riesgos, y en fin
es pleyto.

MANUELA.

Pero ordinario.

D. INES.

No sé, aqui de quien valerme.

ALBERTO *saliendo.*

Doña Ana Pacheco ha entrado,
á visitaros.

D. INES.

¡Mi prima!
Venga en buen hora.

MANUELA.

El recado
puede dar ella á Don Felix.

D. INES.

No hará ella tal por mi hermano;
porque ha de ser su marido.

MANUELA.

Si es cuñada, dala al diablo.

D. ANA *entrando.*

¿Doña Inés?

D. INES.

¡Oh prima mia!
dame en albricias los brazos.

D. ANA.

De que os llego á ver tan buena.
¿Puedo sin recato hablaros,
porque he menester secreto?

D. INES.

Con Manuela no hay recato,
porque de ella el alma fio.

D. ANA.

Siendo asi, vamos al caso.
Yo he venido, Doña Inés,
lo primero á visitaros
por mi obligacion, y luego
por sacar de un sobresalto,
en que teneis á quien fia
de mí todos sus cuidados;
y para que no extrañeis
el intento, en que he de hablaros,
ya vos sabeis, prima mia,
como estaba concertado
ya dias ha el casamiento
conmigo y con vuestro hermano.
Su zelosa condicion
solo ha sido el embarazo,
de que me case con él,
quando yo en sus partes hallo
todas las de un caballero
de su sangre y de su aplauso.
Y en fin, como siento en él
tal error, he procurado
suavizarle con razones,
moverle con desengaños.
Mas siendo su sequedad
tanta, que al fin yo no basto,
me valí de la experiencia,
que es argumento mas claro.

Y sabiendo, que Don Felix
de Toledo, enamorado
de vos estaba, le dixe,
que intentase festejaros,
porque habiendo conseguido
vuestra voluntad, casado
con vos, sin haber noticia
en ello de vuestro hermano,
ahunque á él le está tan bien,
tenga un castigo sin daño
del yerro de la opinion,
y halle, que no hay medio humano,
de guardar una mujer,
si ella quiere contrastarlo:
que conseguido el intento,
podré yo darle la mano,
porque para mi marido
le quiero desengañado.
Esto supuesto, Don Felix
me ha dicho, lo que ha pasado;
y sabiendo, que os dexaba
con algun susto del caso,
yo vengo aqui de su parte,
porque hableis sin embarazo,
á que me digais el medio,
que escojeis para casaros,
que él se dispondrá á qualquiera,
ahunque temais intentarlo.

D. INES.

No paseis mas adelante;
que el cielo aqui os ha enviado,
para enmendar el peligro.
Yo á Don Felix idolatro,
y el medio, que háy, yo le escojo:
por el riesgo, en que me hallo,
me obliga á valerme de el.
Yo ahora estoy esperando,
que con Don Diego de Roxas
venga, á casarme, mi hermano,
y el remedio que hay, es solo,
que Don Felix, ó arrojado
ó industrioso, ó con el medio
de valerse del Vicario,
venga á sacarme de aqui;
porque si no, á riesgo estamos
del amor y de la vida
él y yo. Pero mi hermano
viene, señora Doña Ana,
valgame aqui vuestro amparo
en este riesgo en que estoy.
Ved si podeis dilatarlo
hasta que tenga Don Felix
aviso, y pueda escusarlo,
sacandome de este riesgo;
y á Dios, que entra ya mi hermano.

MANUELA.

Hoy sin duda aqui ha de haber
una de todos los diablos. *vanse.*

Salen Don Pedro y Don Diego.

D. PEDRO.

Todo lo consigue el oro.
Mirad, qué presto sacamos,
sin las amonestaciones,
licencia de desposaros.

D. DIEGO.

Es tanta dicha, Don Pedro,
que estoy confuso y turbado.
No sé como os agradezca
esta aventura, que gano.

D. PEDRO.

No mas sustos, vive Dios.
Ya estoy de guardar cansado
á mi hermana, pesie á ella,
guardela este mentecato; *ap.*
que el peligro del marido
no está á cuenta del hermano.
Pero, Doña Ana, aqui estais!

Sale Doña Ana.

D. ANA.

De ver á mi prima salgo,
que ha dias, que no la he visto,
y me voy ya. Mientras hallo
medio de dar el aviso *ap.*

á Don Felix, que el sacarlo
de aqui, ha de ser el mejor.

D. PEDRO.

Pues á tiempo habeis llegado,
que es forzoso, que os quedeis,
porque luego al punto aguardo,
que se despose mi hermana:
que con Don Diego la caso.

D. ANA.

Ya no es posible quedarme,
que estando ahora en el estrado,
me ha dado alli un accidente,
con principio de desmayo,
y se va avivando mucho,
que es lo que me da cuidado,
y asi es forzoso, irme luego.

D. PEDRO.

Perdonad, no acompañaros,
por quedar en este empeño.

D. ANA.

Quando podeis dilatarlo,
por el plazo solamente
de venirme acompañando,
sin riesgo del desposorio,
sois muy poco cortesano,
en escusaros de empeño,
á que estais tan obligado;
por vos, por mí, y por deciros,

que voy con este cuidado.
Pero, si sois tan grosero,
que quando esperais mi mano,
teneis otras atenciones,
mas calidad no reparo
por primera, que la mia.
Señor Don Pedro, quedaos;
que habiendo yo de ir con vos,
que iré mejor sola, es llano,
que tan mal acompañada.

D. PEDRO.

Señora, aguardad.

D. ANA.

Ya aguardo.

D. PEDRO.

Perdonad, y sea disculpa
la llaneza con que os trato;
que yo no puedo tener
mas dicha, que acompañaros.

D. ANA.

Eso, que llamais llaneza
vos, y lo que es agasajo,
á qualquier mujer se debe,
dispensais mal cortesano,
con la que amor os obliga.
¿Con qué título ó qué cargo
desestimais la licencia,
que os doy yo, de ir á mi lado?

¿Conmigo llaneza? Andad:
que sois necio y mal mirado.

D. DIEGO.

Mal habeis hecho.

D. PEDRO.

Forzoso
será, el irla acompañando,
ahunque ella no lo permita.
Venid vos conmigo.

D. DIEGO.

Vamos.

Vanse y salen Don Felix y Tarugo.

D. FELIX.

Tarugo, riesgo notorio.

TARUGO.

Quien te sacó sin hazar,
bien merecia sacar
una alma del Purgatorio.

CRIADA *saliendo.*

Sin duda son estos dos.
¿Señor Don Felix?

D. FELIX.

¿Quién llama?

CRIADA.

Quien buscandoos con gran priesa
por aquestas calles anda.

D. FELIX.

No conozco, con quien hablo.

CRIADA.

Criada soy de Doña Ana,
y me ha enviado á deciros:::

D. FELIX.

¿Pues qué hay? Decid lo que pasa.

CRIADA.

Es que Don Pedro Pacheco
quiere casar á su hermana
con un Don Diego de Roxas;
y esto está ya de tal data,
que si vos no acudis luego
á sacarla de su casa,
la ha de casar esta noche.
Ella está determinada
á que la saqueis del riesgo,
que tan cerca la amenaza,
porque, á deciros me envia,
que en vos tiene su esperanza.
Y á Dios.

D. FELIX.

Valgame mi amor.
¿Tarugo amigo, á qué aguardas?
Tarugo.

TARUGO.

¿Que tarugueas?
¿Qué he de hacer yo, si la casa?

D. FELIX.

Aplicar algun remedio
á tan forzosa desgracia.

TARUGO.

¿Que remedio? ¿Soy yo ungüento
de sanalo todo?

D. FELIX.

El alma
se está saliendo del pecho.

TARUGO.

Señor, dexala, que salga.

D. FELIX.

¿Qué dices?

TARUGO.

Que asi saldrá
ella tambien, que es tu alma.

D. FELIX.

Pues vive Dios, que yo estoy
resuelto á entrar y sacarla
á todo riesgo.

TARUGO.

¿Eso intentas,
siendo un castillo esta casa?

D. FELIX.

¿Tarugo, yo he de arriesgar,
siendo su violencia tanta,
que mi diligencia llegue
tarde, si aqui se dilata?

Para entrar contigo allá,
ya está la licencia dada,
y para salir con ella,
el valor es, quien lo allana.

TARUGO.

¿Y te parece eso facil,
con la gente que la guarda,
y mas si está aqui el hermano,
y el novio, que le acompaña,
que hechos pedazos entre ellos,
no hay á tajada por barba?

D. FELIX.

Pues, Tarugo, esto ha de ser:
ven, á entrar conmigo.

TARUGO.

Aguarda;
que ya he pensado una industria,
con que tengo de sacarla,
ahunque pese á la hermandad.

D. FELIX.

¿Qué dices?

TARUGO.

Que á esta ventana
me dexes llegar primero,
á saber, si ahora está en casa
Don Pedro:

D. FELIX.

No sea, Tarugo,

que ahora yerres la traza.

TARUGO.

¿Ahora la habia de errar
á la tercera jornada,
para que á silvos me abriesen?

D. FELIX.

Pues mira, que si haces falta:::

TARUGO.

No haré tal.

D. FELIX.

¿A qué te expones?

TARUGO.

A que me des de patadas.
¿Y si acierto?

D. FELIX.

Mil escudos,
y el vestido de escarlata
tambien te daré, Tarugo.

TARUGO.

Con eso saco la cara,
sin temor de que Don Pedro
diga, al saber la maraña,
que me he puesto colorado.
Aqui has de esperar.

D. FELIX.

Acaba.

TARUGO.

Hago una seña á esta rexa,

D. INES *dentro.*

Manuela, mira, quien llama.

MANUELA.

¿ Quién es?

TARUGO.

Yo soy.

D. INES.

¿Es Tarugo?

TARUGO.

Ipse. ¿Tu hermano está en casa?

D. INES.

No.

TARUGO.

Pues poneos los mantos,
y para ir bien disfrazadas,
algunas basquiñas viejas;
y luego luego en volandas
idme á esperar á mi quarto.

D. INES.

¿ Para qué?

TARUGO.

Asi he de sacarlas.
Vayan luego.

D. INES.

Pues si Alberto :::

TARUGO.

No repliquen: noramala.
Han visto, que estas mozuelas

siempre han de ser mal mandadas.

D. INES.

Luego vamos.

TARUGO.

Eso pido:
por ellas voy; tú me aguarda
en ese portal de enfrente.

D. FELIX.

En tí dexo mi esperanza. *vase.*

TARUGO.

Entro en casa, Dios delante:
invoco ahora la pala
de Cerón, que es en Madrid, *vase.*
la cosa que mejor saca.

Salen Alberto y Sancho.

ALBERTO.

Sancho, estad con gran cuidado,
pues tan poco al plazo falta
de esta prolixa asistencia.

SANCHO.

Ya los ojos se me saltan
de atisbar á quantos vienen;
que aquel, que entró esta mañana,
yo le ví, mas me olbidé.

ALBERTO.

¿Pues por qué me lo negaba?

SANCHO.

No habia cantado el gallo.

Sale Tarugo.

TARUGO.

Sea Dios en esta casa.

SANCHO.

Guarde á usancé muchos años.

TARUGO.

Ya es la calor demasiada;
quiero entrar, á desnudarme.

SANCHO.

Usancé en buena hora vaya.

TARUGO.

Aquesta es la guarda vieja;
mas la amarilla es la mala.

ALBERTO.

Venga, señor, en buen hora.

TARUGO.

¿Habrá frio?

ALBERTO.

Las garrafas
están siempre prevenidas.

TARUGO.

Pues á mi quarto las traygan.

ALBERTO.

¿Quereis agua de limon?

TARUGO.

Esas bebidas nos matan.

ALBERTO.

Han puesto á enfriar cerbeza.

¿Quereisla?

TARUGO.

Si; que es mas sana. *vase.*

ALBERTO.

Extraño es el Don Chrisanto.

SANCHO.

Mal año, y qual se regala;
medio Madrid me hizo ahier
andar buscando patatas.

Sale Tarugo corriendo.

TARUGO.

¡Jesus, Jesus, qué traycion!
¡Aqui mujeres tapadas!
¡Asi me quereis matar!
¡Pues qué es esto, guardas falsas!

ALBERTO.

¡Señor, qué es lo que decis!

TARUGO.

¿Qué he de decir? lo que pasa.
¡Dos mujeres en mi quarto,
sabiendo, que á mí me mata
el ver mujeres de noche!
Yo voy á buscar posada,
ahunque duerma en un meson.

ALBERTO.

¿Qué es esto, señor? Aguarda.

TARUGO.

Esto es gran bellaqueria.

ALBERTO.

¡Mujeres están en casa!
¿Por donde han de haber entrado?

TARUGO.

¡Pues eso dudais! Miradlas.

Salen Doña Inés y Manuela disfrazadas y tapadas.

ALBERTO.

¡Valgame el cielo, qué veo!

SANCHO.

¿Qué es esto? ¡Santa Susana!

ALBERTO.

¿Pues quién son estas mujeres?

TARUGO.

¿Pues eso no es cosa clara?
¿Quién han de ser? busconcillas,
que se andan buscando gangas,
y habrán olido el Indiano.

ALBERTO.

¡Hay desvergüenza tan rara!

SANCHO.

Antes que venga Don Pedro,
Alberto, echarlas de casa.

ALBERTO.

Pues antes, viven los cielos,
tengo de verlas la caras.

TARUGO.

Tente hombre de Barrabás.

¿Qué es lo qué intentas? aguarda.
¿No ves, que el mal no me ha dado,
porque encubiertas estaban?

ALBERTO.

Mujeres, idos de aqui:
idos al instante.

SANCHO.

Vayan
á los arboles del Prado.

TARUGO.

Vayanse, pesie sus almas.

Vanse las dos.

ALBERTO.

¡Hay tan gran bellaqueria!

SANCHO.

¡Hay desvergüenza mas rara!

TARUGO.

Milagro de Dios ha sido,
no meterlas esta daga.
Vosotros teneis la culpa.

ALBERTO.

Señor:::

TARUGO.

No me hableis palabra.
Andad, que sois un pobrete
cuitado, y muy mala guarda,
pues no cumplis con la orden,
y sois:::

ALBERTO.

¿Qué sois?

TARUGO.

Un panarra.

ALBERTO.

Vive Dios, que por Don Pedro
sufro yo aquestas palabras.
El, Sancho, tiene la culpa.

SANCHO.

¿Yo?

ALBERTO.

Si; por él se nos pasan;
y es que no tiene cuidado.

SANCHO.

¿Pues vuesancé dónde estaba?
¿Si él no lo ve, siendo mozo,
qué haré yo con estas canas?
Creame, que ni usancé,
ni yo, somos para guardas. *vase.*

ALBERTO.

Vive Dios, que estoy corrido.
Valgate el diablo por casa,
y quien me ha metido en ella
á ser yo guarda de hermanas.

Vase y sale Don Felix por una parte, y las tapadas por otra.

D. FELIX.

Cielos, sin duda son ellas.

Vive Dios, que ha sido rara
la cautela de Tarugo.

D. INES.

Aqui dixo, que aguardaba.

D. FELIX.

¿Sois el dueño de mis ojos?

D. INES.

Soy; quien ya tiene esperanza,
y á vivir vuelvo á tu vista.

D. FELIX.

Encubrete bien la cara;
que, ahunque es de noche, sus luces
para conocerla bastan,
y importa, el ir encubierta.
¿Mas cómo entre tantas guardas
posible ha sido salir?

D. INES.

Con la agudeza mas rara,
que pensar pudo el ingenio,
las dexo todas burladas.

MANUELA.

Todo lo ha hecho Tarugo.
Habia de ser de plata
para el chapin de la Reyna.

D. INES.

Vamonos, señor, á casa
de Doña Ana, porque alli
me halle mi hermano casada.

No arriesguemos esta dicha,
porque su agudeza es tanta,
que es para oirla despacio.

D. FELIX.

Sigueme, pues; pero aguarda,
que viene gente.

Salen Don Diego y Don Pedro.

D. PEDRO.

Don Diego,
ya queda desenojada
Doña Ana, con que tambien
yo me casaré mañana.

D. DIEGO.

Ella ha tenido razon.

D. PEDRO.

¿Más qué gente es la que pasa?

D. DIEGO.

Un hombre con dos mujeres.

D. PEDRO.

Mi condicion es extraña.
Qualquier sombra me da zelos
de mi honor.

D. DIEGO.

Vamos.

D. PEDRO.

Aguarda.

¿Quién vá?

D. FELIX.

Un hombre, ¿No lo ven?

D. PEDRO.

¿Pues, quién es quien le acompaña?

D. FELIX.

¿Sois Justicia?

D. PEDRO.

Ni ahun piedad.

D. FELIX.

¿Si no es Justicia, que manda?

D. PEDRO.

¿Es Don Felix?

D. FELIX.

¿Es Don Pedro?

D. PEDRO.

Perdonad, pues fue la causa,
el no haberos conocido.

D. INES.

¡Hay mujer mas desdichada!

D. FELIX.

Diculpado estais con eso.

D. INES.

¡Yo estoy muerta!

MANUELA.

Aqui me mata.

D. FELIX.

¿Quereis algo?

D. PEDRO.

Dad licencia,
si es, que esto no os embaraza,
yendo con tal compañia,
de que yo sirviendo os vaya,
porque no os encuentren otros.

D. FELIX.

Su necia desconfianza
me ha de pagar, vive Dios.
Esta señora es casada,
y voy con grande rezelo,
que me sigan de su casa
yendo solo, y os suplico,
que os vengais conmigo.

D. PEDRO.

Basta.
Los dos que estamos, iremos.

D. DIEGO.

Vamos pues.

D. FELIX.

Yo os doy las gracias;
que me haceis un grande gusto.
Delante id.

D. PEDRO.

De buena gana.

D. DIEGO.

Vamos delante, Don Pedro.

D. INES.

¿Qué has hecho, Don Felix?

D. FELIX.

Calla.

D. PEDRO.

Miren, qual anda Don Felix
para inquietarme á mi hermana.
Al cabo sale, que son
locas mis desconfianzas.

D. FELIX.

Venid vosotras tras mí.

D. INES.

Voy temiendo una desgracia.

D. FELIX.

Vive Dios, que me la lleva
su mismo hermano á mi casa. *vase.*

Salen Doña Ana y Tarugo.

TARUGO.

Aquesto que te digo ha sucedido.

D. ANA.

Y como tuya al fin la industia ha sido;
ya el hábito y vestido me he quitado.

TARUGO.

Y quando llegue á estar desengaño,
de lo que al tonto presumir le plugo,
me planto en su presencia de Tarugo.

D. INES.

Muerto se ha de quedar, de ver el caso.

TARUGO.

Celebrado ha de ser en el Parnaso
el cuento, pues haberle yo engañado,
mas de dos mil escudos le ha costado.

D. ANA.

¿Y dónde está Don Felix?

TARUGO.

Ya con ella.
Mas no está sino aqui.

Salen Don Felix, Doña Inés y Manuela.

D. FELIX.

Feliz estrella
hasta veros, Doña Ana, me ha guiado.

D. ANA.

El parabien os doy.

D. FELIX.

Mas he logrado,
de lo que vos pensais.

D. ANA.

¿Qué ha sucedido?

D. FELIX.

Que hasta aqui acompañandome ha venido
Don Pedro, sin saber que era su hermana,
la que venia conmigo.

TARUGO.

¡Jesus, qué gana
me ha dado de reir!

D. FELIX.

Y aguarda abaxo.

D. ANA.

Pues entraos allá todos, que al atajo
se ha de echar por aquí de este suceso.

TARUGO.

Si; porque eso es armarsela con queso.

D. ANA.

Baxa y llama á D. Pedro, que entre luego.

D. FELIX.

Vamos.

D. INES.

En mis temores no sosiego.

TARUGO.

Entra allá dentro, y tu temor se venza,
que él no ha de hablar palabra de vergüenza. *vanse.*

D. ANA.

Si con esto se diere por vencido,
sabrá, lo que ha de hacer, siendo marido.

Salen Don Pedro y Don Diego.

D. DIEGO.

¿ Qué me mandais, señora ?

D. ANA.

¡Acompañado
venis!

D. PEDRO.

Voy con Don Diego, mi cuñado.

D. DIEGO.

Yo soy criado vuestro.

D. ANA.

Yo os estimo,
pues esta noche habeis se ser mi primo.
Don Pedro, yo he deseado
en vuestra opinion vencer
una ceguedad tan loca,
pues confesar no quereis,
que no se puede guardar,
si ella quiere, á una mujer.

D. PEDRO.

Y ahora es quando mas lo niego,
pues hasta aqui lo negué
por discurso, mas ahora
por experiencia lo sé.

D. ANA.

Pues, si yo os pongo un exemplo,
en que, ahunque mas lo dudeis,
llegueis con los mismos ojos,
á ver, que no puede ser,
¿confesareislo vos?

D. PEDRO.

¿Cómo
á mi ponerme podeis
ese exemplo? Aqueso solo
es, lo que no puede ser.

D. ANA.

¿No pensais, que en vuestra casa
está ahora Doña Inés?

D. PEDRO.

Y de eso estoy muy seguro.

D. ANA.

Pues para que exemplo os den
vuestras mismas ceguedades:
Don Felix y Doña Inés
salid afuera. *Salen todos.*

D. FELIX.

Aqui estamos.

D. PEDRO.

¡Qué es, lo que mis ojos ven!
¿Pues, quien te traxo aqui?

D. FELIX.

Vos.

D. PEDRO.

¿Qué decis?

D. FELIX.

Que aquesta fue
la dama, que acompañasteis
conmigo.

D. PEDRO.

!Ah traydor cruel!
¡Pues tú á mí me has engañado!

D. FELIX.

Tened; que no os engañé.

Con una mujer casada
dixe, que iba; y verdad es,
que Doña Inés es casada,
puesto que ya es mi mujer.

Danse las manos.

D. INES.

Y habeis de saber, hermano,
que esto solo ós está bien.

D. DIEGO.

Bien dice, pues ya casarme
con ella, no puede ser.

Salen Tarugo y Manuela.

TARUGO.

Sosieguense, que es Manuela
de Don Chrisanto tambien.

D. PEDRO.

¡Cielos, qué es esto que miro!

TARUGO.

¿Qué se espanta? Esto que ve,
no fue por arte del diablo,
ni milagro, sino es,
que con limpieza de manos,
el que Don Chrisanto fue,
se ha convertido en Tarugo.
Mamolà vuesa merced.

MANUELA.

Y yo tambien soy su esposa.

D. ANA.

¿Viendo esto, que direis?
¿Puede á una mujer guardarse?

D. PEDRO.

Digo, que no puede ser,
y que miente, el que lo piensa.

D. ANA.

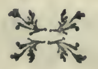
Pues como eso confeseis,
ya podeis ser mi marido,
esta es mi mano tambien.

D. PEDRO.

Corrido acepto la dicha.

D. FELIX.

Y sirva este exemplo fiel,
para que los que presumen,
que el guardar una mujer
es facil, con este aviso
digan, que no puede ser.



DONDE HAY AGRAVIOS, NO HAY ZELOS, Y AMO CRIADO,

COMEDIA

DE DON FRANCISCO DE ROXAS.

D. LOPE.
¿Por qué no teneis ya zelos?
Decid.

D. JUAN.
Porque tengo agravios. Jorn. III.

ARGUMENTO.

Teniendo D. Fernando de Roxas, caballero de Madrid, tratado el casamiento de su hija Doña Inés con D. Juan de Alvarado, estando sirviendo en Flandes, llega éste una noche á la Corte, y movido del amor, que por el retrato tenia á D. Inés, va á rondar la casa, que era en la calle de Alcalá, á tiempo, que ve descolgarse de los balcones de ella un hombre; con cuyo accidente entrando en desconfianza, se propone exâminar la conducta de D. Inés antes de casarse con ella.

Habia por una aquivocacion rara incluido Sancho, criado de D. Juan, su retrato en lugar del de éste, en una carta, en que debia remitir el de D. Juan á la novia, la qual disgustada del mal parecer del retrato de Sancho, que pensaba ser el de D. Juan, repugnaba casarse con él. De esta casualidad, se vale Don Juan, y obliga á Sancho á que lleve á adelante la equivocacion, y fingiendo el mismo ser su criado, se hospedan ambos en casa de D. Fernando; con cuyo motivo, D. Inés aborrece á Sancho; y se prenda del buen pare-

cer y prendas de D. Juan. Pero hallando éste en su casa á D. Lope, que era el mismo á quien habia visto baxar de los balcones la noche que llegó; se aumentan sus sospechas, aumentando su confusion el hallarse su hermana D. Ana de Alvarado en la misma casa de D. Fernando, donde habia venido á refugiarse de Burgos, por las resultas de unos amores, que habia tenido con D. Lope, quien habia dado muerte á D. Diego de Alvarado, hermano de ambos.

D. Juan, zeloso y agraviado, no puede satisfacerse ni vengarse de D. Lope, por no descubrir, que es el verdadero D. Juan, estando en calidad de criado: pero hace, que Sancho desafie á D. Lope; y encerrandose con él á obscuras, riñe, fingiendo ser el amo. Acuden al ruido todos; y descubierta la verdad de todo el hecho, y que D. Lope entraba en casa de D. Fernando por sola D. Ana, se casa con ella, y Don Juan con D. Inés.

NOTA.

Mr. Scarron imitó entre otras, que tomó del Theatro Hespañol, esta comedia, dandola el título de *Jodelet Maitre et Valet*. El mismo Mr. Linguet en el Prólogo del suyo hace una exacta censura de esta obra, concluyendola (1) con estas expresiones: ,,En todos ,,los casos, en que Roxas es familiar, ,,Scarron es baxo: en todos aquellos en ,,que el primero es natural, el segundo ,,es arrastrado, sucio y todavia peor". Con todo eso *El Jodelet*, es comedia, que tiene muchos partidarios en Francia, porque no pudo el buen Scarron despojarle de toda la gracia, que tiene el original, que siguió.

(1) *Pag.* XXII.





PERSONAS.

DON JUAN *de Alvarado.*

DOÑA ANA, *su hermana.*

DON FERNANDO *de Roxas.*

DOÑA INES, *su hija.*

DON LOPE *de Roxas.*

SANCHO, *criado de Don Juan.*

BERNARDO, *criado de Don Lope.*

BEATRIZ, *criada de Doña Inés.*



DONDE HAY AGRAVIOS, NO HAY ZELOS, Y AMO CRIADO.

JORNADA PRIMERA.

Salen Sancho y Don Juan de camino con botas y espuelas.

SANCHO.

O es que te has endemoniado,
ó es que lo que haces ignoras.

¿En la Corte, y á estas horas,
qué buscas recien llegado?
¿Dónde tu discurso va?
¿Qué es lo qué intentas hacer?

D. JUAN.

Calla, necio. Esta ha de ser
la gran calle de Alcalá,
que turbada mariposa,
busco mi llama ó mi estrella.

SANCHO.

¿Qué quieres hacer en ella?

D. JUAN.

Aqui ha de vivir mi esposa.

SANCHO.

El juicio hemos de perder,
si hay alguno, que perdamos.
¿No asamos, y ya empringamos?
¿Al primer tapon mujer?
Que estás cansado, imagina:
mira, que las doce han dado;
tan llanos han caminado
mi morlón y tu frontina.
Volvernos por Dios podremos
á dormir á la posada,
que ya dexamos tomada.

D. JUAN.

En tanto, que no sabemos,
qual de aquestas casas es,

(sea amor ó sea desvelo)
adonde se oculta el cielo
de mi hermosa Doña Inés,
bien puedes tener por cierto,
que no habrá descanso igual.

SANCHO.

Acuerdate, hombre mortal,
que hoy hemos pasado el puerto,
y por el bendito Dios,
que te acuerdes de por si,
que hay desde Burgos aqui
muy largas quarenta y dos;
y no seas tan rehacio,
sobre novio; que me pesa,
que tomes hoy tan de priesa,
lo que ha de ser tan despacio.

D. JUAN.

Ay, Sancho, que su hermosura,
ahun pintada, me ha abrasado.

SANCHO.

Hombre, que se ha enamorado
no mas que por la pintura,
porque á castigar se empiece
su amorosa desvergüenza,
ser sacado á la vergüenza
del desengaño merece.
Dime, señor, por tu vida,
engañete, ó no, el primor,

¿ha de pintarte el pintor,
si es tu mujer presumida?
¿si es necia ó es resalada,
advertirate fiel,
muy solicito el pincel,
si es sucia ó desaliñada?
¿Del pincel colegirás,
por mas, que avise elegante,
si tiene dientes delante,
si guarda corcoba atrás?
¿Advertirate el retrato,
con curiosa perfeccion,
lo que hay en su inclinacion,
lo que hallarás en su trato?
Porque esto solo ha de ser,
ahunque mas quieras culpar,
lo que se ha de exâminar
en una propia mujer.
¿Pues si no has averiguado,
de tus zelos enemigo,
nada de esto, que te digo,
de qué te has enamorado?

D. JUAN.

Ya su belleza acredita,
lo que en ella puede haber.

SANCHO.

Oyes, la propia mujer,
no ha de ser mas que bonita.

y que ha de tener sabrás
semblante modesto y casto,
y hermosura para el gasto
de su marido no mas.

D. JUAN.

Amigo Sancho, no sé,
dexando lo discurrido,
como lo habré parecido,
en el retrato, que envié;
porque de mi original
no ví mas cierto traslado.

SANCHO.

Yo si, señor.

D. JUAN.

¿Qué has pensado?

SANCHO.

Que le has parecido mal.

D. JUAN.

¿Pues no me dirás por qué?
¿La copia, di, no es igual
con mi propio original?
¿Pues, di, porque?

SANCHO.

Yo lo se.

D. JUAN.

Acaba ya, mentecato:
dime la causa en rigor.

SANCHO.

¿Quereislo saber mejor?

D. JUAN.

Si.

SANCHO.

¿No está acá tu retrato?

D. JUAN.

De tu necedad me rio.
¿Mi retrato no te di?
¿Y no hiciste el pliego?

SANCHO.

Si.

D. JUAN.

¿Pues qual enviaste?

SANCHO.

El mio.

D. JUAN.

Vive Dios, borracho, loco,
que á ser, lo que dices, cierto,
pienso, que te hubiera muerto.

SANCHO.

Señor, vete poco á poco.

D. JUAN.

¿Dime, cómo ha sido?

SANCHO.

Espera,
y yo te lo contaré.

D. JUAN.

Acaba, di, cómo fue.

SANCHO.

¿Cómo fue? De está manera.
Ya te acordarás, señor,
(que yo harto estoy de acordarme)
que en Flandes dió, en retratarme
por fuerza cierto pintor;
pues por extraña y ajena
pintó mi cara endiablada,
que es mejor para pintada
la mala, que no la buena;
y despues de aquesta hazaña,
que Hespaña observa triunfante,
que nos dió el Señor Infante
dos licencias para Hespaña.

D. JUAN.

En fin, que á Burgos llegamos,
patria en que los dos nacimos,
donde apenas conocimos
los mismos, que antes tratamos.

SANCHO.

Que de tu desdicha incierto,
siendo tu esperanza vana,
menos hallaste á tu hermana,
y á tu hermano hallaste muerto,
sin que te avise cruel,
pena que tu amor profana,

ni quien se llevó á tu hermana,
ni quien le dió muerte á él.

D. JUAN.

No acuerdes tan inhumana
pena, sin darme sosiego.
¡Ay mi hermano! Ay mi Don Diego.
!Ay mal nacida Doña Ana!
Mas, si no sé mi enemigo,
¿por qué comunicó al labio,
sin mi venganza mi agravio?
Prosigue, Sancho.

SANCHO.

Prosigo.
Tambien sabes, que despues
por cartas de cumplimiento
trataste tu casamiento
en Madrid con Doña Inés;
y que será dama, fio,
de honor, prudencia y recato;
que ella te envió su retrato.

D. JUAN.

Y qué yo la he enviado el mio.

SANCHO.

Eso es fuerza, que prosiga.

D. JUAN.

No dices cosa, que importe.

SANCHO.

Ya hemos llegado á la corte,

y es fuerza, que te lo diga;
pues ahora al retrato llegó.
Ya sabes, si te acordaste,
que la noche, que le enviaste,
me hiciste cerrar el pliego,
y fue porque:::

D. JUAN.

Sancho, acaba;
que todo es verdad te digo,
porque me llamó un amigo,
al tiempo, que le cerraba.

SANCHO.

Pues dióme gana, Señor,
de mirar en este rato
tu retrato y mi retrato,
por ver, qual era mejor,
y viendo en los dos pinceles
la propiedad y el primor,
á entrambos con mucho amor
los envolví en dos papeles,
pues envueltos:::

D. JUAN.

Dilo.

SANCHO.

Espera:
los troqué tan torpe y ciego,
que el mio puse en tu pliego,
y el tuyo en mi faldriquera.

D. JUAN.

Yo te escucho, y no lo creo.

SANCHO.

¿Pues eso á mí qué me inquieta?

D. JUAN.

¿Y lo echaste en la estafeta?

SANCHO.

No, señor: en el correo.

D. JUAN.

¿Qué dirá mi Inés, repara,
con tu cara?

SANCHO.

No te asombres.
Dira, que todos los hombres
no han de tener buena cara.

D. JUAN.

¿Y qué dirá de tu talle,
y de tu presencia, dí?

SANCHO.

¿Si Dios me la ha dado asi,
tengo de echarla á la calle?

D. JUAN.

¿Pero qué importa el engaño,
ni qué puede haber, que importe,
si habiendo entrado en la Corte,
está cerca el desengaño?

SANCHO.

Ea, pues, señor, acaba,

de cumplir con tu pension.

D. JUAN.

Estas presumo, que son
las Monjas de Calatrava,
y no sé, como sabremos,
qual de aquestas casas es
la casa de Doña Inés.

SANCHO.

Por su padre preguntemos.
La prudencia comedida,
asi lo intente saber,
que no es segura mujer
la mujer, que es conocida.

D. JUAN.

El se llama Don Fernando
de Roxas.

SANCHO.

Quiero llegar.

D. JUAN.

¿Y á quién lo has de preguntar?

SANCHO.

Un hombre se va acercando.

Sale Bernardo.

BERNARDO.

Sobre tener gran rezelo,
no tengo poco cuidado,
que mi amo salga tan tarde,
y que entrase tan temprano.

Las doce y mas de la noche
son ya; y estando cerrados
los postigos de la calle,
mas dudo, y menos alcanzo.
Amante ciego de Inés,
de la belleza milagro,
fenix de amor mi señor
vive y muere de sus rayos;
pero, siendo Inés su prima,
y su tio Don Fernando,
los que entraren en sospechas,
son discursos temerarios.
Pero aqui he de esperar,
en tanto que el sol dorado,
al alba, que los avisa,
manda recojer sus astros.

D. JUAN.

Ea, preguntalo: acaba.

BERNARDO.

Aqui he de esperar.

SANCHO.

¿Hidalgo,
dónde posa un caballero,
que se llama Don Fernando
de Roxas, si es vuesasted
curial en aqueste barrio?

BERNARDO.

Vive en esta propia casa.

SANCHO.

¿Digame usted, en qué quarto?

BERNARDO.

En toda la casa vive.

SANCHO.

Guardele el Cielo mil años,
quatro, ó cinco mas ó menos.
Señor, ya hemos encontrado
tu mujer, mas siendo propia,
fuera, no hallarla, milagro.

D. JUAN.

Ya lo escuché.

BERNARDO.

Vive Dios, *ap.*
que pienso, que lo he errado
en haber dicho la casa;
que estando dentro mi amo,
para esperar y salir,
no ha de ser poco embarazo.

SANCHO.

Ea, manos á la boda.

D. JUAN.

¿Ea, no llamais?

SANCHO.

Ya llamo.

BERNARDO.

Oye vusted, caballero.

SANCHO.

¿Caballero? Mas baxo

tengo mi alcuña, ¿Qué quiere?

BERNARDO.

Que hay enfermos en el barrio,

y es tarde, y mañana hay dia.

SANCHO.

Los dos que vé se han criado

en la Norüega, y asi

por la noche negociamos.

BERNARDO.

¿Tanta prisa trahen los dos?

SANCHO.

Nunca trahemos espacio.

BERNARDO.

¿Diga, por qué?

SANCHO.

Porque quieren

muy apriesa los soldados.

BERNARDO.

No lo entiendo.

SANCHO.

Dios me entiende.

BERNARDO.

¿Has cenado?

SANCHO.

Si he cenado.

Mas tú y tu padre y tu abuelo,

y tu alma son los borrachos.

BERNARDO.

To, to, to, valiente me es.

D. JUAN.

¿Ahora la tiendes, Sancho?

SANCHO.

Yo la doblaré despues.

BERNARDO.

¿Oye?

SANCHO.

Bien oigo.

BERNARDO.

Aqui al lado,
de los Padres Recoletos,
pues quiere reñir, le aguardo.

SANCHO.

Picaro, yo nunca riño,
siendo Sancho, y siendo el bravo
al lado de Recoletos,
sino al lado de los diablos.

BERNARDO.

Asi lo pienso sacar *ap.*
de la calle. Ya me canso
de sus cosas, y otra vez
digo, que espero en el prado. *vase.*

SANCHO.

Mas se cansará vusted,
si me espera. Por San Pablo,

que le he de matar.

D. JUAN.

Aguarda:
escuchame, Sancho.

SANCHO.

Aguardo.

D. JUAN.

Entremos, á ver á Inés,
y al instante que salgamos,
le irás á buscar.

SANCHO.

Bien dices.
¡Ah de esta casa! En lo alto
han abierto un postiguillo.

D. JUAN.

Si responden.

SANCHO.

No está claro.

Baxa Don Lope por un balcon al tablado.

D. JUAN.

Un hombre, viven los Cielos,
ó la vista me ha engañado,
desciende por un balcon.

SANCHO.

La grande llaneza alabo.

D. LOPE.

¿Quién es, quien está en la calle?
¿No es Bernardo?

D. JUAN.

No es Bernardo.
¿Diga, quién es?

D. LOPE.

No es posible.
Aqui hay gran riesgo, si aguardo, *ap.*
y si me voy, doy indicios
de cobarde ó de villano.
Este es el medio mejor;
si no dexan libre el paso,
asi le intento cobrar. *Saca la espada.*

D. JUAN.

Hay valor, y tengo manos.

D. LOPE.

La obscuridad de la noche,
y lo importante del caso,
y ver, que al ruido, que hacemos.
ha de salir Don Fernando, *riñen.*
me da ocasion, de volver
al riesgo de honor los pasos.
Ya yo he cobrado la calle,
y puesto, que la he cobrado,
y que no soy conocido,
por dama y honor volvamos. *vase.*

D. JUAN.

Si no me dices, quien eres,
no has de pasar.

SANCHO.

¡Oiga el diablo!
¿Mi amo riñe conmigo?

D. JUAN.

Digame, ¿quién es?

SANCHO.

Soy Sancho.

D. JUAN.

¿Qué dices?

SANCHO.

Lo que te digo.
Si no hablas recio, te mato.

D. JUAN.

¿Luego se fue?

SANCHO.

¿No lo ves?

D. JUAN.

¿El que baxó?

SANCHO.

¿No está claro,
que dará mejor carrera,
quien supo dar tan buen salto?

D. JUAN.

Sigamosle.

SANCHO.

¿Tienes postas?

D. JUAN.

¡Que se fuese!

SANCHO.

Verbum caro
fray Andrés. ¡Y qué de cosas
en un instante han pasado!

D. JUAN.

No creas, que era cobarde,
el que baxó.

SANCHO.

¿Pues yo quando
pienso, que nadie es gallina?
Todos para mí son gallos.

D. JUAN.

Si has visto lo que nos pasa,
¿qué te parece, que hagamos?

SANCHO.

Lo que á tí te pareicere.

D. JUAN.

Discurramos.

SANCHO.

Discurramos;
que ya amanece, y tendrémos
los entendimientos claros.

D. JUAN.

Ser yo caballero pobre,
y apenas haber llegado
de Flandes, donde á mi Rey
servi mas de catorce años,
quando con su propia hija

me envia á rogar Don Fernando.
Ella en Madrid, y yo en Burgos,
ella hermosa, y yo rogado,
ella muy rica, y yo pobre;
¡y qué me buscasen!

SANCHO.

Malo.

Aristóteles contigo
discurrió como un muchacho.

D. JUAN.

¡Venir á Madrid contento,
y apenas haber llegado,
quando un criado á estas puertas,
(que debió de ser criado
del que estaba dentro) intenta,
que de la calle salgamos,
y para sacarnos, finje,
que nos desafia!

SANCHO.

Malo.

D. JUAN.

¡Ser ya las dos de la noche,
estar los quartos cerrados,
ser casa, en que viven solos
Doña Inés y Don Fernando,
desde el balcon principal,
baxar un hombre arrojado,
sacar la espada valiente.

y acuchillarnos á entrambos,
y, por no ser conocido,
irse tan apriesa!

SANCHO.

Malo.

D. JUAN.

¡Casarme yo con Inés,
siendo los indicios claros!

SANCHO.

Peor.

D. JUAN.

¿Pues qué hemos de hacer?

SANCHO.

Discurramos.

D. JUAN.

Discurramos.
Ahora bien, yo tengo un medio
extremado.

SANCHO.

Ya le aguardo.

D. JUAN.

Y es, averiguar yo mismo
mis zelos y mis agravios.
Bien puede ser, que este hombre
no entre por Inés, y en tanto,
que averiguo con la vista,
lo que tan ciego idolatro,
tú has de hacer por mí una cosa,

que importa.

SANCHO.

Vamos al caso.

D. JUAN.

¿No es verdad, que por el mio
vino á Madrid tu retrato?

SANCHO.

Es verdad.

D. JUAN.

¿Y hay en la Corte,
quién te conozca?

SANCHO.

No hallo,
con ser tordo de tu higuera,
quien pueda llamarme Sancho.

D. JUAN.

Pues desde hoy te has de finjir
mi amo, y yo tu criado;
yo tu nombre he de llamarme,
y tú el mio, con que allano
ser espia de mi honor,
en este contrario campo.
Fingete Don Juan ahora
con Doña Ines, porque entrando
tú en mi nombre, y yo en el tuyo,
en su casa disfrazados,
ladron de casa procuro
averiguar este encanto.

SANCHO.

¿Señor, y si me conocen,
y me dán quinientos palos,
sino es que me dán dos mil
por novio de contrabando?

D. JUAN.

Estando yo alli, no hay riesgo.

SANCHO.

¿Y dime, señor, si acaso
me cobráse Doña Inés
aficion, y entráse el diablo,
y me tentase, que yo
soy mortal, y fui soldado
en Flandes?

D. JUAN.

¿Cómo es posible,
con ese talle, menguado?

SANCHO.

Por que siempre las mujeres
quieren lo peor.

D. JUAN.

Pues, Sancho,
esto ha de ser.

SANCHO.

¿En efecto
estás ya determinado?

D. JUAN.

Sin remedio.

SANCHO.

¿No hay remedio?
Pues ahora bien, yo me armo
de punta en necio, que son
las armas de los casados.

D. JUAN.

¿Si te vendrán mis vestidos?

SANCHO.

Si, señor Don Juan. ¿Pues quándo
á un pobre no le ha venido
qualquier vestido pintado?

D. JUAN.

Desde hoy Sancho he de llamarme.

SANCHO.

Y yo Don Juan de Alvarado.
¿Estás resuelto?

D. JUAN.

Sí estoy.
Sancho, vamos.

SANCHO.

Don Juan, vamos.

D. JUAN.

¿Sabrás fingir?

SANCHO.

Como dama.

D. JUAN.

¿Si te turbas?

SANCHO.

Soy bellaco.

D. JUAN.

Asi sabré, quien me injuria.

SANCHO.

Asi estaré regalado.

D. JUAN.

Hoy veré á mi Inés hermosa.

SANCHO.

Yo pienso engordár á palmos.

D. JUAN.

Pero si Inés no es, quien es:::

SANCHO.

Mas si caen en el engaño:::

D. JUAN.

Tomaré venganza en todos.

SANCHO.

Muera Sancho, y muera harto.

D. JUAN.

Ea, Don Juan, á vestiros,

SANCHO.

Ea, Sancho, á desnudaros.

D. JUAN.

Bien empiezas.

SANCHO.

Si, señor;
que soy, por ser tu criado,
tu criado Pericon,

que me haces de todos palos. *vanse.*
Salen Beatríz con manto, y Doña Inés sin él.

BEATRIZ.
En fin, tú me has despedido.

D. INES.
Beatríz, no repliques mas.

BEATRIZ.
Injusto pago me das
del tiempo, que te he servido.
¿Con tanta ira y rigor
premias mi antigua lealtad?

D. INES.
Antes que mi voluntad,
tiene su lugar mi honor.

BEATRIZ.
Solo te pido, que acabes,
puesto, que me has despedido,
de decir, ¿en qué he ofendido
tu decoro?

D. INES.
Tú lo sabes.

BEATRIZ.
Mi anima sea maldita,
y de Dios excomulgada,
por toda mí santiguada,
y por esta cruz bendita,
señora, que yo no sé

porque te hayas enojado.

D. INES.

Pues si no me he declarado,
escucha, y te lo diré.

BEATRIZ.

Dilo; pues que sin razon
me riñes á troche moche.

D. INES.

¿Pues dime, Beatríz, anoche
á qué abriste mi balcon
á mas de las diez?

BEATRIZ.

Repára,
que en eso no hay, que culpar,
porque puse á serenar
el agua para la cara.

D. INES.

¿No hablaste al abrir?

BEATRIZ.

No hablaba.
Ella ha de cojerme aqui. *ap.*

D. INES.

Mientes, Beatríz; yo te oi.

BEATRIZ.

Es verdad, pero rezaba.

D. INES.

¿Pues dime, por qué razon,
quando en la ventana estabas,

ya que rezabas, rezabas
tan recio?

BEATRIZ.

Es mas devocion.

D. INES.

¡Oh qué bien sabes tener
la respuesta prevenida!
¿Y di, á qué estabas vestida
antes del amanecer?
¿Y si acaso sueño fue,
y vestida te dormiste,
cómo no me respondiste
al tiempo, que te llamé?
¿Cómo habiendo alborotado
la casa, no respondias?
Dirásme, que no me oías.

BEATRIZ.

Tengo el sueño muy pesado.
Yo he de escaparme par Dios. *ap.*

D. INES.

¿Dormias de esa manera,
quando echaste un hombre fuera
por el balcon á las dos?

BEATRIZ.

¡Yo eché un hombre fuera!

D. INES.

Si.

Tu, Beatriz, en conclusion,

fuiste, quien abrió el balcon.

BEATRIZ.

¿Quién lo dice?

D. INES.

Yo lo vi.

BEATRIZ.

Pues si lo viste, señora,
y estás en eso tan cierta,
tu primo:::

D. INES.

No me le nombres.

BEATRIZ.

Don Lope.

D. INES.

Irritarme intentas.

BEATRIZ.

Anoche, á primera noche,
hallando la puerta abierta,
se acojió acá, porque dixo,
que llovia. En la escalera
dixo, que hablarte queria,
y entrando con tanta priesa,
apenas empezó á darme
el hábito de tercera;
y apenas yo le tomaba,
para ser criada buena,
quando el viejo de tu padre,
por esa puerta atraviesa;

yo que lo sentí, qué hago,
porque á tu primo no sienta,
al banasto de un balcon
le zampuzé con presteza:
cerré el balcon por dedentro,
y al dexarle por defuera,
todos sus deseos puse
al sereno como velas;
pero como soy tan pia,
que soy parienta de Eneas,
y esto de hacer bien á todos,
lo tengo desde pequeña:
apenas sentí, que estabas
sosegada, ahunque despierta,
y apenas vi, que tu padre
no escupió una vez siquiera,
ni dixo, esta tos es mia,
con ser la tos su perpetua,
quando, abriendole el balcon,
le saqué, porque se fuera,
tan quedito, que pensó,
que ibamos pisando yemas.
Pero como el buen Don Lope
miró la casa tan quieta,
dió en decir erre, que erre,
quando yo fuera, que fuera;
y yendose á tu aposento,
ó por amor, ó por tema,

oliendo, hácia donde estabas,
porque es amante de muestra,
te alborotó, y diste en esto
vozes tales, como buenas.
El á este tiempo asustado,
como silbado poeta,
rezelando, que tu padre,
ó le conozca ó le vea,
antes, que haga de las suyas,
dispuso, hacer de las nuestras.
Volvióse al señor balcon,
y en efecto, por la rexa
saltó á la calle, en la qual
hubo no sé, que pendencia.
Este, señora, es el caso,
para que mejor lo sepas,
contado al pie de la boca,
ya que no al pie de la letra.
Y supuesto, que tu padre
no lo sintió, no consientas,
dar un castigo tan grande
á una culpa tan pequeña.
Asi tu novio Don Juan,
que por instantes esperas,
no tu marido, señora,
sino tu amante parezca.
Asi le goces y::::

D. INES.

Calla,
si no quieres, que sangrienta,
antes que á Don Juan pronuncies,
te despedace la lengua.
¡Yo casarme con Don Juan!
No lo permitan adversas
con violencias mi fortuna,
ni con influxos mi estrella.
Antes el mar de mis ojos
rompa, quando ayrado crezca,
el margen de las mexillas,
que son sus blancas riberas.
Y á tí, porque has irritado,
ó desconocida ó necia,
con tu ruego mi piedad,
mi obligacion con tu quexa,
pues con Don Lope traydora,
pues con Don Juan halagüeña,
mas que me obligas, me irritas,
me enojas mas, que me empeñas,
porque á Don Juan me nombraste:::

Sale Don Fernando.

D. FERNANDO.

¿Inés, qué voces son estas?
¿Qué ha sido?

D. INES.

No sé, señor.

D. FERNANDO.

¿Beatriz, por qué estás cubierta?

BEATRIZ.

Señor, estoy despedida.

D. FERNANDO.

¿Por qué?

BEATRIZ.

Decirlo quisiera:
mas, ahunque lo intento hacer,
no me dexa la vergüenza.

D. FERNANDO.

¿Qué es el caso?

BEATRIZ.

Mi señora,
que ha dado en aquesta tema.

D. FERNANDO.

¿Qué es?

BEATRIZ.

En que no ha de casarse
con Don Juan, ahunque tú quieras;
y porque la dixe ahora
solo, que te obedeciera:

D. FERNANDO.

¿Qué hizo?

BEATRIZ.

Me despidió.

D. FERNANDO.

¿Esa fue la causa?

BEATRIZ.

Esta.

D. FERNANDO.

Quitate el manto, Beatríz.

BEATRIZ.

Oh, vivas mas que una suegra,
quando es rica y tiene hierno,
que desea que se muera. *vase.*

D. FERNANDO.

Ahora me llego, á hablarla.
¿Inés?

D. INES.

¿Señor, qué me ordenas?

D. FERNANDO.

¿No dirás, qué novedad
ha irritado tu obediencia?
¿De qué tan triste estos dias,
ú de ayrada ú de suspensa,
les trasladas á los ojos
las pasiones de la lengua?
¿No es Don Juan gran caballero?
¿Porque neciamente niegas
á mi cuidado este amor,
á mi fe esta diligencia?
¿No quieres á Don Juan?

D. INES.

No.

Y ya que entre tantas penas

á lo secreto del alma
rompió el recato la nema,
no me he casar con él;
y porque la causa sepas,
repara en este retrato,
si es justa mi inobediencia.

Dale un retrato, y miralo.

D. FERNANDO.

¿Qué tiene?

D. INES.

Que no es posible,
ahunque tú me lo encarezcas,
que sea hombre principal
un hombre de esta manera.
¿Esta es cara de hombre noble?
¿Puede tener sangre buena,
quien tiene este talle? ¿Este arte
es arte de hombre de prendas?

D. FERNANDO.

Pues di, ¿quién ha conocido
por el rostro la nobleza?
¿Dice el talle calidades?
Las obras son, las que enseñan
la buena sangre: el valor
es la mas hermosa muestra.

D. INES.

Si; pero la buena sangre,
ahunque se oculte en las venas,

puede hacer, que las acciones
participen su influencia:
bien asi como el cristal,
que es la sangre de la tierra,
que quanto mas puro y limpio
en sus entrañas se hospeda,
tanto mas la tierra misma,
que es mas noble la demuestra.

D. FERNANDO.

No sofistica procures
convencer con aperiencias
verdades, que en su valor
seguras se experimentan.
Tú has de casarte con él,
ahunque::::

D. INES.

Suspende la lengua,
porque mi albedrio es mio;
y no es justicia, que quieras
sujetarme, por ser padre,
lo que ahun Dios no me sujeta.

D. FERNANDO.

Advierte, Inés, que Don Juan,
ahunque es pobre, ahora espera,
heredar de un tio anciano
dos mil ducados de renta.

D. INES.

Antes si tiene Don Juan

parte por donde le quiera,
es, por ser pobre; que amor
no se paga de riquezas.
Si yo hubiera de elegir
uno en dos hombres, y fuera
uno rico, y otro pobre,
y fueran de iguales prendas,
porque me quisiera mas,
al que es mas pobre, eligiera.

D. FERNANDO.

Mira, Inés, yo no te pido,
que te cases.

D. INES.

¿Pues qué intentas?

D. FERNANDO.

Que veas solo á Don Juan;
porque puede ser, que sea
mucho mejor la persona,
que la pintura.

D. INES.

No creas,
que falten á la malicia
las antiguas experiencias,
porque el mas recto pincel
es el que mas lisonjea;
que como ya el interes
lisonja y pinturas premia,
se han hecho de un mismo modo

los pinceles y las lenguas.
Pero por obedecerte,
y porque no te parezca,
que es mi desden por impulso,
ni mi enojo por estrella,
yo esforzaré mi deseo,
á quererle, quanto pueda.
Venga Don Juan á mis ojos,
que porque bien me parezca,
á mis motivos presumo
reconvenir con violencias;
y porque quiero tambien,
que aborreciendole, veas,
que por tu amor contra el mio,
hago la mayor fineza.

Entra Doña Ana.

¡Pero quién se ha entrado aqui!

D. ANA.

Una mujer es, que intenta
hablar con vos, Don Fernando.

D. FERNANDO.

¿ A solas ?

D. ANA.

Si.

D. FERNANDO.

Vete á fuera.

D. INES.

Ya te obedezco. *vase.*

D. FERNANDO.

¿Quién sois?

D. ANA.

Una infelice, que espera
vuestro amparo.

D. FERNANDO.

Descubrios.

D. ANA.

Ahunque mi propia vergüenza
me aconseja, que me oculte,
mi honor tambien me aconseja,
que os hable mas mi semblante,
de lo que os dirá mi pena. *descubrese.*

D. FERNANDO.

¿Qué es vuestro mal?

D. ANA.

Un agravio.

D. EERNANDO.

¿Quién le ha causado?

D. ANA.

Mi estrella.

D. FERNANDO.

¿Y despues?

D. ANA.

Un hombre aleve.

D. FERNANDO.

¿Y puesto, que yo lo sepa,
lo puedo yo remediar?

D. ANA.

A eso vengo.

D. FERNANDO.

¿Dí, qué intentas?

D. ANA.

Oye mi mal.

D. FERNANDO.

Ya le espero.

D. ANA.

Pues oyeme atento.

D. FERNANDO.

Empieza.

D. ANA.

Es mi nombre Doña Ana de Alvarado:
Burgos mi patria, Burgos, que ha intentado
con sus agujas y sus torres bellas
competir con la luz de las estrellas.
Nací de sangre noble y valerosa,
tan infeliz, como si fuera hermosa:
criome con recato y con cuidado
mi padre Don Alonso de Alvarado.

D. FERNANDO.

Parad ahora, que el dolor mitigo.
El que nombrais, fue mi mayor amigo,
y obligaciones grandes os confieso.

D. ANA.

A ampararme de vos, vengo por eso;

que en vos tiene fundada mi esperanza,
ó la satisfaccion ó la venganza.
Viví tan sin amor, tan sin cariño,
que no temí las flechas del Dios niño;
pues me halló, quando quiso darme enojos,
muy atento el sentido de los ojos;
mas no hay, quien á sus iras se resista,
que no venga á quedar con menos vista.
En fin rayó el amor con mas violencia
obró mas; donde halló mas resistencia.
Ví una tarde en el campo un forastero:
habló amante, creile lisonjero:
creile, mas loaba mi hermosura;
que la lisonja tiene esa ventura.
Dexele, despidiose, fuese luego,
inquietoseme todo mi sosiego,
y ahunque estaban entonces divertidos,
llamé á junta potencias y sentidos,
y porque amor ganase la victoria,
la voluntad dispuso á la memoria:
obró el discurso torpe y poco atento,
la memoria engañó al entendimiento:
los ojos, sino ciegos, suspendidos
se dexaron guiar de los oidos.
Dile entrada en mi casa con recato;
ardió el amor; que le atizaba el trato:
salimos á un jardin, él me rogaba,

yo lloré, sin saber, por qué lloraba:
consolome, admití grata el consuelo,
y el temor le guardé para el rezelo:
con razones procuro convencerle:
dixo mas, tube gana de creerle,
y como fuentes, arboles y flores
apadrinan mejor al Dios de amores:
como la noche estaba tan obscura,
quanto despues lo ha estado mi ventura,
dandome una palabra incierta y vana,
que el deseo creyó de buena gana,
sin rienda la pasion, que mi amor llama,
ya sin temor la nave de mi fama,
sin movil este cielo de mis ojos,
ya sin fuerza este ardor de mis enojos,
me aparté de una fuente pura y fria,
que por vecina murmurar podia.
Y al fin, señor; (oh si para tal mengua
la voz se deslizára de la lengua!)
y al fin, señor; (¡oh si por mas enojos,
se saliera mi ofensa por los ojos!)
mas si digo, que dixo: que me amaba,
que amena soledad nos convidaba,
que porque mi desdicha me convenza,
le dió sombra la noche á mi vergüenza,
que las flores mediaban mi cuidado;
¿qué te cuento, si ya te lo he contado?

Fuese por una suerte desdichada,
en que fue mi fortuna interesada.
Supo mi padre tan preciso agravio,
y el corazon se le negaba al labio:
enterneció los montes y los vientos,
murióse de llorar dos sentimientos;
y en fin, oculta de él, con tantos daños,
viendo, que se pasaban quatro años,
en que, por mitigar tantos enojos,
regaba mi esperanza con mis ojos,
viendo mi honor perdido,
y juzgando, que aquel, que me ha ofendido,
en Madrid disimula su cuidado,
vine á Madrid, adonde no le he hallado,
porque de su traycion he prevenido,
que fingiendome el nombre, me ha mentido.
Pero, ahunque mi discurso intentó sabio,
no verte, por callarte aqueste agravio,
hallo por mejor medio,
buscar en tus consejos el remedio;
y asi, si la amistad del padre mio,
si mi delirio acaso ó desvario
te obligan como noble y como anciano,
hoy me rindo al amparo de tu mano,
y en tu casa, por ver mi fama honrada,
ampara una mujer tan desdichada;

no ande mi deshonor tan peregrino,
porque ganes:::

Sale Beatriz.

BEATRIZ.

Don Lope, tu sobrino,
todo el color turbado,
de algun riesgo su haliento embarazado,
quiere hablarte.

D. FERNANDO.

Di, que entre. Vos, señora,

vase Beatriz.

con mi hija estareis oculta ahora;
que yo os prometo, como caballero,
mirar por vuestro honor.

D. ANA.

Asi lo espero.

D. FERNANDO.

El mismo honor de vuestro padre es mio.

D. ANA.

Pues hoy mi honor de vuestra sangre fio.

D. FERNANDO.

En mi fe no pongais vano rezelo;
entrad presto.

D. ANA.

Ya voy. *vase*

Sale Don Lope con un papel.

D. LOPE.

Guardeos el cielo.

D. FERNANDO.

¿Qué es esto, amigo Don Lope?
¿Qué turbaciones han sido,
las que atentamente cuerdo
en vuestro rostro averiguo?

D. LOPE.

¿Mi sangre es vuestra?

D. FERNANDO.

Si, Lope.

D. LOPE.

¿No somos los dos amigos?

D. FERNANDO.

Y ese es para entre los dos
el parentesco mas fino.

D. LOPE.

¿Me aconsejareis?

D. FERNANDO.

Los viejos
no tenemos otro oficio.

D. LOPE.

¿Estamos solos?

D. FERNANDO.

Si estamos.
Ea declaraos, sobrino.

D. LOPE.

Pues oid este papel.

D. FERNANDO.

Empezadle.

D. LOPE.

Ya le digo. *lee.*

Amigo Don Lope, el hermano del caballero, á quien disteis muerte en esta ciudad, ha partido hoy á esa villa: yo no sé, lo que en ella intenta: solo sé, que á mí me toca dar este aviso, y á vos el cuidado de tan grande enemigo. Guardeos el Cielo. Burgos.

¿Habeis oido el papel?

D. FERNANDO.

Si, Don Lope; ya le he oido.

D. LOPE.

¿Es grande el empeño?

D. FERNANDO.

Si.

¿Pero decidme, sobrino,
fue justa la muerte?

D. LOPE.

No.

D. FERNANDO.

¿A quién matasteis? decidlo.

D. LOPE.

Di la muerte, sin querer,

al mayor amigo mio.

D. FERNANDO.

¿Cómo fue?

D. LOPE.

Para el remedio
quiero decir el delito.
Por celebrar de Isabél
el fruto esperado opimo,
primero boton del arbol
del gran Monarca Philipo,
Burgos, esa gran ciudad,
cuyos altos edificios,
á vencer al sol gigante
compiten consigo mismos,
dispuso toros y fiestas
al popular regocijo
en su plaza, que en Hespaña
es antiquisimo circo;
y un caballero, que en ella
era el mejor ó el mas visto,
muy galan sin presuncion,
discreto sin artificio,
muy ayroso sin cuidado,
sin ser prolixo, muy limpio,
y sobre todo, sin ser
lisonjero, el mas bien quisto,
me envió, á llamar á esta Corte,
porque con mi lado quiso

dar novedad á su patria,
y á su atencion un amigo.
Obedecile, y apenas
al aparato festivo
del pimpollo Balthasar
disfraz vistoso corrimos,
quando despues que valiente,
llevandome por padrino,
á la cerviz de seis fieras
fixó penachos de pino,
salimonos á pasear
por el margen christalino
de Arlanzon, á cuyo espejo
el Sol se mira Narciso;
y entre las muchas bellezas,
que al prado ajado y marchito
le hermosearon mas fragrante,
ó le hicieron mas florido,
vi una belleza embozada;
cuyos ojos fueron vistos,
para el yerro de mi amor
dos imanes atractivos.
Y escusando, el referirte,
por no usado ó por prolixo,
las antiguas novedades,
que usa amor en los principios,
digo, que á su casa fui,
despues de algunos desvios,

que me tuvieron de costa
esperanzas y suspiros.
Llegué, y vi en ella una dama,
tan bella ::: Mas, si es preciso,
que á mi honor dudoso busque
las veredas y caminos,
no embarazemos el labio,
y la atencion al deciros,
que si de amor los efectos
con los del honor unimos,
se equivocarán de suerte
gloria y dolor respectivos,
que ni unos serán de pena,
ni otras servirán de alivio.
Dentro en su casa una noche,
yo y el dueño, que fue mio,
con ruegos muy de la pena,
con voces muy del oido,
nos deciamos amores,
no hablados y ya entendidos,
quando alborotó mi amor,
que en efecto amor es niño,
un golpe, que de una puerta
rompió bisagras y quicios.
Mató mi dama la luz,
entró un hombre: yo atrevido
doy la defensa á la espada,
y la indignacion al filo.

A obscuras pues me buscaba,
y á obscuras le solicito,
quando á mis pies desangrado,
por mi suerte ó su destino,
cae mortal, y tan mortal
le fingió la idea herido,
que ahun no le costó la muerte
la propiedad de un suspiro.
Saca la luz asustada
mi dama: el suceso miro,
y hallo, que el que estaba muerto,
(aqui la memoria aflijo)
era (¡que grave dolor!)
era aquel amigo mio
por quien fui á Burgos, aquel
Fernando, que he referido,
que, como de mis deseos,
fue dueño de mi albedrio.
Mas preguntarásme ahora,
¿cómo siendo tan amigos,
cómo paseando juntos
ambos á dos, no supimos,
ni él, que yo amaba á su hermana,
ni yo el amor, que conquisto?
Y era el caso, que esta dama,
por enojos muy antiguos
apartada de su padre
con recato y con retiro

en casa de una parienta
viendose tan sola, quiso
aventurar con su fama
la lealtad de dos amigos.
La muerte, ya la escuchaste;
mi amor, ya le has entendido.
Fuime, sin entender nadie,
ser dueño de este delito;
porque tambien á mi dama
hablé con nombre fingido.
Dexé olbidado este amor,
y llegando á lo preciso,
sabe, que el menor hermano
de este caballero mismo,
habrá tres meses y mas,
que á Burgos de Flandes vino;
y ahunque no sabe, quien es
su ofensor, he presumido,
que á Madrid viene á buscarme
por sospecha ó por indicio;
y ahunque á mí no me conoce,
puesto, que nunca me ha visto,
al consejo de esas canas
prudénte y osado aspiro.
Que viene á Madrid, es cierto;
que ha de buscarme, imagino;
huir de él, es cobardia;
querer matarle, es delito;

no esperarle, es gran desdoro;
solicitarle, es delirio;
y asi::: A la puerta han llamado.

D. EFRNANDO.

¿Quién es?

Sale Beatriz.

BEATRIZ.

Albricias te pido.
El novio de tí esperado,
mas galan que diez Narcisos,
mas hueco que un guarda infante,
en este instante ha venido.

D. FERNANDO.

Pues á Inés llama, Beatriz,
y abre de paso el postigo,
de esa antesala, y harás
que esté todo prevenido.

BEATRIZ.

Voy al punto. *vase.*

D. LOPE.

¿Qué es aquesto?
¿Habeis casado, decidlo,
á Doña Inés?

D. FERNANDO.

Si, Don Lope.

D. LOPE.

¿Cómo, siendo deudo mio,
no me avisastesi?

D. FERNANDO.

Porque
fue, no avisaros, preciso.

D. LOPE.

¿Quién es?

D. FERNANDO.

Luego lo vereis.

D. LOPE.

¡Que desdicha!

D. FERNANDO.

¡Mortal vivo!

D. LOPE.

¡Yo sin Inés!

D. FERNANDO.

Vive Dios, *ap.*
que Don Juan es su enemigo.

D. LOPE.

Pero yo lo evitaré.

D. FERNANDO.

Mas, remediarlo, imagino.

Salen Doña Inés y Beatriz por una puerta; y por otra Sancho de gala con joyas, Don Juan y Bernardo.

BEATRIZ.

¿Ea, no llegas, señora?

D. JUAN.

Ea, no llegues tan tibio.

D. INES.

Voy á la muerte.

SANCHO.

Alla voy.

D. INES.

Muerta vengo.

D. LOPE.

Estoy perdido.

D. FERNANDO.

El llega.

D. INES.

Bien satisface
su talle á lo imaginado.

D. FERNANDO.

Seais, Don Juan, bien llegado
á esta casa.

SANCHO.

Que me place.

D. FERNANDO.

Mucho, de veros, me alegro.

SANCHO.

Desgraciado vengo á ser:
antes de ver mi mujer,
me han pegado con mi suegro.

D. JUAN.

No dirás cosa, que importe. *ap.*

SANCHO.

Yo lo he de echar á perder. *ap.*

¿Decid, no podremos ver
un poco de la consorte?

D. FERNANDO.

Es obligacion forzosa.

D. JUAN.

En lo que dices, repara.

D. INES.

¡Qué talle, qué mala cara!

D. FERNANDO.

Esta es, Don Juan, vuestra esposa.

SANCHO.

A vuestra luz peregrina
fallezca el alma envidiosa;
que antes os juzgaba hermosa,
y ahora os halla tan divina.
Sois de notable hermosura,
y sois en fin (fuera, miedos,)
mas de aquestos quatro dedos
mejor que vuestra pintura.
Dais quince á quantas beldades
intentan:::

D. JUAN.

Necedad fue.

SANCHO.

Señora, en estando en pie,
diré dos mil necedades.

D. FERNANDO.

Sillas, ola.

D. FERNANDO.

El ha empezado
con lindo estilo en efecto. *sientase.*

D. INES.

Por solo oiros discreto,
procuro, veros sentado.

D. LOPE.

De rabia y enojo muero. *ap.*
¡Hay hombre mas desdichado!

D. FERNANDO.

El tal Don Juan de Alvarado
parece gran majadero. *ap.*

D. INES.

Decid, ¿cómo habeis venido?

SANCHO.

Como quien os viene, á ver;
bueno. Mas quiero saber,
que tal os he parecido.

D. INES.

¡Qué esto pregunte Don Juan! *ap.*
Vuestro mismo talle abona,
que no habrá en Madrid persona,
que os compita, en ser galan;
porque vuestro talle, creo,
que es el mas raro, que vi.

SANCHO.

Todos lo dicen asi,
y yo tambien me lo creo.

D. LOPE.

Pues saber, tambien espero,
pues lo mas preciso es,
¿qué os parece Doña Inés?

SANCHO.

¿Quién es este caballero?

D. INES.

Es mi primo, á quien estimo,
y que es mi sangre, atended.

SANCHO.

Conozcame vuesarced
por su hermano y menor primo.

D. FERNANDO.

Esto es lo mas importante,
y ahun no lo habeis respondido:
¿Inés que os ha parecido?
decidmelo.

SANCHO.

Lo bastante. *Riense.*
¿Rien? ¿Qué fue necedad?

D. INES.

Yo he de perder el sentido.

SANCHO.

Por mi vida, ¿qué? ¿qué ha sido?
¿Disparate? ¿La verdad?

D. LOPE.

Una ignorancia en rigor
de un novio, no hay que admirarse.

SANCHO.

Primo, para mí el casarse,
es la necedad mayor;
que es muerte el casarse, infiero;
y asi debeis de advertir,
que se va un novio á morir,
pues que le lloran primero.

Llegase Bernardo á Don Juan.

BERNARDO.

Por una sospecha incierta,
saber mi enojo intentó,
si él ó su amo llamó
esta noche á cierta puerta;
porque le he desafiado,
y quiero, que sepa, que
cuerpo á cuerpo le diré,
lo que allá verá en el Prado.

D. JUAN.

El criado es, vive Dios, *ap.*
que anoche en la calle estaba,
y el que á su amo esperaba,
quando llegamos los dos.

BERNARDO.

Y para tan grande empeño, *ap.*
que he de castigarle, digo.

D. JUAN.

Hidalgo, no habla conmigo.
Este es sin duda su dueño. *ap.*

BERNARDO.

La voz, el ayre y el talle
todo junto me engañó. *ap.*

D. JUAN.

Y el que á deshora baxó
desde el balcon á la calle.

BERNARDO.

¿De qué sirve, hacer extremos,
pues lo niega?

D. JUAN.

¡Hay tal dolor!
¡Hay mas infelice amor!
Sospechas, averiguemos.

D. FERNANDO.

Decid.

SANCHO.

Saber he querido,
supuesto, que ya he llegado,
si es la novia de contado,
y el dote de prometido.

D. FERNANDO.

Vos habeis hecho un reparo,
que parece desvario.
Esto es presto.

SANCHO.

Señor mio,
quanto mas yerno mas claro.

D. LOPE.

Como habeis sido soldado,
os preciais de desparcido.

SANCHO.

No tengo mas que haber sido,
que ser Don Juan de Alvarado.

D. LOPE.

Don Juan de Alvarado dixo, *ap.*
ó el oido me engañó;
y pues de Burgos llegó,
que es el hermano, colijo,
de Don Diego (aquesto es cierto)
á quien yo la muerte di.
¿Vos no sois de Burgos?

SANCHO.

Si.

D. LOPE.

¿Teneis otro hermano?

SANCHO.

Es muerto;
que le dieron muerte fiera,
mas no por valor, por suerte.

D. LOPE.

¿Y sabeis, quien le dió muerte?

D. JUAN.

¿Si mi dueño lo supiera,
sangriento en ayrados lazos,
porque su ofensa vengára,

del pecho no le arrancára
el corazon á pedazos?
¿Y quando á su muerte aspira,
tubiera en otra balanza
vida para su venganza,
ni objeto para su ira?
Porque, si de ser cruel,
se reduxera templado,
yo, que naci su criado,
le diera muerte por él.

D. LOPE.

¿Y á vos quién os mete aqui,
en hablar ni responder?

SANCHO.

Tengole dado poder,
para enojarse por mí.

D. LOPE.

¿De haberme asi replicado,
decid, qual la causa fue?

D. JUAN.

Perdonad, que me llevé
del afecto de criado.

D. FERNANDO.

De ordinario afecto pasa
enojo tan desigual.

D. JUAN.

Soy criado.

D. FERNANDO.

Y muy leal.

SANCHO.

Sancho se ha criado en casa.
Como á hermano le he tenido,
y, que es bizarro, advertid.

D. INES.

¿Señor Don Juan?

SANCHO.

¿Qué decís?

D. INES.

Buen criado habeis trahido.

SANCHO.

Supuesto, que á escuchar llego,
que le alabais sin compás,
no he de ponermele mas;
servios con él desde luego.

BERNARDO.

Ser quiero su amigo fiel. *ap.*

D. JUAN.

Saber vuestro nombre aguardo.
¿Cómo os llamais?

BERNARDO.

Yo, Bernardo.

D. JUAN.

Viven los cielos, que es él.

D. FERNANDO.

¿Ea, qué es, lo que aguardamos?

D. INES.

¿Qué es, cielos, lo que me pasa?

D. FERNANDO.

Venid, vereis vuestra casa.

SANCHO.

Vamos, Ines.

D. INES.

Don Juan, vamos.

D. JUAN.

Pues esta fortuna sigo,
zelos, sufrir y callar. *ap.*

D. LOPE.

¡Qué se viniese, á casar *ap.*
con mi dama, mi enemigo!

D. FERNANDO.

¡Hay duda y pena mayor! *ap.*
El hijo, que yo he elegido,
ignorante y ofendido,
y mi sangre el ofensor!

D. INES.

¡Que mi estrella en este empeño *ap.*
dueño me haya señalado,
tan malo, que ahun el criado
es mucho mejor, que el dueño!

SANCHO.

¡Qué tenga yo dama honrada, *ap.*
ave de gusto y primor,
y me parezca mejor

la vaca de la criada!

D. JUAN.

¡Qué mi mal sin esperanza, *ap.*
halle para mas dolor,
rezelos en el amor,
y dudas en la venganza!

D. LOPE.

¡Qué para tantos desvelos *ap,*
haya, en igual recompensa,
de callar aqui una ofensa,
y sufrir aqui unos zelos!

D. FERNANDO.

¡Pues, penas, cómo mas bien *ap.*
he de cumplir con mi fama!
De mi se ampara una dama,
y el que la ofendió tambien.

D. JUAN.

Pero ya preciso es, *ap,*
dar mi silencio á mi labio.

D. LOPE.

Pero cauteloso y sabio *ap.*
pienso, pretender á Inés.

D. FERNANDO.

Pues fuerza es, que medio halle, *ap.*
para poderlo atajar.

D. INES.

Pero no me he de casar, *ap.*
con hombre de tan mal talle.

SANCHO.

Pero vivir regalado, *ap.*
me ha de sacar de este susto.

D. FERNANDO.

Mas mal me ha de andar el gusto, *ap.*
ó he de apurar el criado.

D. JUAN.

Pues ea, indicios, á callar. *ap,*

D. LOPE.

Ea, intentos, á proseguir.

D. FERNANDO.

Ea, cuidados, á morir. *ap.*

D. INES.

Afectos, á adivinar. *ap.*

D. JUAN.

Y que halle, quieran los cielos,
mi dilatada esperanza,
el camino á mi venganza,
y el desengaño á mis zelos.



JORNADA SEGUNDA.

Salen Don Lope y Bernardo.

D. LOPE.

¿En fin no quieres dexarme?

BERNARDO.

Contradecirte, me pesa;
pero en los juegos de amor,
para que mejor lo sepas,
aciertan mas los que miran,
que aquellos propios que juegan.

D. LOPE.

Yo he de entrar, á hablar á Inés.

BERNARDO.

Mira, lo que haces.

D. LOPE.

No quieras,
apagar con tus consejos
de mis pasiones el Etna.
Permite, que al labio salga
esta calentura lenta;
que es sanidad en el labio,

lo que en el pecho es dolencia.

BERNARDO.

¿Si ha de casarse mañana
Doña Inés, no consideras,
que con decirle tu amor,
siendo Inés cuerda y honesta,
sino aprovechas la voz,
que echas á perder la queja?
Acostumbrate, á sufrir:
un mal á otro mal suceda:
amortigüe á ese dolor
tu recato y tu prudencia.
Pon de tu parte el silencio;
que callando, ahunque mas sientas,
en breve tiempo estarás
bien hallado con tus penas.

D. LOPE.

Ya solo en mi voz mi mal,
si hay alivio, alivio espera.
Con fuego de amor ahier,
con ser fuego sin materia,
ardí, buscando la llama,
y teniendola encubierta.
¿Pues, si porque sufra mas,
ó para que mas padezca,
zelos hoy han avivado
de mi incendio esta violencia;
y si con solo mi amor

ardí con llama violenta:
hoy, que á este amor se le añaden
de mis zelos las sospechas,
cómo quieres, que mas sufra,
quando es fuerza, que mas sienta?

BERNARDO.

¡Y dime, señor, es justo,
que tercera vez ofendas
á Don Juan, quando le debes,
satisfacer dos ofensas!
A su hermano diste muerte,
y á su hermana noble y bella
burlaste, fingiendo el nombre:
ahunque en hombre de tus prendas
viene á ser mayor traycion,
saber fingir las finezas;
y hoy tercera vez procura
con ruegos tu inadvertencia,
que elija, ser prenda tuya,
la que serlo suya, espera.

D. LOPE.

Yo no le ofendí, sabiendo,
quien era, el que ofendi; y dexa
los consejos, pues que has visto
tan incapaz mi prudencia.

BERNARDO.

Ea pues obra, señor,
si sacar el premio esperas

de tus deseos, conforme
al influxo de tu estrella.

D. LOPE.

Hasta la propia antesala
hemos entrado, y quisiera
hablar á Beatriz.

BERNARDO.

Ahora
por otra sala atraviesa.
¿Ah Beatriz?

D. LOPE.

¿Ah Beatricilla?

Sale Beatriz.

BEATRIZ.

¿Quién llama? ¿Quién me cecea?

D. LOPE.

Yo soy.

BEATRIZ.

Es Don Lope.

D. LOPE.

Sí.

BEATRIZ.

Abrazame, antes que venga
mi señora.

D. LOPE.

¿Qué hay de nuevo?

BEATRIZ.

Tengote famosas nuevas.

D. LOPE.

Dilas.

BEATRIZ.

Entra mas adentro;
que no quiero, que nos vean,
hablar los demas criados,
que esa antesala pasean.
Mi señora:::

D. LOPE.

Dilo presto.

BEATRIZ.

Aborrece con tal fuerza
á este Don Juan, que esta tarde
la he tenido casi muerta.
Tanto llanto dió al dolor
en dos cristalinas hebras,
que recojer perlas quise,
por darte un tesoro en ellas.
Pero iman roxo su labio,
las atraxo de manera,
que pespuntó sus corales
con guarnicion de sus perlas.

D. LOPE.

¿Dónde está?

BEATRIZ.

Ya se ha vestido.

D. LOPE.

¿Don Juan, que hace?

BEATRIZ.

La gran bestia
duerme.

D. LOPE.

¿Tan tarde?

BEATRIZ.

Tan tarde;
y es su dormir de manera,
que ya debe de pensar,
que se ha casado con ella.

D. LOPE.

¿Y se ha desvelado Inés?

BEATRIZ.

Como si tubiera deudas.

D. LOPE.

¿Podré hablarla?

BEATRIZ.

Si podrás.
Pero de tal modo sea,
que no sepa::: Pero ya
sale á esta sala, y es fuerza,
que me vaya. Yo te dexo,
donde aprovechar te puedas
de tu prosa. Dila aquello
de mi angel, mi bien, mi estrella.
Promete como persona,
que no ha de dar: mete harenga:
dila, que eres infelice,

que tienes infausta estrella;
que de piedad puede ser,
que te escuche y se enternezca.
Y, si pudieres echar,
ahunque mas por fuerza sea,
un lagrimon, será cosa,
para enternecer las peñas.

Dale un bolsillo

D. LOPE.

Pues toma:::

BEATRIZ.

No hay, que tratar.

D. LOPE.

Este bolsillo.

BEATRIZ.

Eso fuera,
por pagarme la amistad,
quererme hacer alcahueta.

D. LOPE.

Mira, que llega tu ama.

BEATRIZ.

Pues venga el bolsillo: llega;
y creeme, que le tomo,
por no parecer grosera. *vase*

D. LOPE.

Vete tú.

BEATRIZ.

¿Dónde?

D. LOPE.

A la calle.

BERNARDO.

¿Te he de aguardar?

D. LOPE.

Vete apriesa.

BERNARDO.

Mira, que:::

D. LOPE.

No me repliques.

BERNARDO.

Tu precepto es mi obediencia. *vase.*

Sale Doña Inés y apartase Don Lope.

D. INES.

Como jamas he cursado
de los males en la escula,
nunca supe, que cabian
en un dolor tantas penas.
Tres afectos, tres cuidados,
tres tormentos, tres violencias
del castillo de mi amor
sitiaron la fortaleza.
Dos sujetos aborrezco,
y uno adoro con tal fuerza,
que, ahunque quisiera querer
lo que aborrezco, y quisiera
aborrecer lo que adoro,
tal mi idea está suspensa,

que no sé, si el odio estime,
ó si el amor aborrezca.
Don Juan, (hable mi dolor)
para ser dueño, se espera,
de mi albedrio: Don Lope
mi fama y mi honor molesta;
ambos de mi amor son iras,
ambos de mi enojo señas;
y al que en alma se ha entrado,
no sé por qual de sus puertas,
procuro echarle del alma,
y no es posible, que pueda.
Yo quiero bien::: (mas no quiero)
¡Oh cielos, y quien pudiera
hacer, que aquesta verdad
se quedára en ser sospecha!
á un hombre tan desigual,
y de tan humildes prendas,
que es baxeza de mi sangre;
mas no pienso, que es baxeza;
que, ahunque es verdad, que el amor
de igualdades se contenta,
bien puedo yo, querer bien
á otro, que mi igual no sea;
que no es fino amor, amor
que se funda en conveniencias.
Sirvanos de exemplo el sol,
á quien Clicie galantea,

pues le espera, á que despierte,
y con ser Clicie flor Reyna,
por requebrar á la rosa,
la olbida el sol y la dexa;
y con ser la rosa facil
parto de la fertil tierra,
que entre raices y espinas
tubo su naturaleza,
mejor que á la Reyna Clicie,
la regala y la requiebra.
Pues si el planeta mayor
es, quien nos da su influencia,
¿por qué no ha de hacer el hombre,
lo que influye su planeta?
Olmo, Monarca del prado,
á quien las flores cortejan,
se dexa, amorosamente
solicitar de la hiedra.
Ella humilde se conoce:
primero los pies le besa,
y como se muestra amante,
á enlazar sus brazos, trepa,
hasta que iguales los dos
son dos almas y una mesma,
pues ella al olmo asegura,
y él á la hiedra sustenta.
Pues, si con ser estas almas
vejetativas, enseñan

á amar, ¿por qué no han de amar
á su imitacion las nuestras?
Yo aborrezco::: Mas mi voz
salga en quejas á la lengua;
que no es bien, donde hay amor,
que mis iras se diviertan.
Yo aborrezco::: ya lo digo;
pero no habrá, quien lo entienda;
que la voz de mis suspiros
enciende, pero no quema.
A Don Lope es, á quien digo,
que aborrezco con tal fuerza,
que pienso::: ¿Quién está aqui?

D. LOPE.

Un desdichado, que llega
á cojer en desengaños,
lo que ha sembrado en finezas.
Una mariposa soy,
tan deslumbrada y tan ciega,
que solicito la llama,
para fallecer en ella,
y un infeliz, á quien hacen
infeliz tus resistencias,
pues, si de tu voz no he muerto,
no moriré de mi pena.
Pero, ahunque ingrata á mi amor,
desconocida á mi queja,
desprecias las ansias mias,

mas de vana, que de atenta,
te he de avisar, ahunque ahora
me rindes y me sujetas:::

D. INES.

No prosigas, en matarme.

D. LOPE.

(No es valor, sino destreza)
mis afectos:::

D. INES.

No los hables.

D. LOPE.

Mis iras:::

D. INES.

No las adviertas.

D. LOPE.

Sí, te las he de advertir;
que es gran crueldad, que pretendas,
que mi mal no tenga alivio,
en referirlo, siquiera.
Yo no te puedo olbidar,
Doña Inés: yo me hago fuerza,
á olbidarte, y es querer
del sol vencer la carrera.
Yo á tus favores aspiro,
y sacrificar quisiera
al templo de tu rigor
toda un alma por ofrenda.
A un hombre ignorante admites,

indigno de tus finezas,
y á quien supo conocerte,
pues te adora, le desdeñas.

D. INES.

Vete, Don Lope: no intentes,
que irritada, ó que grosera:::

D. LOPE.

Ya estoy hecho á tus rigores,
ya no hay mas, con que me ofendas;
que criado en el veneno
del desden, él me alimenta.
Mas ya que el último plazo
á mis desdichas se acerca,
oye mi mal, que si le oyes,
como él es, ha de ser fuerza,
que á premiarle y admitirle,
sino te obliga, te muevas.
Yo sé, que le has de premiar:::

D. INES.

Suspended iras y quexas,
y esa amorosa locura
hácia el pecho retroceda.
Miente vuestro labio infame,
y el sol, que luces dispensa,
á decirlo con los rayos
de su luz, tambien mintiera.
¡Yo, si os escucho, premiaros!
Mas facil fuera, que crea,

que el Dios, que el mar bruto rige,
del abrego á la violencia
roto el alacrán de espuma
pierda las azules riendas,
que imagines, que en mí puede
haber sombra ó apariencia
de aficion, sin que mi enojo
no la apure ó la resuelva.
Con una Dama, que en Burgos
confiadamente necia
os quiso, podeis pasar
esa fingida terneza;
y vuestra amante pasion
se corrija mas discreta,
y en la carcel del silencio
sea su alcayde la modestia;
y si no, viven mis iras:::
(mas no viven, que están muertas,
puesto, que no me he vengado
con solo el incendio de ellas;)
que os haga, sí, vive Dios,
mas atomos, que hay estrellas,
hijas del sol, y en el mar
disimuladas arenas;
porque asi:::

Sale Beatriz.

BEATRIZ.

Buena la hicimos.

Tu padre salió á esta pieza,
y Don Juan le ha visto ya:
Sancho este quarto atraviesa,
y como voces has dado,
te busca.

D. INES.

Beatriz, tú lleva
á Don Lope á esa antesala.

BEATRIZ.

Verále Sancho.

D. INES.

Pues sea
por esta pieza.

BEATRIZ.

Don Juan
te anda buscando por ella.

D. INES.

Pues veanle; que no importa,
si es mi primo.

BEATRIZ.

Ahunque lo sea;
que siendo tan de mañana,
no es hora de primos esta.

D. INES.

¿Ea, Beatriz, no le escondes?

BEATRIZ.

Mira, que ha de dar sospecha,
de lo que no ha sido culpa.

Presto, señora, que llegan.

D. INES.

Pues escondele en mi quarto.

D. LOPE.

Porque tu opinion no pierdas,
me escondo.

BEATRIZ.

No estés aqui;
mas adentro hay donde puedas
estár mas seguro. Tú

Escondese en otra quadra.

riñeme, para que entienda,
que era conmigo el enojo.

D. INES.

Si por mi padre no fuera,
te diera el justo castigo,
que pide tu inadvertencia.
Don Juan ha de ser mi esposo;
y quien atrevida intenta
decir, que es un ignorante,
desayrado y necio, crea,

Sale Sancho, Don Juan y Don Fernando.

que me ofende; y dado caso,
que estos defectos padezca,
si á mí me parece bien,
poco importa, que los tenga.

SANCHO.

Dice muy bien Doña Inés.
¿Bruta, insulsa, majadera,
tan mal os he parecido?
¿Decid, bergante, estas piernas
pueden ser mas bien sacadas?
¿No soy ancho de hombros? ¿Puerca,
mi cara haránla mejor,
ahunque la hiciesen de cera?
Holgára, haberme casado,
para daros una vuelta
de podenco.

BEATRIZ.

Siendo suya,
ser de podenco, era fuerza.

D. FERNANDO.

¿Inés, y por eso dabas
estas voces?

SANCHO.

Sí: estas eran.

BEATRIZ.

Ya salîmos de este empeño,
ahunque tan caro me cuesta.

D. FERNANDO.

Por solo ver á Doña Ana,
ir á este quarto quisiera,
adonde está recojida;
pero hay riesgo, en que le vea,

y la conozca Don Juan.
Voyme con vuestra licencia;
que tengo que hacer.

SANCHO.

A Dios.

D. FERNANDO.

Don Juan tiene dos ofensas, *ap.*
una de sangre, y la otra
de honor; pues siendo tan ciertas,
no será justo, que yo
le dé á Inés, mientras no venga
su deshonor, y deshace
el duelo de dos afrentas.
A buscar voy á Don Lope,
porque en estas diferencias
he de juntar á los dos;
que, ahunque es verdad, que se arriesga
una vida, no es razon,
que mi honor por eso pierda.
Pues veamos, si estos duelos,
en tan rigurosa empresa,
ó la espada los ajusta,
ó el consejo los concierta. *vase.*

D. INES.

¡Que repetido en desvelos *ap.*
crezca inmortal este ardor!

D. JUAN.

¡Que embarace yo mi amor *ap.*

por un indicio de zelos!

D. INES.

¡Que esté mi dolor tan loco!

D. JUAN.

¡Que esté tan cuerda mi pena!

SANCHO.

¡Que hubiese anoche tal cena,
y cenase yo tan poco!

D. INES.

Pues cese aquesta locura.

D. JUAN.

Pues este rezelo pase.

SANCHO.

¡Que mi amo me mandase, *ap.*
que cenase con cordura!

D. INES.

Mas no cesen mis pasiones.

D. JUAN.

Mas vuelva esta llama, á arder.

SANCHO.

Mas por Dios, que he de saber,
si hay en Madrid bodegones.

BEATRIZ.

¿Cómo he de sacar ahora *ap.*
á ese galán escondido?

SANCHO.

Mas vuelvome, á ser marido.
¿Quereisme mucho, señora?

D. INES.

¡Qué es esto? Mi dicha espera:::

D. JUAN.

Cuidados, no rezeleis.

SANCHO.

¿No direis, si me quereis?
Acabad.

D. INES.

De esta manera.
Antes, que os viese, señor,
mi desprecio y mi osadia,
lo que era desden sabia,
y ahora, lo que es amor.
Mas vivo con mi dolor;
que, ahunque sé, que me adorais,
me pesa, quando premiais
este ardor, que ardiente veis,
pues no le remediareis
con ser vos, quien le causais.
Amando, suspiro y lloro
con lagrimas del deseo;
quando, viendoos á vos, veo,
el dulce dueño, que adoro;
y á no ser por mi decoro,
arrojada, vive Dios,
porque se vieran los dos,
mostrára mortal herida,
pues por vos gozo mi vida,

siendo mi muerte por vos.
Tan cruel, tan mi enemigo
es mi amor, por ser tan raro,
que, quando mas le declaro,
es, quando menos le digo.
Si le hablo, no le mitigo;
y si procuro fingirle,
es castigarme en sufrirle,
y asi tengo, en conservarle,
mucho fuego, en ocultarle,
y poco alivio, en decirle.

SANCHO.

Con grande resolucion *ap.*
su amor me ha dado á entender.
¿Caso, que aquesta mujer
me haya tomado aficion?
Pues no perder ocasion,
es justo, que si su estrella
su inclinacion atropella,
dos cosas habré logrado,
la una hacer, como criado
la otra, alzarme con ella.
Tanto, á quereros, me obligo
desde el instante que os ví:::
Sancho, responded por mí;
que no sé, lo que me digo.

D. JUAN.

¿Yo, señor?

SANCHO.

¿No sois testigo
de lo mucho, que la quiero?
Pues responded, majadero.

D. JUAN.

¿Pues yo sé vuestro cuidado?

SANCHO.

Haced, lo que os he mandado;
pues me costais mi dinero.

D. INES.

Estas finezas serán
sin alma.

SANCHO.

Sean.

D. JUAN.

¡Qué intenta!

SANCHO.

Haced este rato cuenta,
que soy Sancho, y vos Don Juan:
y asi este rato hablarán; *ap.*
que yo lo he dispuesto asi.

D. JUAN.

Como lo consienta aqui
Doña Inés, servirte intento.

D. INES.

Si es por mí, yo lo consiento.

D. JUAN.

Pues yo empiezo.

SANCHO.

Vaya.

D. INES.

Dí.

D. JUAN.

Yo, con tan finos desvelos
os quiero, y con tanto ardor,
que, para decir mi amor,
os digo, que tengo zelos.
Primero fueron rezelos;
pero hoy tan confuso estoy,
que, quando á deciros voy,
quien soy, tal me llego á ver,
que por ser, el que he de ser,
no soy con vos, el que soy.
Con discurso desigual
habeis llegado á arguir,
que en no poderle decir,
se hace mayor vuestro mal;
pero está mi pena tal,
como es rezelo mi amor,
que al declarar el rigor
de mis pasiones veloces,
quanto mas le digo á voces,
se hace mi incendio mayor.

D. INES.

Luego si yo le he callado,
mayor mal, vengo, á sentir.

D. JUAN.

No: que al mio he de morir.
Mas, quanto mas declarado,
mas fuego, en decirle, he hallado.

D. INES.

Yo, en no decirle, un rigor.

D. JUAN.

Yo, con hacerle mayor,
ya, á decirle, me sentencio.

D. INES.

Pues mi mal en mi silencio
tiene todo su dolor.

D. JUAN.

Luego el alivio has hallado,
en callarle y reprimirle;
y yo el dolor, en decirle,
quando no ha de ser premiado.

D. INES.

¿Quando un amor no ha penado
mas, quándo se ha de ocultar?

D. JUAN.

Y en llegarle á declarar,
¿qué gloria habrá, sin premiarle?

D. INES.

¿No es mucho peor, callarle,
sin poderle remediar?

D. JUAN.

No es mal fuerte y desigual,

mal, que puede reprimirse.

D. INES.

Ni mal, que puede decirse,
tampoco es muy grande mal.

D. JUAN.

¿Pero de estos males, quál
es fuerza, que mas apure?

D. INES.

Aquel que la voz procure,
Que es mayor mi mal, contemplo.

D. JUAN.

Asegurelo este exemplo.

D. INES.

Este exemplo lo asegure.

D. JUAN.

El que oculta un accidente,
ó ya de honor ú de afrenta,
le llora, quando le cuenta,
y calla, quando le siente;
y es, que entonces mas ardiente
se remueve aquel ardor.
Si calla, cesa el dolor.
Luego has experimentado,
que se hace menor callado,
y hablado se hace mayor.

D. INES.

Dices bien; pero imagina,
para hacer concepto igual,

que, quando se cura un mal,
duele mas la medicina.
Experiencia peregrina
en este exemplo hallarás;
pues, quando sintiendo estás
con voces tu mal veloz,
es, que le cura la voz,
y por eso duele mas.

D. JUAN.

Tambien lo contrario infiere;
que, quando los males duran,
por mitigarlos procuran,
que calle, el que los refiere.

D. INES.

No, quien tu discurso oyere,
mis obediencias desdore,
que tambien (porque no ignore
tu discurso mi opinion)
á quien duele el corazon,
le piden, que hable y que llore.

D. JUAN.

Pues, Doña Inés, si es asi,
callar quiero mi pasion.

D. INES.

No: mejor es mi opinion.
Yo he de hablar mi mal aqui.

D. JUAN.

¿Pues merezco tu amor?

D. INES.

Sí.

D. JUAN.

¡Qué gloria!

D. INES.

Hoy te premiarán
mis finezas.

D. JUAN.

¿Y serán
constantes?

D. INES.

Amor es Dios.

SANCHO.

Mucho se huelgan los dos.
Yo me vuelvo, á ser Don Juan.

D. INES.

La calentura de amor
se salió á mi labio ya.

D. JUAN.

¡Del mar de mi amor, qué presto
cesó la tranquilidad!

SANCHO.

O mal me anda el discursillo,
ó soy diez tantos, y ahun mas,
ó Inés me ha dicho su amor
en cabeza de Don Juan.
Si ella piensa, que es criado,
y yo el dueño, claro está,

que por mí lo ha dicho; ello es,
que este huevo quiere sal.
¿Ois? Idos allá fuera.

D. INES.

¡Sancho á solas, qué querrá!

BEATRIZ.

Ya te obedezco, señor.
No será posible, echar *vase.*
á Don Lope ahora.

D. JUAN.

¿Sancho
con Doña Inés, que querrá?

SANCHO.

¿No os vais?

D. JUAN.

Ya me voy, señor.
Desde aqui quiero escuchar, *ap.*
lo que dice.

SANCHO.

Ahora bien,
yo me quiero desasnar;
que no han de ser vizcainas
las novias. Si Dios me da
una mujer, que me diga
su amor tan de par en par,
perderlo por mi señor,
es muy grande necedad.
¿Dulce dueño de mis ojos,

podrá un marido gozar
un poquillo de la fruta,
que cria el arbol nupcial?

D. INES.

Esto le faltaba ahora
á mi dolor, que llorar.
¡Qué no le haga mil pedazos!

SANCHO.

Ella se quiere llegar,
y de puro vergonzosa
la vuelve el respeto atrás.

D. JUAN.

Vive el cielo, que se llega.

SANCHO.

Si os dexais comunicar,
vereis mas suave un alma,
que la holanda y el cambray.
Sabed, que un marido en cierne
bien puede ser manúal.

D. INES.

¡Qué sufra esto, y no le mate!

D. JUAN.

¡Qué no le salga á matar!
¡Hay tal bestia!

D. INES.

Vive el cielo:::

SANCHO.

¡Que hace de querer llegar;

y el honorcillo la tiene,
si caerá, ó no caerá!
Mas yo he de ser el que envista.
Pescole la mano y zas.

Vuelve la cara, cojela la mano, y besala.

D. INES.

¡Cómo, villano, atrevido,
te atreves, á profanar
en el templo de mi fama,
el honor, que es su deidad!
¡Cómo:::!

SANCHO.

Detened, señora.

D. INES.

¡O mi enojo ó mi crueldad,
no te hacen dos mil pedazos!

SANCHO.

¿Dos mil pedazos no mas?

D. INES.

A no ser, porque mis ojos
se sabrán, de sí vengar,
no en lluvias de aljofar puro,
sino en fuentes de coral.
¿Pero, iras, de qué servís? *ap.*
Cese vuestra actividad;
que no es bastante una quexa,
para aplacar todo un mal;

y si Don Juan ha de ser
dueño de mi voluntad,
iras, temer y morir,
penas, sufrir y callar. *vase.*

SANCHO.

Yo puedo hacer de mi mano
un sayo, y ahun un gaban.

Sale Don Juan al paño.

D. JUAN.

Picaro, viven los cielos,
que ahora me has de pagar, *dale.*
lo que has hecho.

SANCHO.

¿Yo qué hize?

D. JUAN.

Besar su mano.

SANCHO.

No tal;
la mano me besó á mí.

D. JUAN.

De este modo pagarás *dale.*
tu deslealtad.

SANCHO.

¿Pues, señor,
yo en qué he sido desleal?
¿He de perder, si me quiere,
por tí mi comodidad?

D. JUAN.

Vive Dios::::

SANCHO.

Tente, señor, *dale.*
no te precipites mas.

Sale Doña Inés, y pegale Sancho á Don Juan.

D. JUAN.

¿Qué es esto?

SANCHO.

Aqueste tacaño,
descarado, ganapan,
no ha de estar una hora en casa;
ahun he de pegarle mas.

D. INES.

Advertid, que es buen criado.

SANCHO.

Doña Inés, entraos á hilar,
que es oficio de mujeres,
y dexadme castigar
mis criados. Toma, puerco.

D. INES.

Señor, mirad:::

SANCHO.

Bueno va.
Ea, picaro, expulsion;
idos de mi casa. ¡Hay tal!

D. INES.

Señor Don Juan, si mi ruego
halla en vuestro amor lugar:::

SANCHO.

¿Qué es lo qué mandais, señora?

D. INES.

¿Qué? Que no le despidais.

SANCHO.

Agradecedlo á mi esposa;
que á no mandarmelo, ya
os habia de poner
como á un San Sebastian.
Grosero, belitre, ruin,
hombrecillo, tal por qual,
noramala para vos.
¡Mi esposa os parece mal!
Pues, bergante, yo os prometo,
que os la he de hacer descalzar.
¡Oh si pudiera un criado, *ap.*
para poder descansar,
sacudir de quando en quando
á su dueño el balandrán! *vase.*

D. JUAN.

¡Qué esto escuche! *ap.*

D. INES.

¡Qué esto sufra! *ap.*

D. JUAN.

¡Si esto, que dice, es verdad! *ap.*

¡Si me aborrece!

D. INES.

¡Qué espero! *ap.*

Yo me quiero declarar.

D. JUAN.

Pues torne otra vez mi pena,
su llama á disimular.

D. INES.

Pero apaciguar mi incendio,
es medio mas eficaz;
y ahora, dar lugar, es fuerza,
para que pueda sacar
Beatriz á Don Lope, pues
oculto en mi quarto está.

D. JUAN.

Esto ha de ser.

D. INES.

Esto sea.

¿Ois, Sancho?

D. JUAN.

¿Qué mandais?

D. INES.

Advertid::: ¡Estoy confusa!

D. JUAN.

¿Qué decís? ¡Estoy mortal!

D. INES.

Que quando dixe::: ¡Qué temo, *ap.*
que reviente este volcán.

de mi fuego, si mi voz
hace á la llama lugar!

D. JUAN.

Ea, declaraos, señora.

D. INES.

A poderme declarar,
yo dixera:::

D. JUAN.

¿Qué decís?

D. INES.

Que ahunque oisteis:::

D. JUAN.

Acabad.
¡Qué estando yo tan cobarde, *ap.*
esfuerce, á quien no lo está!

D. ANA.

Que ahunque dixe, que os adoro,
era, porque erais Don Juan.

D. JUAN.

Pues mi pena y mi deseo
es, porque á Don Juan querais.

D. INES.

¡Lo deseais!

D. JUAN.

Fuera mi gloria.

D. INES.

No me tiene voluntad. *ap.*
¡Esto es cierto!

D. JUAN.

Y es tan cierto,
que todo mi honor está,
en que á Don Juan estimeis.

D. INES.

¿Luego no os asegurais,
que le adoro?

D. JUAN.

Estoy dudoso.

D. INES.

Pues no lo esteis, y pensad:::

D. JUAN.

¿Qué?

D. INES.

Que á Don Juan solo adoro.

D. JUAN.

Plegue á Dios, que sea verdad. *vanse.*

Sale Doña Ana.

D. ANA.

Despues, que ahier Don Fernando
me dió este quarto, y despues
que estaba con Doña Inés,
mi pena y dolor templando;
y despues, que por mí ahier
lloró en líquidos cristales,
porque obligan mas los males,
quando son de una mujer;
estoy con grande cuidado

de ver, que tan tarde es,
y ni llama Doña Inés,
ni su padre me ha avisado.
En esta quadra he sentido
de Inés, á lo que yo infiero,
ayradas voces primero,
y despues confuso ruido.
¡Qué este continuo anhelar,
mi amor, y mi honor moleste!
El quarto de Inés es este;
entrarla quiero á buscar,
para avisarla tambien,
que, irme de su casa, trato,
pues quanto mas me recato,
mas lexos estoy del bien.
Porque, si vengo á buscar
á un hombre, que me ha agraviado:
¿cómo en un quarto cerrado,
mi cuidado le ha de hallar?
Y mas quando ha persuadido
discursivo mi temor,
que quien me fingió el amor,
el nombre me habrá fingido.
Y pues no he creido el nombre,
sepa Inés este deseo.
Mas por las espaldas veo
dentro de su quarto un hombre,
y no me quiero volver.

Mas pienso, que me ha sentido.

D. LOPE.

Hácia aqui he escuchado ruido.
Vive Dios, que es Doña Inés.

D. ANA.

No me vió el rostro; que fuera
muy posible, que importára.

D. LOPE.

¿Inés?

D. ANA.

Yo cierro:::

D. LOPE.

Repara.
No cierres: aguarda, espera.
Yo vengo determinado;
no pienses, que has de cerrar.
Vive Dios, que has de escuchar,
puesto que yo te he escuchado.
Mi pena en este rigor,
ya no puede estar mas muerta;
que no es la primera puerta,
que le has cerrado á mi amor.
Mas, por si llegan á ser
zelos, los que me pediste,
de la dama, que dixiste,
te quiero satisfacer.
Si tu padre te ha casado,
mi amor quiere mi desvio;

pues nunca al desvelo mio,
costó su amor un cuidado.
En Burgos la hablé y la ví,
y ahun la llegué á merecer.
¿Mas cómo puedo querer,
á quien el nombre fingí?
Bastan estos desengaños,
si zelos tu enojo ha sido;
que á nadie se le han pedido
zelos de amor de seis años.
Tu discurso apresurado
á tu pasion atropella;
pues solo me acuerdo de ella,
porque me la has acordado.
La satisfaccion te doy,
paga el premio de mi fe;
pues ni la he visto, ni sé,
en que parte está.

D. ANA *saliendo.*

Aqui estoy.
Viven los cielos, ingrato,
traydor y mal caballero:::

D. LOPE.

Qué es, ojos, lo que he mirado!
Aqui Doña Ana! ¡Qué es esto!

D. ANA.

Que has de pagarme en venganzas
lo que he escuchado en desprecios.

y supuesto, que te he hallado,
quando te buscaba menos,
hoy de mi rigor ruina,
y de mi agravio escarmiento:::

D. LOPE.

No dés vozes: oye, aguarda.

D. ANA.

No me atajes.

D. LOPE.

Yo prometo:::

D. ANA.

Cercado: de mi razon
pide partido tu miedo.

D. LOPE.

Oye: detente, señora.

D. ANA *en voz alta.*

Don Fernando, aqui está el dueño
de mi ofensa, y el que dió
muerte á mi hermano Don Diego.

D. LOPE.

Mira, que me iré.

D. ANA.

¡Ah traydor!
¿No hay, quién oyga mis empeños?
¿No hay, quién socorra el honor
de una mujer?

Sale Don Juan.

D. JUAN.

¡Qué es aquesto!

D, ANA.

¡Valgame el cielo! ¡Qué miro!
Viva estatua soy de hielo.

D. JUAN.

O es, que mis ojos no han visto,
ni mis oidos oyeron:::

D. LOPE.

O es, que aqui mi sinrazon
dexó mi acero suspenso:::

D. ANA.

Y es, que porque sienta mas,
finge apariencias el miedo::::

D, JUAN.

O esta es mi hermana Doña Ana,
de tantos agravios dueño.

D. LOPE.

O soy cobarde enemigo,
pues no me irrito ni muevo.

D. ANA.

O este es mi hermano Don Juan.

D, JUAN.

¿Pues qué aguardo?

D. LOPE.

¿Pues qué espero?
Salir, es duelo forzoso.

D. JUAN.

Matarle, es preciso empeño.

D. LOPE.

Mas quiero ver, lo que intenta.

D. JUAN.

Pero no sé, vive el cielo,
qual de aquestas dos ofensas
deba castigar primero.
Aqui á mi hermana he encontrado,
y á Don Lope tambien veo:
esta ofensa es de mi honor,
y esta parece de zelos.
Una siento con ardor,
y otra guardo como incendio.
Si doy á mi hermana muerte,
esa venganza divierto;
y si esta vengar procuro,
la mas importante dexo.
¿Pues cómo, iras de mi fama,
han de cobrarme rezelos
de mi sospecha y honor,
las dos venganzas á un tiempo?

D. LOPE.

Hombre, que le has suspendido,
á mi valor los aciertos,
ó acomete con la lengua,
ó hablame con el acero.

D. JUAN.

Pero, si esta ofensa es cierta,
y dudoso estotro afecto,
sea para mi venganza
mi honor, antes que mis zelos.
Muere, ingrata, porque asi :::

D. AÑA.

Señor ::: yo ::: aqui:::

D. LOPE.

Deteneos;
que ahunque ella pidió favor
contra mí, ya estoy en tiempo,
que, para librar su vida,
vengo á ser, quien la defiendo.

D. JUAN.

¿Luego contra vos pidió
favor, quando salí?

D. LOPE.

Es cierto.

D. JUAN.

¿Luego la debeis ofensas?

D. LOPE.

¿Pues á vos, que os toca de eso,
siendo de Don Juan criado?

D. JUAN.

Que soy criado, os confieso;
y siendo fiel, me tocan
las ofensas de mi dueño.

D. LOPE.

Pues esta dama:::

D. JUAN.

Decid.

D. ANA.

Atajar el riesgo quiero,
pues piensa, que no es mi hermano,
y satisfacerle á un tiempo.
En este quarto, que veis,
de Inés, este caballero,
(no sé yo con qué intencion)
estaba oculto y secreto.
Yo le ví salir: di voces:
quiso atajarme, y en esto
saliste.

D. JUAN.

Cierra los labios;
tu voz pon en tu silencio.
¡En el fondo de mi pena, *ap.*
qué de sospechas renuevo!
Pues quando en tantos agravios
me voy á hallar satisfecho,
si hallo una sombra á mi honor,
hallo una luz á mis zelos.
Ahora bien, cierro ésta puerta.
Sancho no está en casa, y puedo,
puesto, que tengo ocasion,

satisfacerme yo mesmo.
Señor Don Lope, sacad
la espada.

D. LOPE.

Ya lo deseo;

Sacan las espadas.

que los dos somos iguales
en llegando á los aceros.
¿Pero no hay campaña?

D. JUAN.

No;
que es tan ardiente mi fuego,
que, si aqui con vuestra sangre,
no intento apagarle presto,
quando le quiera templar,
llegará tarde el remedio.

D. LOPE.

Pues riñamos. *riñen.*

D. JUAN.

Sois bizarro.

D. LOPE.

No parece, vive el cielo,
vuestro valor de hombre baxo.

Llaman á la puerta recio.

¿Llamaron?

D. JUAN.

Si.

D. LOPE.

¿Pues qué haremos?

D. JUAN.

Reñir.

D. LOPE.

¿No será mejor,
ocultar el caso, y luego
ir, á reñir á campaña?

D. JUAN.

Yo nunca he mirado en riesgos,
quando riño.

D. FERNANDO *dentro.*

Abrid aqui.

D. ANA.

De esta ocasion me aprovecho.
Abro la puerta.

D. JUAN.

No abras.

Abre la puerta y sale Don Fernando.

D. FERNANDO.

Detened: parad. ¡Qué es esto!

D. JUAN.

Querer matar á Don Lope.

D. LOPE.

Matar un criado necio.

D. JUAN.

Volver por vos, y por mí.

D. FERNANDO.

¡Qué es esto, que miro, cielos!
¡Don Lope oculto en mi casa!
¡Sancho aqui tan descompuesto!

D. JUAN.

¡Qué Fernando haya salido!

D. ANA.

¡Qué esté mi mal sin remedio!

D. FERNANDO.

¡Doña Ana ya descubierta!
Contad, Don Lope, este empeño.

D. JUAN.

Yo os lo contaré mejór.
Pero decidme primero:
¿no ocultais en vuestra casa
á Doña Ana?

D. FERNANDO.

No lo niego.
A su padre Don Alonso,
y ahun á su hermano Don Diego,
debí mil obligaciones,
que hoy publíco y hoy confieso,
y con guardar á Doña Ana,
pagarselas todas, pienso;
pues le ha de importar su honor.

D. JUAN.

Decid, y este caballero,
segun vos decís, no es:::

D. LOPE.

Soy su amigo, y soy su deudo.

D. JUAN.

¿Y decidme, Don Fernando,
siendo criado, no debo
mirar en ausencia suya
por el honor de mi dueño?

D. FERNANDO.

Mirar debes por su honor:
no lo dudo, ni lo niego.

D. JUAN.

Pues en el quarto de Inés
Don Lope estaba encubierto,
Doña Ana de él se quexaba;
ayrado salí á este tiempo.
O esta ofensa es de Doña Ana,
ú de Doña Inés el duelo.
La una ofensa es de un agravio:
la otra de honor y zelos.
Y ahunque yo vengo á ignorar,
qual es de estos dos sujetos
por quien se ofende la fama
de mi dueño, quando es cierto,
que es por uno de los dos,
matarle por uno quiero. *envistele.*

D. FERNANDO.

Tened la espada. Por Dios,
que este es el mayor empeño,

que han visto las experiencias
de mis años.

D. JUAN.

¿Cómo puedo
esperaros?

D. LOPE.

Acabad.

D. INES.

Qué gran pena!

D. ANA.

¡Que gran riesgo!

D. FERNANDO.

Mas le quiero asegurar
por Doña Ana. Ya os advierto,
que de esta dama el honor
es mas limpio, que el sol mesmo;
y del duelo de mi hija
no debo satisfaceros;
porque ese duelo me toca
como á su padre; y supuesto,
que tengo seguridad
de Don Lope, no pretendo,
satisfaceros á vos,
pues que yo estoy satisfecho.

D. JUAN.

A este quarto, no hay, por donde
pudiese entrar; pues yo mesmo
he estado en esta antesala

todo el dia.

D. LOPE.

Vive el cielo,
que es querer, con vuestro honor
apurar mi sufrimiento.
Apartad. *enviste.*

D. EFRNANDO.

Tened, Don Lope;
porque es atrevido exceso,
que á un criado se permitan
las licencias de su dueño.

D. JUAN.

Dexadme matarle.

D. FERNANDO.

Tente;
que me corro, vive el cielo,
que tocandome á mí tanto
el honor del dueño vuestro,
de mi honor y de mi espada
desconfies osado y necio.

D. JUAN.

Ya aqui no ha de ser posible
satisfacerme; y supuesto
que es dificil, á estas cosas
quiero arriesgar un remedio.
Supuesto, que os toca á vos,
yo admito vuestro consejo;
pero á los dos dos palabras

pediros á un tiempo, quiero.

D. FERNANDO.

Yo juro, hacer lo posible.

D. LOPE.

Y yo lo mismo os prometo.

D. JUAN.

Que entregareis á Doña Ana
á su hermano, es lo que os ruego;
y que vos acabareis
con Don Juan aqueste duelo.
Con lo qual, vengo á salir
de dos tan graves empeños;
pues á él toca, conseguirlos,
y á mí toca, el emprehenderlos.

D. FERNANDO.

Yo ofreco, lo que pedis.

D. LOPE.

Yo, lo que ordenais, ofrezco.
Pero es vergüenza por Dios,
que siendo, quien sois, os demos
palabra, que será nueva:::

D. JUAN.

Vive Dios, que soy tan bueno
como Don Juan, y que haré,
que asi lo confiese él mesmo;
y yo sé, que Don Juan es
tan puntual caballero,
que, lo que mi lengua diga,

sabrá sustentar su acero.

D. LOPE.

Pues yo os prometo, buscarle.

D. JUAN.

El os buscará primero.

D. FERNANDO.

Yo á Doña Ana guardaré.

D. JUAN.

Hareis como noble en eso.

D. LOPE.

Pues buscadme.

D. JUAN.

Ya es preciso.

D. LOPE.

Porque veais:::

D. JUAN.

Eso quiero.

D. LOPE.

Que mi espada:::

D. JUAN.

En la campaña
obran mas, los que hablan menos.

D. FERNANDO.

Mi hijo es Don Juan, y á Don Lope
sangre y amistad confieso. *ap.*

D. ANA.

Si digo aqui, que es mi hermano,
correrá mi vida riesgo. *ap.*

D. INES.

Este es el primer criado, *ap.*
que por su amo tiene zelos.

D. JUAN.

De Doña Ana he de saber *ap.*
mi agravio, y matarla luego.

D. FERNANDO.

Juntar á los dos procuro. *ap.*

D. JUAN.

¿Ah Don Lope, estais resuelto
á reñir con Don Juan?

D. LOPE.

Sí.

D. JUAN.

¿Vos guardareis con secreto
á Doña Ana?

D. FERNANDO.

Eso aseguro.

D. JUAN.

Pues buscar á Don Juan quiero.

D. LOPE.

Yo le aguardo.

D. JUAN.

Sois valiente.

D. LOPE.

Sois leal.

D. JUAN.

De eso me precio,

Deme mi agravio fortuna.

D. LOPE.

Deme mi valor esfuerzo.

D. FERNANDO.

Consejo me den mis canas.

D. INES.

Deme mi pasion remedio.

D. ANA.

Deme cordura mi ofensa.

D. JUAN.

Denme venganza los cielos.



JORNADA TERCERA.

Sale Doña Ana con manto, y Doña Inés deteniendola.

D. ANA.

Dexame ir, Inés, y advierte:::

D. INES.

Digo, que no has de pasar.

D. ANA.

¿Qué intentas?

D. INES.

Quiero evitar
con mi advertencia tu muerte.

D. ANA.

Dexame, ver el rigor
de una crueldad prevenida;
mira, que ha de ser mi vida
medicina de mi honor.

D. INES.

Esto, Doña Ana, ha de ser.

D. ANA.

Reducete á no atajarme;
mira, que será matarme,
por quererme defender.
Temo el acero inhumano
de Don Juan, que está ofendido.

D. INES.

Sancho y mi padre han salido
juntos, á buscar tu hermano;
y asi puedes divertir
tu mal.

D. ANA.

Dexame, señora.

D. INES.

Mandóme mi padre ahora,
que no te dexe salir.

D. ANA.

Si aqui me encuentra, imagina,
que Don Juan me ha de matar.

D. INES.

En el riesgo suele estar
dispuesta la medicina.
Dí tu nuevo mal, que es mengua,
morir confusa, en callarle;
si para poder contarle,
está tu espíritu y lengua.

D. ANA.

El mal, que infiriendo estás
de mi fortuna enemiga,
quando le hablo, se mitiga,
y luego se enciende mas.
Mayor mi desasosiego,
declarándole, se fragua;
que á gran fuego echar poca agua,
es, hacer mayor el fuego. *llora.*

D. INES.

Manifiestame ese ardor,
que callas tú, y yo rezelo,
que yo te daré el consuelo
conforme al mal.

D. ANA.

Tengo amor.

D. INES.

Yo tambien ese mal siento
con mas preciso dolor;
que no hay, quien no tenga amor,
en teniendo entendimiento.

D. ANA.

Yo por mi honor con crueldad
á mi obligacion decente,
si no modesta, prudente
castigo mi voluntad.

D. INES.

Que es igual mi amor, te digo,

al que declarando estás;
pues que por mi honor no mas
le reprimo y le castigo.

D. ANA.

El mio ha de fallecer,
pues mi voz mi honor disfama.

D. INES.

Yo le doy sombra á mi llama,
y nadie la ha visto arder.

D. ANA.

Mayores son mis desvelos.

D. INES.

Mi pena ha sido mayor.

D. ANA.

Mas pena es mi amor, que amor.

D. INES.

¿Qué es la pena?

D. ANA.

Tengo zelos.

D. INES.

Quando ví, que discurrias,
y que al tiempo, que contabas
tu mal, tambien le llorabas,
conocí, que los tenias.
Mas ni me admiro ni espanto,
que zelos hayas tenido.

D. ANA.

¿De qué los has colegido?

D. INES.

De tu voz y de tu llanto.
Porque en la amorosa calma
de sospechas y rezelos
son el amor y los zelos
las calenturas del alma,
que salen, por dar despojos,
reducidos en agravios,
las de zelos á los labios,
y las de amor á los ojos.
Pues como en esta fortuna
dispuestas siempre y abiertas
el alma tiene dos puertas,
y amor no cabe por una:
para no suspender tanto
los dos su afecto veloz,
los zelos buscan la voz,
y el amor elige el llanto.

D. ANA.

Pues otro mal hay aqui,
que aflige mas mis desvelos,
que, de quien tengo estos zelos,
es:::

D. INES.

¿De quién? Digo.

D. ANA.

De tí.

D. INES.

Pues dí, ¿de qué has concebido
estos zelos, y por qué?

D. ANA.

Porque á Don Lope encontré
dentro en tu quarto escondido.

D. INES.

¿Y yo estaba dentro?

D. ANA.

No.

Mas mi amante ó mi enemigo
pensó, que hablaba conmigo,
y su amor me declaró.
Pues de aquel mismo desden
mayor mi sospecha se hace,
porque aquel, que satisface,
ó es querido, ó quiere bien.

D. INES.

Un desengaño mayor,
es preciso, que se arguya
en esta sospecha tuya.

D. ANA.

¿Qué es?

D. INES.

Que yo te tengo amor.

D. ANA.

Y asi mi pena y mi afan,
¿cómo apagará esta llama?

D. INES.

No hay dama, que quiera á dama,
que ha querido á su galán.
Y asi por seguro ten,
que en mí no hay afecto tal;
pues yo te quisiera mal,
si yo le quisiera bien.

D. ANA.

Zelos he tenido aqui;
pero mal de ellos infieres,
pues no digo, que le quieres,
sino que él te quiere á tí.

D. INES.

Pues si él, traydor ó infiel,
tu honor y amor ha ofendido,
esos zelos, que has tenido,
no son de mí, sino de él.

D. ANA.

Remedia mi pena fiera.

D. INES.

Yo lo mas que puedo hacer,
es llegarle á aborrecer,
no hacerle, que no me quiera.
Y mejor te estaba á tí,
si me despreciara cruel,
que yo le quisiera á él,
que no, que él me quiera á mí.

D. ANA.

Dices bien; dexáme, pues
no remedio tanto ardor,
por el riesgo de mi honor
irme de tu casa, Inés.

D. INES.

Vive Dios, que no te has de ir;
y ahora tu mal infiera,
que, si á Don Lope quisiera,
yo te dexara salir.

D. ANA.

Quando un riesgo se previene,
que::: Decirtelo no puedo.

D. INES.

Tu fama cure á tu miedo.

D. ANA.

Don Juan, no es Don Juan.

D. INES.

El viene.

D. ANA.

Pues tú no me has de esconder,
si librar quieres mi vida,
adonde estube escondida.

D. INES.

Eso, Doña Ana, ha de ser.
Por esa falsa escalera
se va á un quarto principal.
Esperame en él.

D. ANA.

Mortal
mi alivio tu alivio espera. *vase.*

D. INES.

Para verle en ocasion,
que no me vé, prevenida
quiero escucharle escondida.

Escondese y sale Sancho.

SANCHO.

Despues de Dios, bodegón.
Luego dirán, que es deshonra,
comerlo allí sin sabor.
Bendito seais vos, Señor,
que no me habeis dado honra.
En ser hombre desigual,
por mas me vengo á tener;
porque yo mas quiero ser
picaro, que Cardenal.
Esto tengo por mas bueno,
que ser señor y ahun reynar;
que allá suele, en el manjar
disimularse, el veneno.
Pues ser picaro, dispongo,
que como Lope advirtió,
á ningun hombre se vió,
darle veneno en mondongo.
Yo me entrò, á ser mas profundo,
y yo me entro, á discurrir,

¿por que á mí me ha de podrir,
que se use honra en el mundo?
¿Porque uno llegue, á plantar
(dexemos á un lado miedos)
en mi cara cinco dedos,
le tengo yo de matar?
Pues respondanme, ¿por qué?
Si hay barbero, que me pone,
quando afeytarme dispone,
como á un San Bartolomé,
y llega con su navaja,
que sabe Dios, donde ha andado,
y en fin, despues de afeytado,
me toca el rostro, y me encaxa
quatro ó cinco bofetones,
porque en otras ocasiones
hay duelo é indignacion?
¿No es mejor un bofeton,
que quinientos bofetones?
¡Qué aquestos duelos prosigan!
¡qué sea el desmentir afrenta!
¡qué no importe, que yo mienta,
é importe, que me lo digan!
¡Qué haya en el mundo este afan!
¡Qué este uso en los hombres haya!
Señor, ahun los palos vaya,
que duelen, quando se dan.
Duelista, que andas cargado

con el puntillo de honor,
dime, tonto, ¿no es peor
ser muerto, que abofeteado?
¡Y que á la muerte tan ciertos
vayan, porque el duelo acaben!
Bien parece, que no saben
los vivos, lo que es ser muertos.

Sale Beatriz.

BEATRIZ.

Seais Don Juan bien venido.

SANCHO.

Beatriz, va de pundonor.

BEATRIZ.

Don Lope con mi señor,
á buscaros han salido,
y Sancho vuestro criado.

SANCHO.

¿Qué me querian?

BEATRIZ.

No sé.

SANCHO.

No me encontraron, porque
hoy he sido convidado.

BEATRIZ.

Vuestro suegro y dueño mio
aquesta llave, que veis,
me dió, para que os baxeis
al quarto, que está vacio.

Yo por alegre, os le alabo;
quiere, que abaxo habiteis;
pero buen quarto teneis.

SANCHO.

Para mí basta un ochavo.

BEATRIZ.

Ya voy, á baxar la cama.

SANCHO.

¿Y en fin, por qué la baxais?

BEATRIZ.

Porque no es bien, que vivais
en el quarto de mi ama.
Todos este yerro ven,
y que no estando casado
será en la corte notado,
que durmais arriba.

SANCHO.

Bien.

Dadme la llave.

BEATRIZ.

Tomad.

SANCHO.

¡Lo que, á servirme, se humilla!
Quieres creerme, Beatricilla,
que te tengo voluntad.
Sí, juro á Dios.

BEATRIZ.

¿Qué me dices?

¿Amor me tienes á mí?

SANCHO.

Beatriz, desde que nací,
fuí inclinado á Beatrices.

BEATRIZ.

¡Qué á mí con afecto tal
quererme, tu engaño intente!

SANCHO.

En siendo el amor corriente.
busco la dama usual.

BEATRIZ.

Que no he de quererte, digo,
ni en mí ha de caer tal mancha.

SANCHO.

Porque la ruego, se ensancha. *ap.*
Que bien decia un amigo,
que, el que quisiere vencer
qualquier gorrona, al llegar,
no la procure rogar,
si la puede acometer.
¿En fin no te persuades,
á pagar mi amor honesto?

BEATRIZ.

No

SANCHO.

Pues envisto.

D. INES *saliendo.*

¿Qué es esto?

SANCHO.

¿Esto? Nada: mocedades.

D. INES.

¿Pues cómo habeis profanado
mi opinion y fama toda?

BEATRIZ.

Como se alarga la boda,
anda el hombre endemoniado.

D. INES.

¿Vuestra voluntad ingrata,
cómo mi honra atropella?

SANCHO.

Yo no lo hacia por ella,
sino por tenerla grata.

D. INES.

Advertid:::

Sale Don Fernando.

D. FERNANDO.

¿Señor Don Juan?

SANCHO.

Don Fernando, bien venido.

D. FERNANDO.

A buscaros he salido.

SANCHO.

¿Qué hay de nuevo?

D. FERNANDO.

Hoy cesarán
mis dudas. *ap.*

SANCHO.

Acabad, pues.
¿Qué querrá este viejo hablar? *ap.*

D. FERNANDO.

Solos hemos de quedar.
Vete, Beatriz; vete, Inés.

SANCHO.

Pues no se me ha de escapar *ap.*
la Beatricilla tyrana.

D. INES.

Baxo, á buscar á Doña Ana;
yo la voy á consolar. *vanse.*

D. FERNANDO.

¿Cómo no le digo pues, *ap.*
de su agravio los extremos?

SANCHO.

¿Señor suegro, qué tenemos?

D. FERNANDO.

Un empeño grande.

SANCHO.

¿Y es?

D. FERNANDO.

Que al campo vais, os exhorta
mi zelo, que os desengaña.

SANCHO.

¿Pues qué importa, ir á campaña?

D. FERNANDO.

Es á reñir.

SANCHO.

¿Eso importa?
¿Mas, si obedeceros trato,
por qué irritarme, quereis?

D. FERNANDO.

Porque un agravio teneis.

SANCHO.

Vos sois grande mentecato.

D. FERNANDO.

Pues decid, ¿de qué inferis,
ser yo necio y poco sabio?

SANCHO.

¿Si yo no sabia mi agravio,
para que me lo decis?

D. FERNANDO.

O atrevido ó inhumano,
que le deis la muerte, espero;
porqué está aqui el caballero,
que dió muerte á vuestro hermano.
¿Y fuese valor ó suerte,
quando matarle intentó,
en vuestra casa le dió
á obscuras sangrienta muerte.

SANCHO.

¿A obscuras fue?

D. FERNARDO.

A obscuras fue.

SANCHO.

Pues no quiero acometerle;
que, si á aquel mató, sin verle,
¿qué hará de mí, si me vé?

D. FERNANDO.

No vengaros, será ultrage,
y ahun cobardía será.

SANCHO.

¿No mirais, que sabe ya,
como matar mi linage?

D. FERNANDO.

Que ese es temor, imagino.

SANCHO.

Pues tomar venganza espero.
¿Quién es ese caballero?

D. FERNANDO.

Es Don Lope mi sobrino.

SANCHO.

¡Oh pues! si Don Lope es,
templóse mi enojo ardiente.
Basta, ser vuestro pariente
para echarme yo á sus pies.

D. FERNANDO.

Que tomeis venganza, elijo,
ó indignado ó valeroso;
que siendo de Inés esposo,
mas sois vos, pues sois mi hijo.

SANCHO.

Pues á morir se, prevenga;
que ya á matarle, me arrojo.

D. FERNANDO.

No tan presto.

SANCHO.

¡Oh, si me enojo,
no hay demonio, que me tenga!

D. FERNANDO.

Con otra ofensa profana
vuestra nobleza.

SANCHO.

Pues bien.

D. FERNANDO.

Hay otro agravio tambien.

SANCHO.

¿Y es?

D. FERNANDO.

Que ofendió á vuestra hermana.

SANCHO.

¿Cierto?

D. FERNANDO.

Podeislo creer.

SANCHO.

Pues ya perdonarle, intento.

D. FERNANDO.

¿Por qué?

SANCHO.

Porque es juramento,
de no reñir por mujer.

D. FERNANDO.

¿Esa es la llama inhumana,
con que vuestro enojo ardió?

SANCHO.

¿Señor, he de andarme yo
hechō rufian de mi hermana?
¿Si por mis pecados negros
hace de mi muerte alarde? *ap.*

D. FERNANDO.

Vive Dios, que sois cobarde.

SANCHO.

Eso no toca á los suegros.

D. FERNANDO.

Si, toca.

SANCHO.

¡Hay tal matarse!
Suegro cisma, y suegro eterno,
sí, porque he de ser tu hierno,
procuras despabilarme,
haces mal; que es sin razon,
porque un duelo satisfaga,
que este hiernicidio se haga
antes de la posesion.

D. FERNANDO.

Sancho, palabra le ha dado

de reñir, por vos aqui,

SANCHO.

Pues que la cumpla por mí,
si la ha dado mi criado.

D. FERNANDO.

¡Asi un honor se desdora!
¡No reñis por vuestra hermana!

SANCHO.

Señor, reñir quiere gana;
y yo no la tengo ahora.

D. FERNANDO.

Vive Dios:::

SANCHO.

¡Hay tal porfiar!

D. FERNANDO.

¿Qué asi un temor os reporta?

SANCHO.

¿Hombre ó suegro, qué os importa,
que yo me salga á matar?

D. FERNANDO.

Que, quando esposo os elijo
de Inés, viendo esa templanza,
ó habeis de tomar venganza,
ó no habeis de ser mi hijo.
Y sin que satisfaga
el duelo, no hay que pensar;
que no os tengo de casar.

SANCHO.

Oye: de ese mal me haga.

D. FERNANDO.

Vive Dios:::

SANCHO.

¡Hay tal infierno
de hombre!

D. FERNANDO.

Cobarde, villano:::

SANCHO.

No se tome tanta mano
usted; que ahun no soy su hierno.

D. FERNANDO.

La muerte daros sabré,
porque, ahunque me estoy templando:::

Sale Don Juan.

D. JUAN.

¿Qué es aquesto Don Fernando?

D. FERNANDO.

Escuchad, y os lo diré.
Porque tome recompensa
hoy de su honor ofendido,
á vuestro dueño le pido,
que satisfaga esta ofensa.
Pero hace tanto desprecio,
con saber ya su enemigo,
que, al verle remiso, digo,
que es cobarde, ó que es muy necio.

Y puesto, que tan templado
dexa vivo un deshonor,
pues no sabe, ser señor,
sed señor, y sed criado.
Cuerdo podeis, enseñalle,
á cumplir con su opinion.
Esta fue mi obligacion,
Don Lope espera en la calle:
hacedle tener valor,
criado á un tiempo y amigo;
que, ahunque es grande el enemigo,
es el agravio mayor.
Irritadle vos aqui,
pues templado se reporta;
que, ahunque á mí su honor me importa,
á él le importa mas que á mí.

D. JUAN.

Pues decidme como sabio,
¿qué otro agravio hay, que vengar?

D. FERNANDO.

Don Juan le podrá contar,
que Don Juan sabe el agravio. *vase.*

D. JUAN.

Sancho, amigo, ¿qué es aquesto?

SANCHO.

¿Fuese?

D. JUAN.

Ya se fue.

SANCHO.

Pues hablen.
(dexemos aparte ahora
ficciones y disparates)
de mi amor y mi obligacion
las bien seguras lealtades.
No es tiempo de burlas este.
¿Dime, no desafiaste
por mí esta tarde á Don Lope?

D. JUAN.

Sin llegar, á declararme,
le desafié.

SANCHO.

¿Por qué fue?

D. JUAN.

Mis sospechas se declaren.
Porque de Inés en el quarto
le hallé atrevido y amante.

SANCHO.

¿No reñiste con él?

D. JUAN.

No;
hasta hacer seguro exâmen
de su intento y de una ofensa,
que es fuerza, que honor te calle.

SANCHO.

Pues, señor, ahora es tiempo,
que tu acero tu honor lave,

que las manchas del honor
las saca el valor con sangre.
Estrena la indignacion,
pon la razon de tu parte,
no se ultrage tu valor,
ya que tu honor se profane.
Don Lope ofende tu fama,
tu acero intente matarle,
que, ahunque tus zelos no ignoras,
lo que es mucho mas, no sabes.
Aprovecha la ocasion,
si no quieres, que se pase:
su acero espera tu acero;
matarle intenta arrogante;
si no te halláre sangriento.
determinãdo te halle.
Procura:::

D. JUAN.

Calla: tu voz
mis oidos no embarace,
porque segun me aconsejas,
parece, que estoy cobarde.
Dí, qué ofensa puede ser,
que á la de zelos se iguale?

SANCHO.

La del honor.

D. JUAN.

Dices bien;

que en dos extremos tan grandes,
respecto el un mal del otro,
son, quando mas tibias arden
las ofensas, fuego activo,
los zelos, ceniza facil.
Mas dime, Sancho:::

SANCHO.

Señor.

D. JUAN.

Dime, ¿aquesta ofensa nace
de mis zelos?

SANCHO.

No, señor;
de otro agravio.

D. JUAN.

No profanes
el sagrado de mi oido,
ó harás, que intente matarte.

SANCHO.

En mi vida, como tuya,
te he de permitir, que mandes;
mas no te quiero, decir,
ó tu desdoro ó tu ultrage,
porque no podrás oirle,
ni yo he de poder, contarle.

D. JUAN.

Bien haces; que si un agravio
es del honor, al contarle,

se hace el valor sentimiento;
pero, quando no se sabe
el nervio de él, el dolor
valor atrevido se hace.
Y, si sabido ha de ser
mi valor dolor, mas vale,
que el dolor se haga valor,
porque me irrite y le mate.
Y dí, ¿Don Fernando ahora
qué intenta?

SANCHO.

Desagraviarte.
Con ser su sangre Don Lope,
procura vengar tu sangre.

D. JUAN.

¿Y esta ofensa, que tú callas,
y que adivinan mis males,
sabenla ya todos?

SANCHO.

Sí.

D. JUAN.

¡Oh, aqueste incendio me abrase!

SANCHO.

Y Don Lope, tu enemigo
me está esperando, á que baxe,
pensando, que soy Don Juan.

D. JUAN.

¿Cómo haré, para matarle,

donde sepan mi venganza,
los que mis desdichas saben?

SANCHO.

Sacale á campaña.

D. JUAN.

No;
porque, ahunque se satisfacen
en el campo las venganzas,
en casos de honor tan graves,
ahunque venza á mi enemigo,
no quiero yo aventurarme,
á que no se cuente bien;
que alli no lo mira nadie;
y con mirarlo y saberlo,
hay en Madrid lenguas tales,
que cuentan los vencimientos
á la luz de los desayres.

SANCHO.

Pues, señor, ya no se usa,
sacar la espada en la calle;
que en las calles de la corte
todas las guerras son paces.

D. JUAN.

Si yo tubiera una casa,
donde poder encerrarme
con él:::

SANCHO.

Espera, señor.

D. JUAN.

¿Por qué?

SANCHO.

Porque en este instante
se te cayó la pendencia
en la miel. Aquesta llave
es de un quarto de esta casa,
que, ahunque es baxo, es quarto grande.
Ahora me la dió Beatriz,
y dixo, que me baxase,
á habitar en él. Tú puedes,
pues él te espera, encerrarte
con él, y si le das muerte,
Inés y su anciano padre
han de saber tu venganza,
y tú has de quedar triunfante.

D. JUAN.

Dices bien: pues baxa, Sancho,
y llamale.

SANCHO.

Es disparate
en cosas, que importan tanto.
Ya bien puedes declararte;
baxa, y dí, que eres Don Juan.

D. JUAN.

En vano me persuades;
que, si por solo unos zelos
encubrí mi nombre amante,

¿quánto mas justo será,
que por mi honor me disfrace?
Y asi, en tanto, que vengado
todo este volcan se apague,
sabe tú, sufrir mi nombre,
pues yo sé, pasar mi ultrage.

SANCHO.

¿Dí, qué quieres hacer?

D. JUAN.

Esto;
dame ahora aquesa llave.

SANCHO.

Toma.
¿Qué intentas? Acaba.

D. JUAN.

Ahora es fuerza, que baxes,
á desafiarle; que yo
oculto quiero aguardarle
dentro del quarto entretanto,
y una industria ha de vengarme,
que has de ver.

SANCHO.

Dime, señor:
¿en fin he de desafiarle?

D. JUAN.

Sí.

SANCHO.

Y si le diese una priesa

de reñir, y al mismo instante
desatacáse la espada,
¿cómo quieres, que le ataje?

D. JUAN.

Hazle señas desde lejos;
que te seguirá al instante.

SANCHO.

Y dí, si es corto de vista,
y no viese las señales,
¿qué quieres, que haga, señor?

D. JUAN.

Ya eso es, pasar á cobarde.

SANCHO.

No es, sino ser advertido.
¿En fin quieres esperarle?

D. JUAN.

Dentro del quarto estaré.

SANCHO.

Mira, que al entrar, no aguardes,
que él envista; enviste tú;
que temo, que se adelante.

D. JUAN.

Parte al punto.

SANCHO.

A obedecerte,
voy como leal.

D. JUAN.

Verasme,

si el cielo quiere, vengado;
que, ahunque no quiero escucharte
este agravio, mis discursos
son profetas de mis males.

SANCHO.

Pues, señor, voy por Don Lope.

D. JUAN.

Pues ya yo voy, á esperarle.

SANCHO.

Soy tuyo.

D. JUAN.

Hoy he de premiar
tu lealtad.

SANCHO.

No me la pagues.
Mucho mas, que yo en servirte,
vienese hacer, en mandarme.

D. JUAN.

Sancho, á Dios.

SANCHO.

Señor, á Dios;
él, por quien es, hoy me saque
de ser criado y señor.
No sea el demonio, que paguen
los Sanchos aquesta véz,
lo que hicieron los Don Juanes. *vase.*

Sale Beatriz.

BEATRIZ.

Vino la señora noche,
muy preciadita de madre
de las sombras, mas cerrada
que colegio de estudiantes;
y á este quarto principal
he baxado en este instante
de Don Juan y su criado
las camas. Aqui no hay nadie,
que me escuche, aunque Doña Ana
y mi señora no saben
en ese jardin ocultas
los intentos de su padre.
Mas ha de una hora, que están
hablando. Plegue á Dios, que hablen,
mas que soldados, que vienen
de los estados de Flandes.
Yo solamente no tengo,
á quien le cuente mis males;
pues vaya de soliloquio;
que, en quantas comedias se hacen,
no hé visto, que las criadas
lleguen á soliloquiarse.

Pone la luz sobre un bufete.

Este criado, este hombron
de linda presencia y talle
me aficiona por lo hosco,

y pica por lo arrogante.
He dado en pensar, que es
desgarrado y algo xaque;
y los bravos solamente
son, los que me satisfacen.
Lleve el diablo á las mujeres,
que quieren lindos bergantes.
¿Para qué es bueno un tacaño,
que se esté mirando el talle
desde el alba hasta la noche,
que presume, que te hace
el amor de merced, solo
en permitir, que le hables?
¿No es mejor un bravo, que entra
muy zayno, y dice: qué hace?
¿Qué quiere, que haga á las diez
de la noche yo? Esperarle.
¿No he dicho, que no me espere?
¿Pues qué he de hacer? Acostarse.
Y luego al punto me pega,
juntico de los gaznates,
seis manotadas. ¿Qué no?
¿El habia de tocarme
en el pelo de la ropa?
¿Oye? Bien oygo. Que calle,
le digo. No he de callar;
en mi casa estoy, infame.
Mire: no demos al diablo

de comer. Con lo que él trahe,
ni de cenar le daremos;
y en fin, con lindo donayre,
en bofetadas y coces
me da seis pares de pares.
Esta es vida, y este es hombre,
Pasemos más adelante.
Llama un melifluo á la puerta.
¿Quién llama? ¿Quién es? Yo: abre.
Entra, y lo primero es,
irse al espejo, á mirarse.
Llegase luego la dama,
y, si ella quiere abrazarle,
dice: mira esa valona;
no sea, que me la ajes.
¡Qué haya quien quiera á estos mandrias!
¡Qué haya mujer, que los hable,
pudiendo qualquiera dama
tener, si quiere buscarle,
no lindo, que la requiebre,
sino hombre, que la maltrate!
Que, si he de hablar la verdad,
las bofetadas me saben,
(si son á tiempo) mejor,
que gallinas y faysanes.

Meten una llave por la puerta de adentro.

Pues, volviendo á este criado,

digo::: Mas la puerta abren
por defuera, ó yo me engaño.
Pues porque ahora no hallen
á Doña Ana y mi señora,
presumo, que es importante,
echar este cerrojillo,
y avisarlas, que se guarden.
Cé, señora; cé, Doña Ana.

Sale Doña Ana y Doña Inés.

D. INES.

¿Que hay, Beatriz?

BEATRIZ.

¿No ois la llave,
con que abren la puerta?

D. INES.

Sí.

BEATRIZ.

Pues subid antes, que llamen,
por esta falsa escalera.

D. INES.

A mí me importa, quedarme
en aquesta quadra oculta.

BEATRIZ.

En la escalerilla es facil.

D. ANA.

¿No ves, que pudiera acaso
baxar por ella tu padre?

D. INES.

Pues volvamos al jardin.

BEATRIZ.

¿Abriré la puerta?

D. INES.

Abre;
que desde aqui escucharemos,
para saber, quanto pase.

Vanse las dos por donde se venieron, y Beatriz tira el cerrojo, y vase tras ellas.

BEATRIZ.

Tiro el cerrojo y escurro
la bola hácia aquesta parte.

Sale Don Juan.

D. JUAN.

No acertaba por Dios, á abrir la puerta.
Ahora importa, que se quede abierta.
Poner la llave intento por de dentro.
Ya mi venganza halló felice centro.
En esta alcoba elijo recatado
prevenirle mi industria á mi cuidado.
Ya llegan, y yo quiero
prevenir á mi honor mi ardiente acero.
Hoy cobrará dichosa mi esperanza,
ó la satisfaccion ó la venganza.

Escondese y salen Sancho y Don Lope.

D. LOPE.

Ea, señor Don Juan, solos estamos:

ya es tiempo, que cumplamos,
pues son precisas las obligaciones,
de una ofensa las dos satisfacciones;
y hallar quisiera, para no ofenderos,
medio, para poder satisfaceros;
pero pues ya supisteis vuestro agravio,
pase al acero la pasion del labio;
que á una ofensa juzgada,
satisface la lengua de la espada.
Por una parte intento provocaros,
y por otra tambien cuido templaros;
que hoy temo, vive Dios (decirlo quiero)
vuestra razon, ahun mas, que vuestro acero.

SANCHO.

Por San Cosme bendito, que he entendido,
que abrió mi amo la puerta, y que se ha ido.

D. LOPE.

Ea, irrite el acero vuestro brio.

SANCHO.

Esto no quiere priesa, señor mio.
El se fue, que dexó la puerta abierta.

D. LOPE.

Acabad y cerremos esa puerta.

SANCHO.

Esperad.

D. LOPE.

Ya la cierro. *cierrala.*

SANCHO.

Entre puertas yo llevo pan de perro.

D. LOPE.

Avivad de este fuego las cenizas.

SANCHO.

Mas estocadas hay, que longanizas:
tiempo hay harto, señor, por Jesu-Christo.
Junto á esta puerta á mi señor he visto.
Ea, señor, ¿qué esperas? *ap.*
porque este hombre ha de darme para peras.

D. JUAN.

Empieza: riñe, para asegurarlo.

SANCHO.

¿Y, si acaba conmigo, al empezarlo?

D. LOPE.

¿No vibrais el acero penetrante?

SANCHO.

Estoy haciendo cólera bastante.
Sal, que ya empiezo.

D. LOPE.

¿Qué es aquesto?

SANCHO.

Nada.
Dexadme enderezar aquesta espada.

D. LOPE.

Que suspendais vuestro, valor me pesa.

SANCHO.

Tuercese facilmente: es Genovesa.

D. LOPE.

Acabad.

SANCHO.

Vive Dios, que un real no vale.
¿A qué espera mi amo, que no sale?

D. LOPE.

Que no importa, de vuestro brio infiero;
que el valor obra mas, que no el acero.

D. JUAN.

¡Oh cielos, quién pudiera
reñir aqui con él, sin que me viera!

Riñe Sancho con Don Lope.

SANCHO.

Ea, pues.

D. LOPE.

Sois valiente y arrojado.

SANCHO.

Helo sido, mas ya me se ha olbidado.
Ea, señor, arrojate valiente.

D. LOPE.

Bien reñis, vive Dios.

SANCHO.

Bonitamente.

D. LOPE.

¿Cómo yo mis impulsos no provoco?

SANCHO.

Mal me trata. Esperad: tened un poco.
¿Mi amo, en qué imagina?
Vive Christo, que pienso, que es gallina.

D. LOPE.

Decid pues, ¿qué os ataja, ó qué os divierte?

SANCHO.

¿Vos no le disteis á mi hermano muerte á obscuras?

D. LOPE.

Sí.

D. JUAN.

Buen medio ha elegido
para reñir y no ser conocido.

SANCHO.

Pues mi cordura á mi valor ataja;
que yo no he de mataros con ventaja.
A obscuras fue el matarle, por vengaros,
y á obscuras, vive Dios, he de mataros.

Mata la luz, y sale Don Juan, y riñe á obscuras con Don Lope, y Don Lope sale herido.

Ea, señor, ahí tienes tu enemigo,
toma en él la venganza ó el castigo.

D. JUAN.

Mataréle, pues hoy quiere mi suerte
satisfacer mi fama con su muerte.

SANCHO.

Pues yo, donde él estaba, estoy seguro.

D. LOPE.

La luz muestra sus rayos en lo obscuro.
Mas valiente, por Dios, os he advertido.
Viven los cielos, que me habeis herido.

D. FERNANDO *dentro.*

Ola, Beatríz.

D. JUAN.

Que baxan luz rezelo.

D. LOPE.

Yo he de vengar mi sangre, vive el cielo.

D. JUAN.

Sancho, sal otra vez.

SANCHO.

¿Qué dices?

D. JUAN.

Presto.

Sale Don Fernando con luz, escondese Don Juan y vuelve á salir Sancho.

D. FERNANDO.

Detened, esperad. Don Juan, ¿qué es esto?

SANCHO.

Esto es ::: Mirad á aquel, que me ha ofendido.

D. LOPE.

Yo he de vengar mi sangre.

D. FERNANDO.

¿Estais herido?

D. LOPE.

Si estoy.

D. FERNANDO.

¿Es cuchillada ó estocada?

SANCHO.

En mi vida he tirado cuchillada;
que es de bobos: y yo riño muy prudente.

D. FERNANDO.

No os tube, vive Dios, por tan valiente.
¿Dónde es?

D. LOPE.

En este brazo es la herida.

SANCHO.

Esa es mi herida: no la erré en mi vida.

D. FERNANDO.

¿Y ahora vuestra ofensa impia
qué es, lo que pretende hacer?

D. LOPE.

Yo quiero satisfacer
con vuestra sangre y la mia.

D. FERNANDO.

Uno ayrado, otro ofendido;
volved nobles, á arrojaros,
que mucho mas, que á aplacaros,
á irritaros he venido.
Que, si al baxar arrojado,
hallo solos á los dos,
de ninguno, vive Dios,
me pienso poner al lado.
Entre los dos igualmente
neutral mi pasion obligo;
uno es mi sangre y amigo,
y otro mi amigo y pariente.
Y puesto, que no se vé
(segun de los dos rezelo)
satisfecho vuestro duelo,
reñid; que yo os miraré.

D. LOPE.

Pues es tan cuerdo, admitir
es fuerza, vuestro consejo.

SANCHO.

En efecto, aqueste viejo

me hará por fuerza reñir.

D. LOPE.

Ya la ira me obliga aqui,
á irritaros inhumano;
yo dí muerte á vuestro hermano,
y á vuestra hermana ofendí;
y asi, atrevido y osado,
todo mi ardor os provoca.

Sale Don Juan.

D. JUAN.

Esa venganza le toca
solo á Don Juan de Alvarado;
y asi el acero indignad.

D. LOPE.

¿Pues quién es Don Juan aqui?

D. JUAN.

Yo soy Don Juan.

SANCHO.

Es así.

D. LOPE.

¿Y este Sancho?

SANCHO.

Asi es verdad.

D. JUAN.

Bien pude disfrazar yo,
oculto como criado,
un agravio adivinado,
pero averiguado no.

Y asi, para castigarle,
me hizo el esfuerzo sentirle;
que una cosa es presumirle,
y otra cosa es escucharle.
Que soy Don Juan, bien se vé,
y tambien á excusas fuí,
el que primero os herí,
y el que ahora os mataré.
A mi sospecha ofendida
tiró el indicio otra flecha,
y asi vengué la sospecha
con la sangre de esta herida.
Mas ya, que escuchó mi suerte
mi agravio de vuestro labio,
para sanear el agravio,
he de comprar vuestra muerte.
Y asi las satisfacciones
prometidas se verán:
mirad, si sabe Don Juan,
cumplir sus obligaciones.

D. FERNANDO.

¿Decid, por qué cauteloso
tan oculto habeis estado?

D. LOPE.

¿Por qué habeis disimulado
el nombre?

D. JUAN.

Estube zeloso.

D. EFRNANDO.

¿Pues, de quién los zelos son?
Decid el indicio aqui.

D. LOPE.

¿De quién?

D. JUAN.

De vos; pues os ví
baxar por este balcon.

D. LOPE.

¿Vos lo visteis?

D. JUAN.

Y despues,
ó amante ú determinado,
os hallé oculto y cerrado
dentro del quarto de Inés.

D. LOPE.

¿Pues, por qué se declaró,
guardando ardor tan violento,
aqui vuestro sentimiento?

D. FERNANDO.

¿No teneis ya zelos?

D. JUAN.

No.

D. LOPE.

Pues publiquen vuestros labios
estos dudosos rezelos.
¿Por qué no teneis ya zelos?
Decid.

D. JUAN.

Porque tengo agravios.

Amor tube con desvelos
iguales á mi dolor,
y asi como en el amor
hallan propiedad los zelos,
á un tiempo advertí, y dudé
cautelosamente sabio;
pero en sabiendo mi agravio,
de mis zelos me olbidé,
Que, si en dudas y rezelos
de aquel repetido ardor,
hay zelos, donde hay amor,
donde hay agravios, no hay zelos.

D. LOPE.

Ahunque ya como enemigo
vibrais la espada en la mano,
advertid, que vuestro hermano
era mi mayor amigo.
Y ahunque á obscuras, torpe y ciego
á Don Diego muerte dí;
pero como no le ví,
no supe, que era Don Diego.

D. FERNANDO.

Y en mi credito se allana
aquesta verdad, que abono.

D. JUAN.

Pues esta ofensa os perdono,

y paso á la de mi hermana.
Hoy mi venganza me llama
mucho mas, que mi rigor:
mi hermana está sin honor,
y mi honor está sin fama;
y á satisfacer primero
el duelo, esta ofensa aspira;
que esta pasion pide ira,
esta ofensa pide acero.

D. LOPE.

Quando yo ofendí á Doña Ana,
de un error nacieron dos;
que tampoco, vive Dios,
supe, que era vuestra hermana;
que antes perdiera la vida,
avergonzado y çorrido.

D. JUAN.

¿Y por no haberlo sabido,
dexa de estar ofendida?

D. LOPE.

Ahora bien, ahora os muestro
la lealtad, con que os mitigo;
pues Don Diego fue mi amigo,
yo lo quiero, ser mas vuestro.
Si por templar los rezelos
de vuestros discursos sabios,
os quitase los agravios,
¿quedariais vos con zelos.?

Decid, ¿no los templareis,
si hallais nuevas recompensas?

D. JUAN.

Acabadas las ofensas,
tengo amor y los tendré.

D. LOPE.

¿Y si con nuevos desvelos
que han de pronunciar los labios
compensando los agravios,
os satisfago los zelos,
no corregirá advertida
hoy vuestra sospecha fiera,
duelo y amor?

D. JUAN.

Eso fuera,
darme honor y darme vida;
y mitigareis asi
todas mis sospechas.

D. LOPE.

Pues
sabed, que yo quise á Inés,
y Inés no me quiso á mí.
Beatriz, viendo mi pasion,
viendome á su amor rendido,
por dos veces me ha escondido
en el quarto y el balcon.
Y puesto, que honores gano,
á satisfacer se allana,

con la mano de Doña Ana,
la sangre de vuestro hermano.
Y, si al sí de vuestros labios
Doña Ana mi esposa es,
siendo vuestra Doña Inés,
ni habrá zelos, ni habrá agravios.

D. JUAN.

Nuevo honor en eso gano.
¿Pues dónde las dos están?

Salen las dos.

D. INES.

Esta es mi mano, Don Juan.

D. ANA.

Esta, Don Lope, es mi mano.

D. JUAN.

Asi mi honor se remedia.

D. LOPE.

Ya no es mi amor tan ingrato.

SANCHO.

Pues vuelvame mi retrato,
y tenga fin la comedia;
y acabarla presto, es,
porque un vitor alcancemos;
que Beatriz y yo podemos
irnos á casar despues.

